

Año I

# Colegio Novecentista

CUADERNO I

Buenos Aires



## *Manifiesto del Colegio Novecentista*

*Renacimiento se llamó hace cinco siglos a honda reacción de los espíritus contra especiales normas de pensar establecidas. Cristianismo se había llamado anteriormente a igual rebeldía en un plano moral. Fué luego Romanticismo; Positivismo, después. Hoy es Novecentismo. Como Positivismo, como Romanticismo, y todavía mejor, como Renacimiento, Novecentismo quiere ser suerte de nombre o seña de la actitud mental de unos cuantos hombres de hoy — nuevos y del Novecientos — a quienes no conforma ya el catón espiritual vigente.*

*No es el del Novecentismo simple gesto de negación. Del Positivismo nacidos y en él criados, los hombres de este siglo advierten que no podrían borrar de su tradición cultural, sin descalabro, la huella impresa en ella por la ideología que fué característica de la época precedente. Cualquiera que sea su juicio sobre el Positivismo es ante todo reconocimiento de un fenómeno dado, irremediable, en el desarrollo de la cultura. Afectos, sin embargo, a nuevas maneras de pensamiento y con nuevos ma-*

*tices de sensibilidad, reputan insuficiente la explicación positivista y aspiran a columbrar horizonte mental más amplio que sea a un tiempo mismo crítica y superación.*

*Orientados en esas nuevas corrientes de ideas, varios jóvenes curiosos de los problemas de la cultura deciden constituir en Buenos Aires un Colegio Novecentista. Ya de su orientación misma se colige que asumen en primer lugar actitud de prevención ante las predicaciones de hombres que vivieron en el siglo XIX y de otros que aun siéndoles coetáneos se sitúan por sus ideas en la misma centuria. Aspiran, en lo posible, a adoptar en las cuestiones intelectuales que les preocupan, un punto de vista personal. Que no sea desconocimiento ni olvido de lo que aprendieron, porque sería volver al Romanticismo, pero sí decisión de sopesar, de contar, de medir, siempre más amigos de la exposición que del ditirambo.*

*Y puesto que son de aquí, quieren observar a través de un prisma nuevo múltiples realidades de la cultura de su patria, que se les viene dando por verdaderas, desde hace años. En la cátedra, en el libro, en la hoja diaria, conocieron sanciones dadas, exaltaciones rotundas, negaciones absolutas; pero en general rara vez juicios de hombres de quienes todo lo esperaban, convergieron con las conclusiones a que ellos en sus estudios habían llegado. Vieron*

*también que la falta de policía literaria había permitido formación de personalidades, cuando no ignorantes, sin probidad. Y que en el pensamiento ambiente se palpaba algo así como una conceptuosidad falsa, caprichosa. Y que ese mismo ambiente bien poco sabía de las disciplinas filosóficas.*

*Tales y otras parecidas circunstancias les llevan hoy a manifestar franco desacuerdo con el medio intelectual en que viven. El Colegio Novacentista que ellos forman será, pues, como expresión de las inquietudes de unos pocos jóvenes de aquí dispuestos a emprender obra de revisión. Ni valoraciones hechas ni apelativos corrientes en los mercados literarios pueden aceptar. Y, sobre todo, inclinados a dar al estudio y al esfuerzo personal más alto valor que al ingenio romántico, harán obra de aporte y de verdadera honestidad.*

Buenos Aires, 23 de junio de 1917.

---

---

## NUESTRA PRIMERA CONFERENCIA

---

En la tarde del día 21 de este mes se realizó en el salón de actos públicos de la Escuela Presidente Roca la primera conferencia organizada por el COLEGIO NOVECENTISTA. Un público no muy numeroso, pero escogido, concurrió a esta conferencia y premió con su aplauso entusiasta a los oradores. El colegio recoge ese aplauso, sincero, sin duda, como un precioso estímulo a la prosecución de la obra humilde, pero honestísima, que se ha propuesto realizar.

El doctor Julio Noé, como Encargado de Negocios del colegio, abrió el acto con las siguientes palabras:

Esta tarde, señores, por la palabra juvenil y entusiasta de José Gabriel, conoceréis las razones que han determinado a un grupo de estudiosos a fundar el COLEGIO NOVECENTISTA.

Nacido éste de una común inquietud y de una misma curiosidad, su obra ha de tener — necesariamente — una orientación clara. Quieren los miembros que lo componen realizar una labor paciente y severa, y de este modo rever todo cuanto nos ha legado el siglo pasado, cuyas conclusiones — por

fortuna o por desgracia: eso habrá de saberse — hasta hoy mantienen buena parte del pensar argentino. Además, quieren ponerse en armonía con las corrientes ideológicas de nuestro siglo y ser, del modo mejor, hombres de su tiempo.

Con gesto de sana humildad, cuantos a este grupo se han unido confiesan tácitamente su ignorancia de muchas cosas del mundo, y por esto, en serios cursos de severa investigación, han de dar contornos a su pensamiento naciente.

El tiempo ha de decir si este COLEGIO NOVECEN-  
TISTA tiene razón de ser. Entre tanto, nadie — creo yo — que vea la urgente necesidad de intensificar los estudios, sonreirá de la noble fe de cuantos, en una u otra forma, se esfuerzan por dar mayor densidad a nuestro ambiente intelectual.

Mas, esta tarde, señores, os habéis congregado para escuchar a José Gabriel.

En seguida nuestro compañero del colegio, José Gabriel, leyó el siguiente discurso.

## DISCURSO SOBRE EL COLEGIO NOVECENTISTA

### I

Por más joven, acaso, y no por más digno, han querido mis compañeros del COLEGIO NOVECENTISTA que sea yo quien os hable en esta primera reunión. Y que os hable en manera general de nuestros pensamientos, de nuestros afanes, de nuestras inquietudes de juventud.

Desde luego, yo habría preferido, por vosotros y por mí, escuchar a cualquiera de ellos, que son todos de más clara inteligencia y mayor saber. Y si había de hablar me habría gustado también referirme directamente a alguna cuestión particular de tantas como nos suscitan a diario el frecuentamiento de los libros, la meditación, el simple observar maneras de hombres y cosas. No es tema de mis preferencias tratar de generalidades.

No obstante, habiendo aceptado ser iniciador de estas reuniones de nuestro colegio, comprendí que debía allanarme igualmente a discurrir sobre el colegio mismo, sobre diversas cuestiones que nos preocupan a todos y que constituyen, por así de-

cirlo, los fundamentos o considerandos de nuestra congregación. Después de todo, ello ha de ser quizá tema bien concreto y particular.

## II

Pero hagamos, ante todo, breves reflexiones acerca de la actitud que implica el solo hecho de que hoy y aquí unos cuantos jóvenes compongan centro intelectual.

Todos vosotros conocéis de cerca a nuestra juventud ciudadana. Es frívola o es reflexiva, es risueña o grave, estudia o no quiere estudiar, es alocada o juiciosa; es, en fin, lo que vosotros queráis. Pero es irónica.

Con efecto: a poco que hayáis observado el comportamiento de nuestros jóvenes, en sociedad, habréis notado que es condición característica suya un gran apego a la ironía. A lo mejor son tres — dos todavía pueden hablar en serio — los que están reunidos. Y son tres jóvenes de estos que decís intelectuales, tres escritores, de cuya inclinación por las letras no se puede dudar, porque han dado prueba. ¿Pensáis que hablarán seriamente de sus pensamientos? Nada de eso. Ayer dijeron — y muy francamente, — en escrito que divulgaron las prensas, sus opiniones sobre cualquier cosa, o publicaron versos salidos de su misma entraña; pero hoy es necesario que finjan indiferencia. Como de pecado

huyen de la sinceridad, y acuden a la chanza y se violentan, muchas veces, y por ser irónicos o, como se dice, «chistosos», hasta suelen ser crueles.

Y todo ¿por qué? Porque ellos, nuestros jóvenes, tienen mucho miedo a la ingenuidad. He aquí su obsesión constante: la ingenuidad. Por temor a caer en lo ingenuo aparentan frecuentemente lo que no son; parecen superficiales, parecen malos, parecen irreverentes, parecen hipócritas. Quien no los conociera de verdad diría que son jóvenes sin juventud, que están perdidos para toda obra importante, porque les falta entusiasmo y penetración.

Y, a la verdad, que yo que sé que no son así, yo que les conozco un fondo grande de sabiduría y de bondad, pagaría a buen precio el poder observar a cualquiera de ellos a solas. En su cuarto de estudio, por la noche, después de haber pasado todo un día esquivando la propia verdad; cuando ya ni las gentes de la calle, ni los amigos con quienes se ha mentado, ni las muchachas que pasan y provocan, nos pueden distraer. Cuando el alma, sin traba de convención se nos presenta de lleno y nos obliga a meditar sobre lo que en el día hicimos. ¿Rehuirá entonces el joven irónico su auto de fe? Creedlo, debe ser un momento gracioso.

Conviene, sin embargo, que demos su justo valor a este miedo a caer en lo ingenuo, de que hablo. En principio es, indudablemente, una virtud. To-

dos aceptamos el pudor físico como condición indispensable para vivir en sociedad, es decir, como muestra de educación. El pensamiento — sin que esto sea establecer paralelo de ninguna suerte — también debe tener su pudor. Y con mayor razón, porque el cuerpo, al fin y al cabo, ya sabemos hasta dónde alcanza; pero el pensamiento es tan atrevido, que si nosotros mismos no le pusiéramos coto se volvería ridiculez, amén de grosero.

Está bien, pues, que haya una base de retraimiento espiritual, y hasta que se tome la ironía como disfraz del propio pensamiento. Pero, ¡cuidado!, que venimos confundiendo ridículo con ingenuidad. ¿Quién dijo a nuestros jóvenes ciudadanos que ser ingenuo era necesariamente ser ridículo? Ciertamente, ingenuidad y ridiculez suelen ser paralelamente sinceridad; pero la ridiculez es la sinceridad de espíritus toseos, mientras la ingenuidad es la franqueza de un alma, aunque cándida todavía, ya comprensiva. No es lo mismo mujer cursi y mujer ingenua.

Que sepamos, por lo tanto, que se puede ser ingenuo sin mover a risa. Con otras palabras: que se puede decir que la vida nos parece cosa seria, sin que de ello tengamos que avergonzarnos. Y nosotros, los que estudiamos: que hemos creído que el estudio y la meditación no solamente eran broma, sin que el confesarlo pueda dar que reír.

Ahí tenéis nombrada por su nombre la actitud

de unos pocos jóvenes que hoy forman el COLEGIO NOVECENTISTA. Se llama, ingenuidad.

## III

Y ahora vosotros os preguntáis, pero ¿qué motivos de importancia han tenido esos jóvenes para congregarse? Porque para ser sinceros solamente, para decir que han tomado en serio su inclinación al estudio, no hacía falta componer centro.

Apresurémonos, pues, a declarar, que todos nosotros hemos pensado, y mejor que pensado, sentido, que vivíamos en ambiente intelectual bien pobre y bien atrasado y cuyas características no podíamos seguir aceptando como las mejores, y que para decir esto y hacer obra que fuera al mismo tiempo expresión de rebeldía a lo establecido, y nueva construcción, convinimos en focalizar nuestra labor.

Hace ahora ochenta años, Buenos Aires vió a una porción de jóvenes estudiosos — sinceros y entusiastas también — rebelarse contra lo que entonces era característica del medio espiritual de aquí. Unidos por un común deseo de renovación, fundaron aquel «Salón Literario» que conocéis y que tan buenos frutos dió a la cultura del país. Estaban allí Sastre, Gutiérrez, Alberdi, Mármol, Frías, Tejedor, Cané y algunos otros escritores de los que hoy agrupamos en la generación del 1837.

Usos y gobernadores ya, felizmente, desaparecidos, hicieron del gesto de aquella juventud un gesto de verdadera valentía. Ya sabeis cómo terminó el «Salón Literario»; con la dispersión de sus miembros, que por evitar la prisión y acaso la muerte, hubieron de emigrar a países vecinos. Hoy, ni nuestra actitud ni la de nadie que quiera ser sincero, puede calificarse de valiente. De mí os diré que no comprendo para estas fechas la valentía o el coraje de pensamiento. ¿Qué se quiere expresar cuando se dice que un escritor es valiente? No lo sé. Por lo común, me inclino a creer que se advierte, sin quererlo, que es mediocre. Más me parece hoy cualidad de ignorantes que de sabios, la valentía intelectual. Y la explicación es esta: que yo no veo por ningún lado la tutela del espíritu.

Quiero dar a entender con esto que digo, que no por ingenuos vamos a caer en la tontería de inventar opresiones que no sentimos. El gesto airado del revolucionario, en nosotros ya no sería ingenuidad, puesto que no sería franqueza, sino alucinación. Un don Quijote, si queréis, para los molinos de viento, pero al lado, Sancho.

Empero, si es cierto que en el mundo de la cultura nadie nos impone hoy nada que no esté conforme con nuestros gustos, no lo es menos que el espíritu siente inquietud con sólo ver pasar por buenas, cosas que cree inferiores. Ved, por ejemplo.

El común de las gentes no sabe reirse sino de esa expresión gruesa de lo ridículo, que todos podemos palpar. Para el caso, un cómico de teatro. Y no sabe indignarse tampoco sino con hechos tan notablemente torcidos como el que se nos insulte. Pero hay una minoría que percibe matices mucho más sutiles de lo ridículo, de lo tierno, de la injusticia. Esa minoría ríe a lo mejor con todas sus ganas, de una proposición científica, o se indigna verdaderamente, hondamente, de lo que un escritor dice mal de Platón. Y es que esa minoría — sabedlo — ha incorporado la ciencia al juego de sus emociones.

Si ahora vosotros nos permitís situarnos entre los pocos capaces de sentir la ciencia — no ya pensarla únicamente, — os explicareis que hagamos un poco de bulla al rededor de nuestra sinceridad. No nos basta sentir para nosotros, necesitamos también sentir para los demás. Y acaso inconscientemente, mejor que la satisfacción de confesarnos a vosotros, lo que con esto buscamos es que vosotros os confeséis, que digáis francamente si alguna vez habeis sentido parecida inquietud; si, como nosotros, habeis pensado también que en nuestro medio espiritual faltaba fresco.

#### IV

Pero nuestro colegio, además de asociación de inquietudes, lleva un fondo de orientación. A esta

orientación hemos llamado nosotros, Novecentismo, tomando el nombre de donde a igual o parecida orientación ha sido aplicado. Veamos qué entendemos por Novecentismo.

Quien de vosotros haya leído el manifiesto que redactó el COLEGIO NOVECENTISTA, sabrá que dijimos allí: *Novecentismo quiere ser suerte de nombre o seña de la actitud mental de unos cuantos hombres de hoy — nuevos y del Novecientos — a quienes no conforma ya el catón espiritual vigente.* Por este catón entiéndese el positivismo. Positivismo es, pues, por lo pronto, lo contrario de Novecentismo.

Yo sé que en algunos países de Europa, ya hasta atrasado es hablar en contra del positivismo. Posteriores al positivismo son el idealismo crítico de Cohen, el pragmatismo, y como derivación y ampliación de este último el intuicionismo de Bergson. No es seguramente el caso de nuestro país, donde todavía impera aquella modalidad de la ideología ochocentista. Y lo que es peor, donde, aparte unos pocos, aun no se sabe bien qué es oponerse al positivismo. Conviene, por eso, que expliquemos esta oposición, aunque ello sea sobrado elemental.

Como yo no he de decir nada nuevo sobre el tema, para repetir por mío lo que otros han dicho, prefiero limitarme a dejar que voces más autorizadas hablen aquí. Hace poco nos llegó de España un precioso libro, en que muy claramente — aunque no completamente — se expone la filosofía de Berg-

son. Su autor, el profesor Manuel García Morente, le teníamos de tiempo atrás en nuestros corazones. Glosemos de ese libro lo que para el caso nos interesa.

«La razón y la ciencia — escribe García Morente — no son una misma cosa. La razón es la inteligencia orgullosa de sí misma, acometedora y emprendedora de las más altas hazañas; la razón es el razonamiento, ante el cual nada se detiene y que, en su paso magestuoso, aspira a alcanzar el absoluto saber. La ciencia, en cambio, es una razón disminuída, humillada, curada de su tradicional orgullo, sumisa a la observación y al experimento, recluída en los límites de la relación y del fenómeno. Entre el intelectualismo racionalista y el intelectualismo científicista, hay esta esencial diferencia, que aquél cree poder aspirar con la razón a conocerlo todo en su esencia eterna, mientras que éste, sabiendo la imposibilidad de tal empresa, renuncia a esos ensueños y se recluye en el laboratorio.»

Como se ve, el principio del positivismo no podía ser más sensato. Frente al romanticismo, que posponía el pensamiento al sentimiento, vindicaba la inteligencia. Y frente a la razón, que se había adueñado del intelecto, ponía la ciencia. No creía al razonamiento suficiente para conocer la verdad.

Pero este principio se corrompió bien pronto. «El intelectualismo de los científicos — continúa García Morente — no se contenta con renunciar a

la construcción metafísica; subrepticamente se ha ido él también haciendo dogmático. Como los métodos que emplea son fructíferos cuando se aplican a objetos convenientes, ha ido formándose la creencia de que son aplicables a todos los objetos, y más generalmente, de que son los únicos posibles de aplicar... Tal es la esencia del positivismo: la inteligencia renuncia al absoluto, pero es para recabar un dominio despótico sobre todo lo humano.»

He aquí, por tanto, que el positivismo se rebela a la insuficiencia romántica y a la tiranía racionalista, pero de pronto — como estos gobiernos democráticos que a los dos días se vuelven aristócratas, — se volvía tirano él también, excluía toda posibilidad que no fuera la suya. Y la humanidad, que no se había desprendido por entero de la idea de un espíritu creador, convino en reaccionar contra el positivismo.

Pero todavía esta reacción tenía otros motivos. Afirma el positivismo que los problemas filosóficos son insolubles, y lo demuestra de un modo terminante. «La inteligencia, dice — vuelve a hablar el profesor español, — dice, no conoce más que relaciones. Es, por lo tanto, incapaz de aprehender lo absoluto. Ahora bien, los problemas de la metafísica se refieren al fin último, a la causa primera, a la esencia de las cosas, es decir, a lo absoluto; luego son inabordables para la inteligencia».

¿Véis qué razonamiento tan bien llevado? «Después de formulado no queda más recurso que callar y asentir». Pero recapacitemos, como recapacitaron los mismos positivistas. Se trata de tender las bases de una disciplina mental que sea toda demostración científica. En consecuencia, esas bases han de ser demostradas científicamente. Pero esa afirmación de que la inteligencia no puede conocer más que relaciones, y que constituye el fundamento del positivismo, ¿cómo se demuestra? Lógicamente. Entonces, la razón, no sólo no puede ser excluida, sino que es lo primero con que ha de contar el positivismo.

Y el positivismo, por segunda vez y con sus mismas armas también, queda vencido. Sin embargo, los positivistas no quisieron todavía hacerse filósofos, ni resignarse siquiera a poner límite a sus experimentos, y ya sabéis lo que hicieron: se llevaron la psicología al laboratorio. Fué recurso ingenioso. Con la psicología científica o psicofisiología o psicofísica o fisiopsíquica o psicología experimental o psicología natural o psicología médica o psicología fisiológica — que de todas maneras se la ha bautizado; — con ella podían volver a prescindir de la metafísica, puesto que estudiarían experimentalmente las operaciones mentales, y esto les permitiría dar un fundamento científico a aquella afirmación suya de la relatividad de los conocimientos filosóficos.

Pero no nos engañemos. El círculo vicioso, ni aun con esa ocurrencia queda excluído. Efectivamente: supongamos que la psicofisiología llegara — que no llegó — a convertir en axioma científico el postulado sobre que descansa el positivismo. ¿Qué se habría obtenido con ello? Justamente, confirmar una verdad ya establecida por el razonamiento, o lo que es lo mismo, demostrar científicamente, indubitadamente, que la razón puede conocer.

Por otra parte, reparad en que en ese intento del positivismo hay una idea preconcebida; nace de un preconcepto. La psicología científica va a buscar el alma o el espíritu o la inteligencia, como se le quiera llamar. Y el alma, como Dios, pues ¿no estamos viendo que es una idea que hemos creado nosotros al margen de toda experiencia? Luego, es una idea que pertenece a la metafísica. Un objeto creado por la metafísica era, pues, lo que iban buscando los científicos. Esto les ocurre siempre. El bilólogo — pongo por otro caso — desea conocer íntimamente la vitalidad. Va, para ello, descomponiendo gradualmente los cuerpos, y en su experimentación observa paso a paso las funciones de los organismos; las funciones fisiológicas, no vayamos a crear otra cosa. Pero llega a un cierto momento en que ya no puede hallar más finos elementos; sencillamente, porque no los ve. Y crea una hipótesis, crea la biomolécula, que es la base de todo estudio biológico. Y esta biomo-

lécula, ¿qué es? Nadie la ha visto. Es una convención a que se ha llegado por inducciones, por razonamiento. Por cuanto vemos que el biólogo es tan metafísico como el filósofo. Y es que, como dice Xenius, no hay más que metafísicos, sólo que unos reconocen que hacen metafísica, y los otros, no.

Por otro lado todavía ya conocéis los resultados que ha dado la psicología experimental. Nos ha llegado a mostrar, y no siempre, las condiciones en que se desarrolló un fenómeno espiritual ya dado, pero el fenómeno espiritual que debe darse en determinadas condiciones, se le escapa siempre. A unas mismas condiciones no corresponden siempre los mismos fenómenos del espíritu. Son, en suma, sus demostraciones, para nosotros, lo mismo que, según la luminosa metáfora de Bergson, para un sordo una representación teatral. Ve el sordo moverse y accionar los personajes, pero no sabe lo que dicen. «... por lo que resulta extraño — escribe Guillermo James precisamente en sus «Principios de Psicología»; — por lo que resulta extraño oír hablar con aire triunfal de la «Nueva Psicología» y ver cómo se escriben «Historias de la Psicología» cuando no hay el menor vislumbre de una visión clara en los elementos reales y en las fuerzas que se ocultan tras tan sonoras palabras».

Comparad ahora esta confesión de un hombre genial con lo que a diario oís o leéis aquí; con lo

que os dice cualquier llamado profesor de psicología: que la psicología científica es indiscutible y es lo que ha admitido definitivamente el mundo culto contemporáneo.

Queda, pues, clara — pienso — la absurdidad del positivismo, y consecuentemente su detentación del campo de los conocimientos humanos. «Esto — dice también García Morente — lo ha sentido la juventud de todos los países cultos y ha devorado con avidez aquellas producciones en que se manifestaba una honda fe en el poder original y creador del hombre genial: Carlyle, Nietzsche, Emerson, Guyau». El espíritu, enclaustrado por los positivistas, buscaba desahogo. Fué esta reacción algo así como un nuevo humanismo, que venía a oponerse a una especie de nueva Escolástica de laboratorio. Y no fué ayer, que fué hace ya treinta años. ¿Para cuándo, pues, pensábamos aquí abandonar el deletreo de la cartilla positivista?

Reaccionemos, reaccionemos contra esta atmósfera enrarecida en que vivimos. Ante toda investigación científica, en toda investigación científica, después de toda investigación científica, hay siempre algo que escapa a los simples métodos de mensuración y que, como el horizonte visual, se aleja de nosotros en la medida en que nos le acercamos. Ese algo siempre fugitivo — fugitivo de veras y no como la tortuga de Aquiles — es nuestro espíritu, imposible de aprehender por lo mismo que no se

puede inscribir un hueco en otro. ¡Cómo! ¿Queríamos amarrar el espíritu con el espíritu?

Réaccionemos, y que novecentismo, «esta palabra suave, jónica, llena para nosotros de una insospechable resonancia mental» — como ha dicho Benjamín Taborga, — sea nombre de nuestra vuelta a la fe en el poder original y creador del hombre de genio.

## V

Pero ya a esta altura de mi discurso advierto que muchos observais, algo decepcionados: si eso y no más es novecentismo, ¿para qué dar nombre nuevo a cosa ya vieja, a cosa que se ha llamado humanismo y romanticismo, acaso con más propiedad? Ciertamente, si nuestro horizonte mental no pasara de ahí no tendría razón de llevar nombre tan pretencioso y tan bello. En primer lugar, porque ni siquiera es aspiración nacida en este siglo del novecientos.

Pero he aquí que nosotros, en nuestro manifiesto hemos dicho: «aspiramos en lo posible a adoptar en las cuestiones intelectuales que nos preocupan, un punto de vista personal; que no sea desconocimiento ni olvido de lo que aprendimos, porque sería volver al romanticismo, pero sí decisión de sopesar, de contar, de medir, siempre más amigos de la exposición que del ditirambo». Luego, ya nuestra actitud no parece la misma que la de los

románticos. Y ¿cómo creyendo a Nietzsche, a Carlyle, a Guyau, a Emerson más en armonía con nuestros gustos, que el positivismo, vamos a mantener esa decisión de sopesar, de contar, de medir? ¿No parece que esta decisión era la de los positivistas? ¡Ah!, es que quizá nosotros y los que en otros lados se llaman novecentistas, no estamos tan lejos del positivismo.

Manténgome absolutamente en todo lo que hasta aquí llevo dicho por oposición al positivismo; pero ¿qué llevo dicho? No que la intención de los científicos fuera despreciable en todos sus modos; no que a pesar de sus finales derrotas no hubieran obtenido rendimientos. Por el contrario, debo agregar ahora, que toda la ciencia contemporánea y también la metafísica, se hallan — como sabeis — influenciadas en gran parte por el positivismo, algunas de cuyas conquistas parecen ya definitivas. La misma psicología médica, que no es, sin embargo, más que fisiología — yo creo que esto es lo cierto — ha traído a los conocimientos humanos varios considerables aportes. Ved más todavía; ved que esta palabra, ciencia, rueda hoy de boca en boca, confundida acá y allá con filosofía.

Lo que en modo general hemos criticado del intelectualismo científico ha sido su rebalsamiento, su intromisión en zonas que no le pertenecen, su dogmatismo. El dogmatismo positivista es el que ha exacerbado el alma contemporánea y lo que

no podemos admitir nosotros; no por dogmatismo científico, sino por eso, por dogma, porque el dogma es estático y la vida es dinamismo. Es lo que cuarenta años atrás decía Renán, positivista a su modo: «Es curioso esto de los físicos de creer que sólo en manos de ellos está la verdad». Y más recientemente, Boutroux: «El sabio que no ha practicado otra forma de experiencia que la experiencia física, imagina fácilmente que esa es la sola forma posible». Que no es la única forma posible lo han demostrado — como vimos — los mismos científicos, mas no hemos demostrado nosotros que no sea una de las posibles formas de experiencia.

✓ Concordes, pues, en limitar el campo propio de la experimentación, fuera de los dominios del espíritu, que no tienen nada que ver con lo que la ciencia estudia. La verdad de mi cuerpo no será nunca la verdad de este discurso que estais oyendo. Concordes, con el idealismo crítico, en reconocer que el espíritu, puesto en dependencia del cuerpo por el paralelismo y negado por los materialistas, es precisamente el que hace posible toda experiencia. Concordes asimismo en que la psicología fisiológica, a pesar de sus conquistas, no es más que fisiología. Y, sobre todo, muy interesados en advertir a nuestros positivistas, que su punto de vista no es, como ellos dicen, lo últimamente ad-

mitido. Es ésta una impostura que se debe poner a descubierto en seguida.

Pero volver a Emerson, a Guyau, a Carlyle a Nietzsche, aunque ya no vaya entre ellos Brunetière; es decir, situarnos un tramo atrás del positivismo, no sería cordura.

En los que inmediatamente reaccionaron contra esa ideología seca del ochocientos, se explica su actitud. No esta, todas las rebeliones llevan a la humanidad a opuestos extremos. El humanismo de mediados del siglo XV fué también negación absoluta de la Escolástica, y por actitud extrema hizo poco más que cambiar nombres de autoridades: Platón en vez de Aristóteles. «El Humanismo dice Höffding — tiene algo de impreciso en su carácter: significa el descubrimiento de lo Humano, pero la manera de apoderarse de lo Humano y buscar su desenvolvimiento, permanece aun rodeada de tinieblas». Por eso — según Wundt — tiene más valor propedéutico que otra cosa. Fué la propedéutica que sirvió de prólogo a las nuevas ciencias del Renacimiento, el cual, más dentro de la Escolástica que no lo estaba el humanismo, es el que verdaderamente marca el punto inicial del progreso de la Edad Media al mundo moderno.

Un parecido carácter tiene esa rebeldía de las postrimerías del siglo XIX, a lo que ya se ha llamado nueva Edad Media. Pero también tiene un

valor propedéutico más que otra cosa. Es como la enseñanza preparatoria, el tránsito de la última centuria a nuestro siglo, en que debía plasmar en forma clara la aspiración a la limitación positivista, es decir, al novecentismo.

Precisaré, entonces, los modos de esta orientación nuestra y tendremos. Por un lado, la fe en el poder original y creador del genio. Al margen de toda experiencia física y aun del mismo razonamiento, se dan constantemente estas creaciones geniales, estas intuiciones del espíritu, que observamos en lo que Bergson ha dicho, la evolución creadora. Shakespeare y Pascal son dos ejemplos. Y por otro lado tenemos una bien marcada tendencia a la demostración, una tendencia a descomponer las calidades del todo, a hallar lo concreto. Mucho, sí, de la simpatía romántica, pero mucho también de la medida del positivismo.

No es este, como parece al pronto, un punto de vista conciliatorio. Los términos medios, muy cómodos y hasta muy beneficiosos para la vida práctica, no van más allá del sentido común, de la penetración epidérmica de las cosas. A las altas especulaciones filosóficas hay derecho a exigirles más. No es tampoco la armonía de dos contrarios, porque ver la contradicción y no pasar de ahí no es labor de filósofo. Es simplemente actitud que nace de considerar que el espíritu creador no es cosa

opuesta ni a la razón ni a la ciencia; no es su contrario.

Acabamos de decir que al margen de toda experiencia física y aun del razonamiento, se dan en el campo de la cultura esas creaciones geniales que llamamos intuiciones. Nacen de la facultad del espíritu de penetrar inmediatamente, además de mediatamente, lo íntimo de las cosas. Pero ¿cómo conocemos lo que el espíritu ha creado? Newton ve caer una manzana del árbol y tiene ante ese hecho súbita inspiración, advierte algo de extraño en el fenómeno. Este es el momento en que obra el espíritu creador. Pero en seguida Newton necesita preguntarse, por qué la fruta cayó hacia la tierra y no al vacío. Y ya aquí entra en obra la razón. La razón, la lógica, explica el hecho. Luego, el razonamiento es el que nos da a conocer la creación del espíritu. No hay, pues, oposición extrema entre intuición y razonamiento. Quizá sean de distinta calidad, pero son complementarios uno de otro, del mismo modo que en física o en química las energías motoras y las potenciales — el fósforo que enciende la pólvora, — se complementan para producir las energías efectoras.

Pero ya veis que este espíritu creador es algo que está fuera de nuestras previsiones. Sabemos que existe y que puede manifestarse en un momento dado, mas no sabemos cómo ni cuándo se manifestará. Por lo tanto, prácticamente debe te-

ner para nosotros mayor valor el razonamiento, el esfuerzo mental.

Reducida a más sencillos términos, la proposición vale tanto como decir que, por sobre el ingenio romántico, debemos poner el estudio, el esfuerzo personal que despleguemos en nuestra vida. De antemano, ninguno sabemos si tenemos genio. Ya sabéis que entre los literatos se dice frecuentemente que no hay necesidad de estudiar, que los libros pueden trastornar nuestra personalidad, quitándonos aquello de original que había en nuestro pensamiento. Y como ejemplo nos recuerdan las intuiciones del genio. ¡Lindo modo de trabajar! Los inventos y los descubrimientos, es cierto: están por encima de los libros y de todo esfuerzo; son hijos de la casualidad. Pero, ¡qué casualidad!, sólo inventan los sabios.

Y a la par que sobreponemos el trabajo a toda otra actividad, queremos que en la obra producto de ese trabajo haya algo más que opiniones personales; queremos que haya demostración. Yo leo un ensayo de Emerson; lo leo con gusto, me parece hermoso; a ratos, me deleita. Pero si luego que lo he leído me paro a meditar, acaso siento honda desilusión al encontrar que no me ha convencido el autor. Y es que este autor no ha ahondado todo lo que podía, su pensamiento. Se ha formado una convicción y de ella no sale, o porque no da con motivos de duda o porque, si duda, se ciega ante el

obstáculo. Ved, en cambio, la obra de los filósofos. Podrán no convencernos siempre los filósofos en sus puntos de vista, pero, cuando menos, nos demostrarán que han pensado lógicamente, que han tratado de hallar el vértice de su pensamiento, que han procurado evitar la contradicción. Pensar, pues, según el filósofo y no según esos otros hombres que por error se llama filósofos: Montaigne, Rousseau, Voltaire, Novalis, Maeterlinck, es lo principal. O sea, decir esto pienso, por estas razones, y no solamente, esto pienso.

Diréis que con ello excluimos la posibilidad del Arte. En el Arte, efectivamente, hay más, mucho más de afirmación que de demostración. El artista siente más que piensa; es ser dotado especialmente de sensibilidad. Pero con sobreponer la demostración a la afirmación rotunda y sin explicaciones, no relegamos a un segundo plano la orba de Arte. Lo que hacemos, simplemente, como en el caso de la ciencia y la metafísica, es limitar campos; es dar al artista un valor de artista y no de filósofo, y viceversa. En suma, es no confundir las opiniones de Maeterlinck con la belleza de la forma en que están vertidas esas opiniones. De aquí que, cuando hagamos algo que no sea arte puramente, creamos que debemos hacer demostración, discurso.

Tal lo que nosotros hemos llamado *decisión de sopesar, de contar, de medir*. Al ejercicio de la crítica alcanza especialmente. ¿Qué nos dice Víctor

Hugo con todos sus ditirambos a Shakespeare? Mucho del cariño que tenía al poeta inglés, mucho también del gran poder de su fantasía, de su facilidad para crear imágenes, de su incontenible verbosidad; pero de lo que fué Shakespeare, nada. Porque Shakespeare no es la montaña que se yergue, el torrente que arrastra, el sol que alumbra, la naturaleza que se desborda, y demás sustantivos tan precisos como estos. Y cito a Víctor Hugo por citar al arquetipo — con genio de artista, por lo demás — de ese horror a la sobriedad, a la concisión, a llamar a las cosas por su nombre. Si quisiera traer aquí otros ejemplos, citaría cincuenta literatos que viven con nosotros.

Al artista mismo alcanza también nuestro deseo de justeza y de sobriedad, en cuanto queremos un arte más estructural que exuberante, cuya grandiosidad nazca antes de lo íntimo de las emociones que es capaz a despertar, que del andamiaje de su forma.

Bien entendido, entonces, que novecentismo no significa exaltación del genio, sin que no queramos dar una suerte de estructura a la obra de ese genio. Del positivismo se aparta en cuanto reconoce que hay un espíritu creador sobre la razón y sobre la ciencia, y en cuanto no admite que los métodos biológicos sean aplicables a la filosofía, y del romanticismo, en que no deja librada toda posibilidad de

obra básica, al solo desbordamiento del espíritu sin ordenanza y sin medida; sin explicación.

Entendido, asimismo, que no es novecentismo nombre de ningún sistema filosófico. Es, como dijimos a un comienzo, nombre de nuestra actitud mental, no ante los problemas últimos de la cultura, sino, más modestamente, ante las características de nuestro ambiente intelectual, que son, generalmente, lo peor de la ideología ochecentista. Queremos ciencia que no sea cientificismo, es decir, que no sea psiquiatría, frenología, sociología, psicología experimental, es decir, ciencia con visos de metafísica, es decir, poca ciencia. Queremos una mayor intensidad en las disciplinas filosóficas. Queremos más estudio que ingenio, y menos literatura de esa que se hace o sobre la literatura o sobre la ignorancia, sin pensamiento y sin emoción y sin sobriedad; y más honradez en la propia obra y más seriedad y más explicación que sanción, y antes que todo esto, que advierta el país que vive como cincuenta años atrás en el mundo de la cultura; que hay modernas corrientes de ideas que nos son del todo desconocidas; que en cuestiones intelectuales, en fin, estamos aquí como en un verdadero limbo, barajando todavía ideas y hombres que fueron y esperando a enterarnos de lo nuevo para cuando en otros lados sea ya vieja novedad.

JOSÉ GABRIEL.

## JULIO REY PASTOR

## UN CURSO DE MATEMÁTICAS

De las obras de diversa índole — y siempre valiosas — que la colectividad española de la Argentina realiza entre nosotros, la Institución Cultural Española, de ella surgida, es, sin duda alguna, una de las mejores y a la cual todos los argentinos debemos particular reconocimiento. Compuesta esa institución por unos cuantos españoles intelectuales, industriales o comerciantes, bien conocidos y bien respetados por todos, tiene por objeto traer anualmente a nuestro país un profesor español que se acerque a nuestra juventud estudiosa y le comunique sus conocimientos y muy especialmente parte de las inquietudes espirituales que palpitan en España en estos últimos tiempos.

Por ese camino han llegado ya, como se sabe, Menéndez Pidal, Altamira y en 1916 Ortega y Gasset, los cuales encontraron aquí la acogida que correspondía a sus merecimientos, y puede decirse que su labor no fué meramente pasiva, sino que influyó grandemente entre unos cuantos de los que por acá sienten hoy verdadera curiosidad por las cosas espirituales.

Este año, el profesor invitado por la Institución Cultural Española, ha sido el doctor Julio Rey Pastor, quien desde hace un mes se encuentra en Buenos Aires. Como los anteriores, el doctor Rey Pastor ha sido propuesto a aquella institución por la Junta para Ampliación de Estudios en el Extranjero, de Madrid, que preside el afamado his-tólogo don Santiago Ramón y Cajal.

El doctor Rey Pastor es sumamente joven todavía. Nació en 1888. Al igual que la mayor parte de los jóvenes españoles de su generación, después de cursados los primeros estudios en su patria, pasó a completar su carrera universitaria, a Alemania. En ese país fué discípulo de Schwarz, de Berlín, y luego, en Gottinga, de Runge y Caratheodary.

No obstante su juventud, en su país y en el extranjero cuenta ya con sólida reputación como matemático. De la materia de sus preferencias, para la cual se advierte que, como casi todos los matemáticos, tiene una ingénita vocación, lleva publicadas varias obras. La primera (de 1910), fué una memoria sobre *Correspondencia de las figuras elementales*. En 1916 publicó otra sobre *Fundamentos de la geometría proyectiva superior*; y la última de ellas (de este año), *Análisis algebraico*. Ha escrito además una *Introducción a la matemática superior*, que acaba de ser reeditada en los manuales «Corona», un *tratado de análisis algebraicos* y su curso sobre la *Teoría de la representación conforme*. La Intro-

*ducción a la matemática y el Tratado de análisis*, fueron premiados por la Real Academia de Ciencias, de Madrid.

Su competencia en las disciplinas matemáticas, demostrada en sus obras, le ha valido entrar a una edad en que son contados los que entran, al claustro de profesores de la Universidad Central española. La junta mencionada le nombró también director del seminario matemático creado por ella en la capital de España.

A poco de llegado a esta ciudad, uno de nuestros compañeros del Colegio tuvo la suerte de poder conversar con él breves instantes. Refiriéndose a nuestro medio intelectual, dijo el profesor español que por acá estábamos bastante adelantados en ciencias positivistas, las cuales tenían muy apreciables cultores; pero que nos faltaba todavía algo así como un cultivo intenso de las disciplinas filosóficas puras, de ciencias abstractas como la matemática, de aparente menor utilidad, pero más concordes con las aspiraciones del alma contemporánea. Hizo, sin embargo, algunas excepciones, mencionando varios nombres de argentinos dedicados al estudio de la matemática, que probó conocer.

Es, como se ve, la observación del señor Rey Pastor, acerca de nuestro medio, la que ya otras voces igualmente autorizadas han hecho y que este COLEGIO NOVECENTISTA ha sentido claramente, como muy exacta.

Conocedor también de la formación del COLEGIO NOVECENTISTA, al doctor Rey Pastor plúgole sobremanera saber que unos cuantos jóvenes estudiantes de aquí habían, por lo menos, advertido esa característica de nuestro ambiente y se apresuraban a manifestar francos deseos de renovación.

Por lo demás, el profesor español mostróse íntimamente complacido en venir a dictar curso en nuestro país. En su primer conferencia lo dijo también, y añadió que no se llegaba hasta nosotros como representante de «una ciencia oficial de España, de una ciencia nacional que no existe y que sólo ahora se está empezando a construir por un grupo de investigadores entusiastas y honestos capitaneados por el gran Ramón y Cajal». Y con rasgo de modestia que le honra, advirtió asimismo, que no era tampoco el profesor que trasladaba su cátedra de Madrid a Buenos Aires para venir a enseñar nada ni a nadie, sino un hombre estudioso que quería arrojar algunas piedrecillas en las aguas mansas de nuestro bienestar material, para producir en ellas pequeñas hondas de inquietud.

Cuente, desde luego, el distinguido catedrático español, con que aquí hay una porción de estudiantes que le sabrán apreciar.

El día 2 de este mes dió el profesor Rey Pastor, en el aula de física de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, su primera conferencia, ante una numerosísima concurrencia. Trató en ella

del desarrollo de la matemática desde fines del siglo XVIII hasta la época actual. Analizó separadamente las características de esa ciencia en dicha centuria, y mencionó luego la radical mudanza que sufre a fin de la misma, debido al impulso de Cauchy, Gauss y Abel, con lo cual se convierte en una ciencia casi exclusivamente francesa, autónoma, con problemas y métodos propios y emancipada de las ciencias naturales, a cuya servidumbre había estado sujeta hasta entonces. Después hizo ver cómo los alemanes (hacia 1826) superan a los franceses en el cultivo de las disciplinas matemáticas y mantienen esa superioridad hasta casi el fin del siglo XIX, en que los geómetras italianos les arrebatan el cetro. Hoy — dijo — la matemática es una ciencia italiana. En cuanto a las variaciones íntimas de la matemática, después de sucesivos períodos de abstracción, que expuso, dijo que había llegado a ser ya una ciencia con unidad perfecta, cuya base común son los conjuntos abstractos (teoría de Cantor); el núcleo del edificio es la idea de función, y la corona, la teoría de los grupos que sistematiza e implica todas las teorías.

Luego de esta primera lección inició el profesor español un curso intensivo sobre el organismo actual de la matemática, curso que viene desarrollando en torno a dichas tres ideas capitales: la de los conjuntos abstractos, la de función y la de los grupos.

## MOMENTOS

Risa infantil, preludio de la fatal dolora.  
Mañana serán hombres estos niños de ahora.  
Hombres y niños vamos unos de otros en pos.  
También ayer fué *nuestra* su risa encantadora:  
esa risa que tiene claridades de aurora  
y es un eco, en la Tierra, de la risa de Dios.

\*  
\* \*

Feroz lección de la cronología.  
Cinco siglos atrás y es la armonía  
de los dorados pórticos de Atenas:  
la ciudad del eterno mediodía  
y las frentes serenas.  
Cinco siglos despues, cielo de plomo,  
pasajes de calvario, torvos ceños,  
*Jerusalem*, cristianos que hablan como  
si estuvieran en sueños.

\*  
\* \*

Hamlet y Otelo. Hamlet siempre inseguro  
y Otelo que asesina, puñal en mano.  
Pensar es detenerse frente al futuro.  
Vivir es ir de espaldas hacia lo arcano.  
En la sombra del hondo palacio obscuro  
se oye al bufón que riñe con el enano.

\*  
\* \*

Para el amor no hay vallas.  
Es un reino sin nobles ni miserables.  
Sólo el Espíritu alza murallas  
infranqueables.  
Trágica duda cuando tenemos  
sus manos bienamadas en nuestras manos  
y no sabemos  
si son de veras nuestros hermanos.  
Trágico ambiente  
el formado por esos seres queridos  
para quienes seremos desconocidos  
eternamente.

\*  
\* \*

El *ser* y el *debe ser*. Ideas y hechos  
siempre en penoso esfuerzo disyuntivo.  
¿Conciliarán un día sus derechos  
lo pensado y lo vivo?  
En nosotros—muy íntimo—perdura  
ese combate. ¿Quién matará a quién?  
Si somos alma pura  
somos nervios y músculos también.  
Porque tal es la siempre abierta herida  
de nuestra vocación:  
siempre que somos fieles a la vida  
somos infieles a Platón.

*Teófilo de Sais*

---

## EL POSITIVISMO Y EL ESPIRITU (1)

POR EUGENIO D'ORS

Uno de los aspectos en que se ha manifestado esa barbarie del Ochocientos, ha sido un desconocer el carácter estético, irónico, de la Ciencia, cayendo en aquella falsa religión de la Ciencia que llamamos «Cienticismo» y que otros torpemente llamaron «Positivismo». El positivismo representaba la superstición del resultado por encima del espíritu creador; la dogmatización de la ciencia hecha, en perjuicio de la ciencia que se hace. Convertir la ciencia hecha en un dogma y extender su dominio ilegítimamente hasta el campo de la conducta, despojarla de su carácter artístico, para armarla de una trascendencia ética será una especie de barbarie, será carecer en absoluto del sentido de la continuación. El primero que partió de la geología cuveriana, no ya para desconocer científicamente todo cambio brusco — que en esto se hubiera mantenido dentro su derecho — sino para atacar la creencia en lo cataclismal, cometió un acto de barbarie no muy distinto del que el lombardo o sármata recién converso cometía al mutilar la estatua de una diosa antigua. La ausencia de clasicismo, de espiritualidad, de ironía, de gracia, es análoga en ambos casos. No prevé el sármata la hora del Renacimiento como no prevé el cuveriano fanático a Hugo de Vries y la readmi-

(1) De la «Antología Filosófica» de Eugenio d'Ors, compilada y traducida por R. Racabardo y J. Farrán. Edit. Antonio López, Barcelona.

sión de los cambios bruscos y la consiguiente vindicación de la hipótesis cataclismal. Desconocen por igual los dos cuanto de flexibilidad debe contener la concepción intelectual, cuanto de elemento estético, de libertad, de «juego» — en el sentido kantiano y schilleriano de la palabra... — Toman de la lección de Sócrates la mitad, lo de la invención de definiciones: dejan la otra mitad, que confiere la potencia de superarlas. Si, pues, podemos caracterizar a Europa, por su esencial socratismo, no será Europa la ciencia que se erija en dogma, la que, en su devoción por la fórmula, niegue el diezmo de marginal veneración que debe a las posibilidades del Espíritu. Ni Fórmula sola ni Espíritu solo dan el sentido de la tradición Europea, sino Fórmula y Espíritu reunidos. En la suprema armonía del Partenón que vos, mi ilustre amigo, ensalzasteis como se debía, hay, sin duda alguna, mucho de canon; pero también hay un algo de milagro. El éntasis calculado y sutil hincha ligeramente la columna; pero el secreto íntegro de su profunda gracia, sólo puede poseerlo la virgen y diva Atenea.

*Eugenio d'Ors.*

(Xenius)

---

---

*Introducción de Emilio Boutroux a la traducción francesa del libro de Rodolfo Eucken titulado "Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo" (1)*

La actitud de la generación actual respecto de la filosofía parece, a primera vista, contradictoria. Es usual denigrarla como creadora de abstracciones huecas; y, al mismo tiempo, se ve florecer una literatura filosófica que apasiona a un público numeroso y serio. Hasta se advierte que hombres de estado, publicistas, novelistas, críticos, buscan ávidamente hoy los temas filosóficos y son complacientemente alabados por su profundidad cuando los desfloran, aunque sea muy ligeramente.

Esta aparente contradicción se atenúa si se considera que lo que en la actualidad se proscribiera o se cultiva no es un idéntico procedimiento de filosofar. Se huye, si, de una filosofía separada de las ciencias y de la vida, de una filosofía que pretende encontrar en la razón pura todos los elementos, todo el objeto de su existencia y desarrollo.

(1) París, Alcan 1912.

A menudo se tacha a una tal filosofía de vacío formalismo, de construcción artificial, de supervivencia escolástica. No se ve más en ella que una simple satisfacción del espíritu, sin valor para quienes han extraído en el comercio de las ciencias positivas y de las realidades vivientes, el sentido de la verdadera certidumbre. Pero, por otra parte, se acoge ávidamente las ideas filosóficas cuando parecen ser el producto legítimo de una colaboración entre el espíritu y las cosas, cuando se presentan como una sincera interpretación de las ciencias y de la vida, no como una exégesis o combinación, más o menos nueva, de los conceptos elaborados por los filósofos antiguos.

Nuestro siglo, pues, pertenecerá a una filosofía que intente bastarse y alimentarse exclusivamente con su propia substancia. Pero en desquite, solicita una filosofía que busque en la misma experiencia, en lo universalmente admitido como real, en las ciencias positivas, en la vida del individuo y de las sociedades, los elementos de sus respuestas para las incoercibles interrogaciones del espíritu humano: ¿qué es el mundo? ¿qué somos nosotros? ¿cómo haremos para cumplir acentadamente nuestro deber de hombres?

Si el autor de la presente obra reúne en torno de su silla de profesor ancho círculo de ardientes discípulos, si la atribución del premio Nobel que se le ha dispensado en 1908 ha sido acogida con tan calurosa simpatía, no sólo entre el público filosófico propiamente dicho,

sino también entre el gran público, es porque ha trabajado en el sentido de extraer la filosofía de la sombra de las escuelas para instalarla en el corazón del mundo real y hacerla participar de la vida de los hombres y de las cosas.

Flied! Auf! Hinaus-in's weite Land!

Tal parece ser su divisa. Y, ciertamente, no sería del todo censurable tomar por modelos a los Platón, los Descartes, los Leibniz y los Kant, quiénes, sin duda alguna, tenían por norma indelible considerar la filosofía como una actividad del espíritu en constante comercio con las realidades, y no como una cosa en sí, con existencia aparte, desarrollándose únicamente por simple dialéctica interna.

Pero a poco equivaldría el haber formado nueva conciencia de lo que fué, en suma, el esfuerzo de todos los grandes pensadores. El mérito de Eucken estriba en haber efectivamente determinado la vía que permite al espíritu realizarse en su pristina originalidad, no a pesar de su unión con las realidades materiales, sino gracias a esa misma unión.

\*  
\* \*

No es por simple acaso que la filosofía, durante un largo período, pareció envidiosa de crearse una esfera aparte, bastándose a sí misma, fuera de la ciencia de las cosas sensibles.

Para los antiguos, un Platón o un Aristóteles, en la naturaleza era capaz de alcanzar lo divino y, ella misma, de esencia más o menos di-

vina. El espíritu, pues, para vivir su propia vida, podía invocarla o apoyarse en ella.

Toda su ambición, por lo tanto, consistía en encontrar y contemplar en la naturaleza el reino de las leyes naturales y eternas, leyes de que el mismo espíritu participaba directamente. Pero con el cristianismo la naturaleza cambió de aspecto. Ya no fué más que una cosa inerte, por completo exterior al espíritu que la creó, *ex nihilo*. Y la ciencia moderna está, sobre este punto, en sugerente acuerdo con la religión judeo-cristiana. La ciencia moderna convierte a la naturaleza en un mecanismo bruto, donde el juego eternamente idéntico de las fuerzas naturales inmutables y fijas, engendra, por sí mismo todos los fenómenos, sin que en su curso haya plaza jamás para un pensamiento dirigente.

¿Cómo entonces, el espíritu podría encontrar en su contacto con la naturaleza elementos de vida y desarrollo? Unirse a la naturaleza sería abandonarse, traicionarse, disolverse. Oponiéndose a ella, al contrario, el espíritu toma una conciencia distinta de la que le es propia, y se asegura una entera libertad de acción y acabamiento. La reducción de la naturaleza a principios antiespirituales se convierte así para el espíritu, tanto como se evade de aquélla, en la ocasión de nueva y pujante afirmación de su originalidad y de su propia vida.

Pero he aquí que la ciencia positiva, al principio limitada a explicar por sus principios mecánicos lo que se llama fenómenos exterior-

res, y respetuosa ante el misterio que parece envolver la vida y el pensamiento, se juzga hoy en posesión de métodos que le permitan someter a sus leyes todas las formas del ser, sin excepción. Nada hay en el imperio prodigiosamente acrecido de la humanidad sobre las cosas que no haga hoy aparecer, bajo un aspecto nuevo, la situación del espíritu frente a la naturaleza. Si el hombre puede modificar el curso de los fenómenos se debe a que el mismo es un fenómeno, análogo a los otros. El sabio antiguo, a quien sólo le era dado contemplar las leyes eternas del ser, no podía sentirse idéntico a ellas como el sabio moderno que las utiliza. Si el viento y la corriente combinan sus acciones es que son dos fuerzas homogéneas. Gobernar a la naturaleza es ser parte de la misma.

Además, ¿dónde el espíritu separado de la naturaleza podrá encontrar el punto de apoyo, el objeto, el principio de determinación que le es necesario para obrar, es decir, para ser? En otro tiempo se tenía a Dios. El crítico moderno encuentra que en el concepto de Dios subsiste multitud de elementos extraídos de la misma naturaleza y que, si se intenta reducirle a su contenido puramente suprasensible, se le ve desvanecer. Entre las corrientes del pensamiento contemporáneo una de las más fuertes es la que nos aleja de ese cielo transcendente de Epicuro donde se ignora si existen sobre la tierra, seres que sufren e investigan, llevándonos hacia el mundo de la materia y de la vida

temporales, objeto de la ciencia, base inaparente pero cierta, de todas nuestras acciones, deseos e ideas.

Estos, pues, son hoy los términos del problema para quien se pregunta si el idealismo representa todavía una actitud mental posible: dado que el espíritu es para nosotros inseparable de la materia, y de una materia cuyas leyes parecen bastarse a sí mismas, ¿es posible, sin embargo una vida original y libre del espíritu? Preciso es reconocer que enunciado en estos términos el problema aparece singularmente embarazoso.

Y, desde el principio, una concesión grave se impone. No solo no es contradictorio, sino que es mucho más simple, tanto lógica como prácticamente, dar la razón al naturalismo. Pretender sobrepasarle es aventurarse. Pascal, ¿ha alcanzado a demostrar que hasta aquel mismo que carece de fé debe lanzarse a la ventura de obtenerla? De hecho se puede vivir una vida puramente natural puesto que basta, para ello, con abandonarse al curso de las cosas, con no contrariar a la ley de inercia que, por otra parte, se realiza en todo cuanto existe.

Del problema de la vida humana, el naturalismo es una solución posible? ¿Síguese de aquí que esa solución sea necesaria? Suponed que yo rehuso contentarme con ella: ¿se tiene el derecho de objetarme que mi actitud no exprese otra cosa que una fantasía individual? Aquí aparece la idea fundamental del presente libro de Rodolfo Eucken.

Así como Pascal consideraba el punto decisivo de su obra hacer despertar al hombre de su sueño pirroniano pensando que el hombre, una vez inquieto sobre su destino, no podría dejar de volverse hacia Dios; así nuestro filósofo aplicase con todas sus fuerzas a provocar la reflexión crítica en el espíritu que se satisface con el naturalismo, persuadiéndole sobre el esfuerzo necesario para averiguar si aquel punto de vista es verdaderamente digno del hombre.

Pero mientras Pascal, para excitar al incrédulo a volverse hacia Dios le invitaba a penetrar en sí mismo, a observar la inquietud que a pesar suyo le dominaba perennemente, Eucken, que pertenece a un siglo, y especialmente a un país preocupado de adaptar la vida individual a la vida colectiva, nos muestra las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo dirigidas, en realidad, hacia la investigación de los fines irreducibles a los objetos dados en nuestra experiencia.

De ahí la marcha seguida por nuestro filósofo. En vez de limitarse a examinar de manera abstracta los conceptos de la vida espiritual, del movimiento, del monismo y dualismo, de la vida humana, de la moral y de la religión, Eucken, extendiendo a la sociedad humana el método de investigación aplicado al individuo por Pascal, busca sorprender la vida secreta de la conciencia común, el trabajo que se opera actualmente en ella, la dirección del movimiento general que se desprende de sus diversas tentativas.

Y a propósito de todos los problemas esenciales de la teoría y de la práctica, contempla el pensamiento contemporáneo atormentado precisamente por la cuestión de la legitimidad del naturalismo, y orientado hacia un idealismo nuevo capaz de mantener las ambiciones del idealismo dualista aun reconociendo siempre la imposibilidad, definitivamente establecida, de separar la metafísica de la ciencia, el espíritu de la naturaleza.

\*  
\* \*

¿Cómo satisfacer esta aspiración de la conciencia humana?

La idea general que se deriva del examen del pensamiento contemporáneo pudiera ser formulada en estos términos: el hombre es o más o menos de lo que comunmente piensa ser.

Si la ciencia positiva es, por sí sola, la medida de lo verdadero y de lo posible, entonces el hombre es menos de lo que piensa ser. Porque la individualidad, la personalidad, la dignidad, el valor moral, el especial papel y el destino superior que persiste en atribuirse, están en contradicción, no solo con las conclusiones actuales sino también—lo que es más grave—con los principios, los métodos y el espíritu mismo de la ciencia positiva. Si la ciencia es el todo del verdadero conocimiento es preciso no ver en las ideas sobre que se apoya nuestra vida de hombres otra cosa que vanas

tradiciones, hijas de la ignorancia y el error de nuestros ancestrales.

Ahora, si la ciencia por sí sola no representa la medida de lo verdadero es preciso cesar de oponerla, como un juez de sentencia inapelable, al espíritu que quiere ser y obrar. Ciertamente: el espíritu sólo piensa avanzar de acuerdo con la ciencia. Pero, en último término, ¿qué es lo que la ciencia le impone?

El nudo de la cuestión estriba en la idea que pueda hacerse de las relaciones de la ciencia con el espíritu. La ciencia, expresión de la verdad, ¿es en sí un absoluto, un edificio terminado, algo que el espíritu solo puede considerar pasivamente desde afuera, y esforzarse en describirlo? En este caso sus postulados son para nosotros expresión última de la verdad; es decir, que estamos en el deber de considerar el determinismo mecánico y el hecho en bruto como los principios fundamentales del Ser. Toda noción, por lo tanto, que contradiga al mecanicismo debe ser tenida por ilusoria; y no sería difícil demostrar que están en ese caso todos los principios que dan su forma a la vida humana.

Pero la ciencia, sin duda, como el lenguaje, el arte, las leyes civiles, las religiones, puede ser considerada no como algo exterior al espíritu sino como una actividad del espíritu mismo, de tal modo que sus principios—hasta los más profundos—no puedan cobrar verdadera significación más que relacionados con el pensamiento que los instituye y los maneja. En este caso nada de rígido existirá acabado desde

la eternidad o para la eternidad, ni en la ciencia ni en las cosas. El espíritu es vida y creación. Si el determinismo científico es su obra, el determinismo aparece como un plasma cuya consistencia y cuyo oficio no son necesariamente inmutables. La transformación de la palabra viviente en un sistema muerto y acabado es lo que se llama Escolástica. La substitución del pensamiento activo por la Escolástica, o sea el pensamiento cristalizado por la enseñanza, se encuentra también en la naturaleza, como aplicación de la ley natural y general del hábito.

Pero, por eso, no es necesaria. El hombre puede mantener su actividad y su pujanza espiritual reaccionando contra la tendencia a la abdicación que exigen sus hábitos.

Aunque fascinado por la claridad y la utilidad de la ciencia, el espíritu humano tiende hoy a recordar que él es esencialmente vida, acción, esfuerzo hacia lo mejor, y a reintegrar, por lo tanto, la ciencia en esta vida interior de que procede. En otros términos: se tiende a libertarse del puro naturalismo y, apoyándose siempre en la naturaleza, a encontrar fines que la sobrepasen. ¿Pero a quién confiarse para determinarlos?

(Traduc. de B. T.)

(Concluirá)

### Notas a la vida intelectual del mes

---

«*La ironía de Avellaneda*», por Juan Agustín García. — En la tarde del día 23 de este mes se realizó la primer sesión pública del año, de la Academia de Filosofía y Letras. Tocó al doctor Juan Agustín García hablar en esa reunión. Dió una conferencia sobre «la ironía de Avellaneda».

El conferenciante y el tema prometían de antemano una lección de interés. Y le tuvo, en cierto modo, porque fué una de esas conferencias que pudiéramos decir amables, para un auditorio mitad femenino y mitad muy favorablemente predispuesto. Pero el interés que esperábamos, no se dió.

Trató el doctor Juan Agustín García, primeramente, acerca de la ironía. Hizo a propósito de esta característica de la civilización, algunas consideraciones pasables, pero superficiales y viejas. Después leyó breves escritos de Avellaneda, en los que se refleja honda melancolía. Del tema, de la ironía de Avellaneda, no trató.—*L. S.*

*Versos de Leopoldo Lugones.* — El n° 980 de la revista «*Caras y Caretas*», trajo una nueva remesa de las poesías de Leopoldo Lugones que compondrán su anunciado «*Libro de los paisajes*». No son mejores estos versos que los que ya nos dió a conocer, en otras publicaciones, del mismo libro en ges-

tación. Son versos correctos en la forma, pero sin sentimiento, sin pensamiento, sin sensibilidad. Ni siquiera hay en ellos alguna de esas imágenes, siempre caprichosas, pero hermosas, muchas veces, que son el fuerte del señor Lugones. Como paisajes, ni pintan nada, ni sugieren nada. Son versos hecho con palabras y no con alma.

Para las fiestas francesas del 14 de julio, el señor Lugones dió a conocer también una canción a Francia. La literatura patriótica lleva siempre en su esencia un sello de medianía. Pero dentro de esa medianía, que es defecto de origen, puede haber también algo que no sea vulgaridad. La canción del señor Lugones es vulgaridad completa. Construcción rudimentaria — con rimas tan espontáneas como estas: libres y vibres, — ritmo de sonsonete; la consabida alusión a la libertad y a la democracia de un lado y a la barbarie de otro; la no menos socorrida metáfora del cóndor de los Andes, y sobre todo, la falta absoluta de pensamiento y de emoción. Tal la canción que a Francia, en la fiesta de sus libertades, dedica el señor Lugones.—*J. G.*

#### CUESTIONES ECONOMICO-FINANCIERAS

*Instituto Popular de Conferencias.* — Ha proseguido su labor durante el mes de julio el Instituto Popular de Conferencias, alta cátedra de cultura en la cual se estudian problemas de interés nacional y se proponen soluciones muy dignas de ser tomadas en cuenta por los que tienen la responsabilidad de la dirección en lo que atañe a la colectividad. No sólo han hablado allí hombres de investigación y de didáctica de entre lo que ya tiene la Argentina,

sí que también, como Ruy Barboza y Ortega Gasset, representantes ponderados del pensamiento americano y europeo. Y así su obra, de múltiples dimensiones, ha venido dando al trabajo científico política eficacia sobre la masa social.

El día 7 el ingeniero Carlos María Morales dió una conferencia en que trató la evolución del edificio en Buenos Aires desde la colonia hasta nuestros días, anotando hechos y sentando observaciones que reducidos a uno, pueden sintetizarse así: Buenos Aires ofrece, al lado de algunas ciudades yanques, uno de los casos más asombrosos de rápido progreso.

Posteriormente, el instituto ha entrado a tratar cuestiones de orden económico-financiero. Los trabajos allí desarrollados significan, además, una voz de aliento para los poderes públicos, de los cuales unió, el Congreso, no sale aún de los debates políticos que sólo tienen incentivo para las agrupaciones banderizas. Y así, mientras el señor Teodoro Marco, ciudadano del comercio metropolitano, se ha pronunciado contra el proyecto de Banco de la República, originario del poder ejecutivo, y ha abogado por la reforma del Banco de la Nación Argentina, de manera que esta institución de crédito, que ya es poderosa y propulsa la acción de los demás bancos, pueda ser el sostén de toda la estructura económica y financiera del país; mientras eso se ha sostenido por un lado, el doctor Eleodoro Lobos en una conferencia en que consideró la cuestión en su remoto génesis local y en sus relaciones con los pueblos vecinos y con aquellos, lejanos, que pueden citarse como más adelantados, aconsejó: respecto por la Caja de Conversión, en cuyos caudales pa-

rece que alguien hubiera llegado a pensar para cubrir déficits de presupuestos; alejamiento del abuso del crédito, sobre todo en el extranjero; rechazo absoluto de la idea de emisiones inconvertibles; organización del crédito agrícola y economía general en los gastos para equilibrar recursos y egresos, es decir: todo un plan de gobierno fácil de llevar a la práctica si hay energías y orientación.

*Museo Social Argentino.* — Esta institución que también se ha incorporado con valioso aporte de estudios a la vida integral de la República, como otro punto de apoyo para la formación del nuevo espíritu universitario, ha ventilado en sus últimas asambleas, como de más palpitante actualidad, temas que se refieren al abaratamiento de la vida y a la regularización de las finanzas nacionales.

Las disertaciones de los señores Joaquín de Anchorena y Eduardo Ruiz Guinazú acerca de abaratamiento, y de los señores Emilio Frers, Manuel Peña, Francisco J. Oliver y Norberto Piñero, sobre finanzas, han revestido positivo interés. Muy amplia en información fué también la conferencia en que el señor E. Uriburu trató la defensa de la producción nacional: refiriéndose a las perspectivas de la próxima cosecha, sostuvo que habrá grandes ventajas en movilizar desde luego el capital que ella representa y que en cuanto a proteccionismo, la mejor protección a las industrias nacionales será proporcionarles combustible barato, lo que implica para el Estado el deber de no paralizar la explotación del petróleo; y, por lo demás, apoyó conclusiones como ésta: que después de la guerra actual, el

grado de civilización de un pueblo habrá de medirse por el grado de solidaridad con que sus habitantes lleguen al fomento de sus industrias.—*J. R. F.*

*El espíritu nuevo.*—Si este libro que acaba de publicar el señor Julio Cruz Ghio llevase otro título, esta nota carecería de razón de ser. Hubiera bastado, entonces, con el lacónico acuse de recibo que reservan, para los libros malos, las personas bien educadas. Pero hay en su título, doblado de irreverencia, un agravio para la santidad del esfuerzo de las nuevas generaciones que con ser nuevas no son, ciertamente, todas las generaciones de hoy. Entre las que son de hoy, sin ser nuevas, figura el propio autor de este libro. El agravio estriba en querer cubrir viejas mercancías espirituales con la aparente robusta juventud que respira el epígrafe. «El espíritu nuevo»... Lo menos que puede esperarse después del título es una síntesis, más o menos perfecta, de las adquisiciones fundamentales del siglo en que vivimos. Que en el libro del señor Ghio no hay tal síntesis, ni esfuerzo hacia tal síntesis, ni el más leve fundamento para llegar a tal síntesis es lo que confirma plenamente su lectura donde se encuentra, incrustadas en retórica insoportable para cualquier lector de mediano buen gusto, proposiciones de esta especie: «Verdades son los hechos habituales del hombre»... (pág. 51), «Lo que mueve la humanidad es el cerebro»... (pág. 86), «La historia se esfuerza en perpetuar la incapacidad»... (pág. 90), «El mal de los hombres son los límites de la tierra que habitan»... (pág. 93), «La moral, que es la base de la filosofía, nació de la

lástima de hacer mal a los hombres» (pág. 97), etc., etc.

A la oquedad irremediable de semejantes trivialidades pretende el autor, para colmo, unir el tono rebelde y la magistral actitud de todos los falsos sembradores de ideas. Y esto es lo intolerable. Porque el verdadero espíritu nuevo, tan calumniado en su libro por el señor Ghio, no siente — hoy y aquí — la necesidad de acabar con los malos escritores; pero sí siente, y muy honda, la necesidad de acabar con el enjambre de malos pastores.—*L. T. V.*

*El ilusionismo en filosofía.* — En el último número de la «Revista de filosofía» un señor Francisco R. Fernández escribe sobre «La voluntad a la vida». El señor Fernández está en el derecho de escribir sobre todo lo que quiera, pero nosotros estamos en el de desear, por lo menos, que escriba sobre aquello que conoce, dado que nunca es buena camisa la de once varas cuando sobra con una de seis. Titula el señor Fernández uno de sus capítulos, el tercero, «Filosofía ilusionista o filosofía biológica», en el cual vemos que, el «ilusionismo» (nombre con el cual califica a todo el movimiento espiritualista, en filosofía) «sin prueba científica, afirma su existencia y dominio (de la entidad espíritu), pero ignora su génesis; nadie columbra de dónde viene, y si bien no duda que sobrevive a la muerte destructora de la envoltura, no se aventura hasta medir la duración de su extraña inmortalidad. Además, ese espíritu posee en vida, y después de la muerte para los «espiritistas», poderes immanentes para penetrar en la esencia de las cosas...» Y en otro lugar agrega: «Eso no nos impide desconocer

que existe ya una tendencia hacia la «fórmula viva» y que la literatura y el arte comienzan a orientarse hacia las fuentes de la filosofía biológica». ¿Con que comienzan a orientarse? ¡Y nosotros que pensábamos lo contrario! Porque «la fórmula viva» del señor Fernández en literatura no es otra cosa que el realismo, el «roman experimental», el cual, para nuestro comentado recién ahora «comienza». ¿Será por falta de información o por «ilusionismo» biológico? Porque, a este paso el señor Fernández es capaz, en próximo artículo, de hablarnos de Comte, y hacer notar que sus doctrinas también «comienzan a influir»... como no sea la influencia sobre el señor Fernández, que en ese caso no seguimos.

—V. D. S.

*Conferencias del poeta Urbina.* — De su paso por nuestra ciudad, el poeta mejicano Luis G. Urbina deja, entre otros, el grato recuerdo de sus conferencias dadas en la Facultad de Filosofía y Letras. Trató en ellas de la literatura de su patria, desde los clásicos (Alarcón, Inés de la Cruz, etc.), hasta los modernos, Nervo y Díaz Mirón.

No fué su propósito otro que exponer las características de esa literatura, para dar de Méjico «otra idea que la de sus políticos, por un lado y la de las películas yankees, por otro». El público numeroso que se congregó a escuchar su palabra, supo premiar con franco aplauso labor tan modesta y tan digna.

«*La cuarta dimensión del espacio*», por Amado Nervo. — Las correspondencias del señor Amado Nervo, que periódicamente publica «*La Nación*», suelen ser, como las del señor Gómez Carrillo, triviales y fofas por extremo. Siempre el literato que parece pasar ante los múltiples y muy recios problemas de la cultura, con una ceguedad asombrosa. Sin embargo, el señor Amado Nervo ha querido ser también, por una vez siquiera, hombre de pensamiento y ha dedicado una de sus últimas correspondencias a un bien complejo y bien discutido problema científico; a este de la cuarta dimensión del espacio, que todos los matemáticos tocan, ya sea para refutarle o para salir en su apoyo y muy frecuentemente para demostrar que es problema infantil. No hubiera tratado la cuestión el señor Amado Nervo. Ni cultura sobre el tema, ni conciencia verdadera del problema ha demostrado tener. Un artículo cargado de puntos suspensivos. ¿Concibe el lector los puntos suspensivos en un escrito sobre matemáticas que quiere ser serio? Pero esto es un detalle. El problema es apasionador y merece que se trate de él con más tiempo y espacio. En el próximo cuaderno irá un estudio a propósito, de nuestro compañero del colegio, Benjamín Tabora.

«*Dotta ignoranza*», por E. Zuccarini. — El número del periódico «*La Patria degli Italiani*», correspondiente al día 23 de los corrientes, trae un artículo titulado «*Dotta ignoranza*», que firma el señor E. Zuccarini, periodista y profesor conocido. Refiérese el escrito a nuestro «*Discurso sobre el COLEGIO NOVECENTISTA*», el cual el señor Zuccarini

pone por los suelos. Cómo ahora el señor Zuccarini que no concurrió a nuestra primera reunión pública, conoció ese discurso, es lo que no sabemos. Los principales diarios de esta capital han dado noticia de él y han publicado resúmenes, algunos muy dignos, por cierto, y de ahí puede ser que le venga la información a nuestro crítico; pero nosotros no podemos hacernos responsables de esa información, por más que la apreciemos en todo lo que vale. Si, pues, el señor Zuccarini no tiene de nuestro discurso otro conocimiento que ése ( y es el único posible en este caso), al escribir como ha escrito en son de crítica, ha cometido una ligereza. Una ligereza; no digamos una bien patente deshonestidad intelectual, de esas que al COLEGIO NOVECENTISTA han de dar que hacer, seguramente. Por ligereza pase, entonces, y que el señor Zuccarini, no tan malintencionado acaso como se muestra en su escrito, se entere de nuestro discurso, que va en otro lugar de este cuaderno. Luego, si gusta (nosotros sí gustamos), discutiremos; pero discutiremos sobre lo dicho y no sobre si los jóvenes que forman el COLEGIO NOVECENTISTA *lavorano, avendo dietro di loro i preti, che si servono meravigliosamente di codesti tentacoli per menomare il valore della vera scienza e della Filosofia...*—J. G.

«*Voces fraternas*», por Belisario Roldán.—Hemos leído en «La Nación» del día 30 de Julio una composición poética titulada «*Voces fraternas*» y firmada por el señor Belisario Roldán. Como composición poética no vale nada. Cincuenta y seis renglones (versos) de ritmo fácil

y nada armonioso, cargados de adjetivos rimbombantes y despreciativos, bien encerraditos entre los signos de admiración; en fin, retórica pura y de la peorcita. Pero la composición tiene pensamiento, tiene médula. Como si el señor Roldán (es mera hipótesis) se sintiera molestado por «las babas que le lanzan y le lanzan», quiere decir todo el grande desprecio que le merecen los «envidiosos», y lo dice en metro:

¡Hay que tener el pensamiento fijo  
en lo que importa estar sobre la lidia:

.....  
es aceptar el precio de la racha  
que levanta a los cielos su bajel,  
pues pagamos en cobre de covacha  
la emoción de llegar hasta el laurel;

No se dirá que no es generoso el señor Roldán. «Ha llegado hasta el laurel» (por Domingo de Ramos también los aldeanos se llegan hasta los laureles de sus majuelos); ha llegado hasta ahí y siente que le punzan, pero reconoce que es obligado soportar el babeo de los caracoles sin cuenca,

pues sólo prueba su babeo triste,  
donde hay menos calores que lamento,  
que aquella gloria en realidad existe  
y de los gritos se ha encargado el viento..

Hay pensamiento, entonces, y hay generosidad en este nuevo fruto de la inspiración del

señor Roldán. Pero, ¡cuidado, *praestantissime orator!*, que la oración pudiera ser vuelta por pasiva y resultar que ese babeo suyo es precisamente prueba inconcusa de que la gloria de sus «babosos» (¡quienes serán!) existe, y que de sus gritos se ha encargado... «La Nación», lo cual es lamentable por «La Nación» y por la decencia cultural.—L. M.

---

## LA BARBARIE CULTURAL

En cajas ya la nota que antecede, sobre el artículo «Dotta ignoranza», del señor E. Zuccarini, leemos un segundo del mismo autor, provocado por una carta que nuestro compañero del colegio, Julio Noé, dirigió a ese periodista, a propósito de aquel primer escrito. En nuestra nota invitamos al señor Zuccarini a leer el discurso que comentó sin conocer, y lo hemos hecho — como se puede ver — del modo más amable posible, despreciando una bellísima ocasión para poner fácilmente en la picota a un señor, además de deshonesto intelectualmente, ignorante de cosas elementales en filosofía y con una perversidad de crítico, que le inhabilita para discutir con gentes, modestas todavía, por su escaso saber, pero ya conscientes del respeto que merecen los altos problemas de la cultura. Nos ofrecíamos también al señor Zuccarini para discutir — dialogar, diremos — con él, serenamente. Y, en verdad, después de leído este segundo escrito suyo no podemos sustentar la misma actitud de extremada humildad. Con el señor Zuccarini no podríamos discutir; primero, por su falta de probidad, demostrada con escribir dos largos artículos sobre algo que no conoce, y ponerse a hacer adivinanzas sobre posibles segundas intenciones de los miembros del COLEGIO NOVECENTISTA; y segundo, porque su punto de vista en cuestiones filosóficas es, aparte de

caótico, impreciso, contradictorio, un punto de vista tan elemental, que no sabe uno qué decir de él; es como si nosotros estuviéramos hablando de la excelcitud del «Quijote» y de pronto nos encontraríamos con que era necesario convencer a nuestro auditorio de que el «Quijote» era un obra que ya tenía fama por el mundo. Y para demostrar esto haremos una breve exégesis — todo será hacer demasiado — de los escritos del señor Zuccarini.

Hablábamos nosotros del espíritu creador y del razonamiento y de la ciencia. El señor Zuccarini comenta: «...che criterio filosofico si puó e si deve attribuire a colui... etc., se non comprende la cosa piú elementare della Filosofia cioè a dire che la "Scienza é il lavoro piú notevole della Ragione" e chi quindi risulta inutile, pleonastico, ammettere uno "spirito creatore" sopra la ragione e la scienza?»

Refiérese después el señor Zuccarini a nuestra crítica a la psicología científica, a la psiquiatría, a la sociología, a la frenología, y se pregunta el porqué de nuestra actitud. «Perché codeste scienze— responde en seguida— sono quelle che, piú direttamente e risolutamente, hanno distrutto quello spirito creatore ch'era un'anomalia fuori della natura ed era una superfetazione situato sopra la ragione umana...» Sobre esta misma idea del espíritu creador dice poco más adelante: «Ma tutto ciò senza necessità d'intervento di un qualsiasi Spirito creatore, il quale é una semplice illusione della mente umana. E che triste illusione!»

Quiere entrar luego el señor Zuccarini a explicar porqué a nuestro compañero Julio Noé dijo que había ido a España y había vuelto de allí «cargado de metafísica», y—nosotros no sabemos con qué motivo—cita dos definiciones de Bergson sobre metafísica: «la metafísica é la ciencia che vuol fare a meno di simboli»; l'oggetto della metafísica e di cperare delle differenziazioni e delle integrazione qualitative». Ambas definiciones le parecen contradictorias; pero este buen señor Zucarini que habla

de la «dotta ignoranza» de los demás no sabe todavía que una es la metafísica en sí y otro el objeto de la metafísica.

A propósito de la palabra «rever», que Julio Noé puso en su discurso, el señor Zuccarini habla de la «moda sn la filosofia» y empieza a discurrir sobre los «che pensano e mutano di pensiero con l'ultimo sistema di Filosofia che corre per le reviste e per le sale di conferenze.» Si, ¡como que así, con tanta facilidad y cotidianamente se hace un nuevo sistema de filosofía! De aquí se puede colegir el concepto que el señor Zuccarini tiene de la filosofía.

Se trata luego de la biología y sus relaciones con la filosofía. Dice entonces el señor Zuccarini: «Vogliono i "novecentisti" che la biologia non abbia nulla a che fare e a che vedere negli affari della Filosofia, ma la Biologia, di per sé, non è la scienza della vita, che in meno di mezzo secolo non solo ha fatto dei progressi giganteschi, ma si è suddivisa in molte altre scienze? E com'è possibile fare a meno della Biologia, se la Filosofia e la scienza della vita del Pensiero, il quale, a sua volta, non può prodursi senza il complesso sistema nervoso?»

Para convencer, a continuación, al lector, de que la «psicología experimentalé spiega molti fenomeni psichici e che tutte le scienze si unificano nella Filosofia», cita, como quien está bien enterado de las cosas científicas, los «ultimi studi eseguiti sulle emozioni, nelle quali intervengono le glandole surrenali, l'andrenalina che esse secernono e la relazione che passa tra esse e il sistema del simpatico...» Y esto se llama haber oído campanas sin saber dónde, porque la función de las glándulas suprarrenales es un fenómeno estudiado bien fuera del campo de la psicología experimental; pertenece a la nueva rama de la ciencia médica, dicha Endocrinología o Doctrina de las secreciones internas. Además bien se adivina del modo de traer la cita, que el señor Zuccarini quiso a toda costa poner ahí dos o tres palabras no muy corrientes, «pour épater».

Finalmente; el señor Zuccarini alude a «i poltroni» que «desideranno riportare la Filosofia alla «Mantica»,

perché abbisogna molto tempo e moltissima fatica per correre dietro ai progressi delle scienze...» Pero esto sólo el señor Zuccarini que ha realizado numerosas y muy fructíferas investigaciones científicas y que se imagina a Zeller, a Cohen, a Boutroux, a Bergson, a Croce, a d'Ors ignorantes de las cosas de la ciencia; sólo él lo puede decir.

Y no seguimos la transcripción, porque no tenemos tiempo ni espacio. Creemos que con lo copiado basta para dar idea de la envergadura de filósofo y de hombre de ciencia del señor Zuccarini; filósofo y hombre de ciencia desde la redacción de un periódico. Otras cuestiones toca el señor Zuccarini, pero no creemos del caso tratarlas. Son ellas, por ejemplo, la de «la barbarie germánica», la de «las falacias de la religión», la de «que nosotros, los de este colegio, tenemos detrás nuestro a los curas», la de «que si el señor Ortega y Gasset — contra el cual parece tener una inquina muy personal — es o no más literato que filósofo», la de «si nosotros tenemos como sacerdote al mismo señor Gasset», cosa tonta, porque todos nosotros apreciamos en lo que vale al distinguido profesor español, pero ninguno lo tenemos por sacerdote máximo, ni a él le gustaría tampoco. En fin, la barbarie cultural a expensas de la libertad de prensa.—*José Gabriel.*

---

---

# Colegio Novecentista

CUADERNO II

Buenos Aires

Agosto 1917



## EL ESPACIO, LA GEOMETRIA Y LA LOGICA

(A propósito de una crónica de Amado Nervo)

### I

Y bien: nuestro enojo de novecentistas, en cuanto amantes de la probidad, no debe ser grande porque a un poeta como Amado Nervo se le haya ocurrido hablar a los lectores de «La Nación» (1) sobre la cuarta dimensión del espacio bordando en torno de tal tema un mal cuento de hadas. Ciertamente que el artículo en cuestión constituía el perfecto arquetipo del barbarismo cultural. Ciertamente que allí la divagación substituía al razonamiento; la metáfora al examen; la afirmación hueca a la precisión que impone el sentido de medida; la intrepidez verbal, en materia que se demuestra desconocer en absoluto a ese prudente patrón de medida exigido, a todo honrado escritor, por el respeto a los lectores y al propio valer. Ciertamente, en fin, que si la ignorancia nos disgusta, la semi-cultura nos aterra.

Pero nuestro enojo, repetimos, no debe ser grande. Primero, porque esa clase de crónicas, parece la

inevitable hierba-mala ofrecida por el cotidiano pasto periodístico. Segundo, porque a todo quién sienta alguna pasión por ese linaje de especulaciones una opinión de Amado Nervo sobre la cuarta dimensión del espacio debe importarle tanto como la que pudiera dar, sobre idéntico asunto, el jefe de una tribu australiana.

Pero sucede que personas de mayor talla intelectual que Amado Nervo incurren a menudo en el mismo pueril error que servía de cimiento a su cadena de trivialidades sobre la cuarta dimensión del espacio — y esto ya es grave. Sucede que hasta alguna alta autoridad científica insinúa reflexiones deladoras del mismo error — y esto es ya verdaderamente lamentable. En tal cual conferencia recordamos haber escuchado, entre nosotros, variaciones de la misma ambigua índole sobre la cuarta dimensión. En el último libro, «Celestes y Cósmicas», de espíritu tan honesto y trabajador como lo es Martín Gil no faltan, aquí y allá, giros despectivos para los ilustres geómetras que hablan de espacios a más de tres dimensiones, a «n» dimensiones. De todo ello se desprende:

1º Que no se tiene noción exacta de lo que significa, en boca de los geómetras modernos, los espacios a más de tres dimensiones, o sea, los espacios distintos del euclidiano, o, en fin, las geometrías que precisamente por esa circunstancia se designan con el nombre de no-euclidianas.

2º Que tampoco se tiene noción exacta de las relaciones de la Geometría con la Matemática general, ni de las de ésta con la Lógica.

3º Por último, que se ignora la esencia, el alcance y el fin primordial de los razonamientos matemá-

ticos que han hecho posible — sin agravio para el sentido común — el que pueda hablarse de espacios a infinidad de dimensiones.

Es lo que pretendemos aclarar seguidamente en doble esfuerzo de claridad y concisión.

## II

«Todos los porqués humanos dejarían tal vez de formularse, comienza diciendo Amado Nervo, si conociésemos una dimensión más: la cuarta.»

En este respecto puede ir ya el poeta mejicano adoptando la actitud que corresponde a las supremas defraudaciones: los porqués humanos continuarán interrogándonos tan tenaz e incoerciblemente como ahora porque nunca descubriremos al espacio una cuarta dimensión. Inquirir si el espacio tiene una cuarta dimensión, si al menos es posible esa cuarta dimensión, en el sentido en que formulan el problema Amado Nervo y quienes se le plantean en términos análogos, es, no arriesgar una proposición aventurada sino fundar un rotundo despropósito. Al preguntarse si existe o puede existir una cuarta dimensión del espacio Amado Nervo, y sus compañeros en candidez, hacen referencia implícita al espacio sensible, al espacio en que nos movemos, al que nos parece ver, medir y recorrer por todas partes. Preguntarse si este espacio inmediatamente dado a nuestros sentidos tiene más de tres dimensiones, equivale a preguntarse si tenemos o no sentidos. Si tenemos sentidos este espacio *sensible* no puede tener más que tres dimensiones. La cuarta dimensión implica una sensibilidad distinta de la nuestra. Algo, que por no poder imaginarlo — has-

ta para imaginarlo necesitaríamos de otra sensibilidad — es, humanamente, inconcebible. Así «el axioma de las tres dimensiones es para nosotros, en tanto que seres sensibles, una verdad de hecho, necesaria y *a priori* (2). El lógico francés Coutourat de quien tomamos esa frase es, en este punto, como se ve, un kantiano puro. Pero aquí no es nuestro objeto profundizar ni en el origen ni en la naturaleza del concepto de espacio. Nos referimos, pues, siempre, a este espacio sensible, inmediato, virgen de todo análisis filosófico, que es el invocado por Amado Nervo y los otros cuando se interrogan sobre la posibilidad de una cuarta dimensión. Ahora: esa clase de espacio sensible, que puede representarse, recorrerse, medirse, es, precisamente, el espacio que no conocen los geómetras; ni los de tres, ni los de «n» dimensiones. Claro que nos referimos a los buenos geómetras. Pueden quedar algunos que todavía, al definir el punto geométrico, se refieran al que marcan en el encerado con un golpe de tiza. Pero tales geómetras corresponden a la misma categoría de físicos que piensan que el átomo es un cuerpo muy pequeño y muy duro.

## III

Poincaré — maestro venerado — ha hecho resaltar con mucha agudeza las diferencias que separan al espacio sensible del geométrico (3).

He aquí algunas de las más esenciales: el espacio geométrico es continuo, infinito, homogéneo, isótropo. El espacio sensible no es continuo en la acepción matemática del término (porque no podemos

representarnos más que continuos físicos); no es infinito (porque no podemos representarnos más que objetos finitos); no es homogéneo (porque la naturaleza del espacio sensible varía en cada parte); no es isótropo (porque sus propiedades son tan diversas como sus direcciones).

Esto se condensa mejor añadiendo que el espacio geométrico es irrepresentable; que no podemos formarnos del mismo imagen adecuada porque toda imagen, por fuerza, debe referirse al espacio sensible. «No podemos representarnos los cuerpos, continúa Poincaré, más que en el llamado espacio sensible que no tiene ninguna de las propiedades del geométrico.» De modo que cuando alguien pregunta: «el espacio ¿tiene tres o más dimensiones?» debe hacerse observar: «¿a cuál espacio se hace referencia?» Si al sensible, la pregunta es superflua porque es el definido por las tres dimensiones; si al geométrico la pregunta es impertinente porque es ajeno al concepto sensible de dimensión.

Punto esencialísimo: *si la geometría descansara sobre la noción de espacio sensible no sería una ciencia exacta.* Sería una ciencia experimental o descriptiva. Sus construcciones, sus teorías, su estructura íntima, estarían sujetas a perpetua revisión, como todas las ciencias supeditadas a la esclavitud del sentido inmediato, a los informes de la experiencia pura. Las nociones geométricas, al contrario, una vez fijadas o descubiertas son inmutables. El concepto de triángulo que nosotros tenemos es idéntico al que tenía Platón. Por eso, en alguna parte de su magnífico libro *La théorie physique* ha podido decir el ilustre Pierre Duhem que tal es la diferencia específica que existe entre el modo de pro-

gresar las ciencias matemáticas y las físico-naturales: aquéllas avanzan añadiendo indiscutible a indiscutible; las últimas convirtiendo en discutible lo que antes se tenía por indiscutible. Tan evidente es la inmutabilidad de los nociones geométricas, como de todas las ciencias abstractas, que cuando la precocidad de un genio, sin cultivo espiritual todavía, se libra «en juego trágico y divino» a ese género de estudios no puede hacer otra cosa que volver a reinventar los principios de la Geometría. Fué lo que le ocurrió a Blas Pascal (4).

## IV

Descartado el espacio sensible de la geometría queda descartado el falso problema de las tres dimensiones. Pero conviene todavía hacer una última observación en ese respecto. Inevitablemente, todos con cuanto mayor o menor conocimiento de causa aluden a la cuarta dimensión del espacio, raciocinan, sobre poco, del modo siguiente: «Imaginémonos un sér ideal que sólo pueda moverse sobre una circunferencia en una pequeña región de ella. ¿Qué noción del espacio tendría este sér inteligente? Para él no existirían puntos exteriores a esa línea; y su infinito, esto es, lo no accesible para él, tendría un significado muy distinto que para un sér plano o de tres dimensiones» (5).

Otras veces se imagina (se imagina siempre) seres de naturaleza lineal moviéndose sobre superficies planas; o seres de sola superficie incapaces de trasladarse de un punto a otro, fuera de dirección fija y determinada; o, simplemente, seres como nos-

otros pero condenados a perpetua inmovilidad. (Porque parece bien establecido (6) que el concepto de tercera dimensión es de origen exclusivamente táctil. La visualidad no nos proporciona más que perspectivas, espacios representativos a dos dimensiones.) Luego se insinúa que tales seres imaginarios colocados en tales imaginarias condiciones sólo podrían arribar en cada caso, con el simple auxilio de sus percepciones y de su lógica, al concepto de espacio ya a una, ya a dos, ya a tres, ya a más dimensiones: a las dimensiones cuya posibilidad haya querido demostrar el autor de la hipótesis.

Pero, repetiremos hasta la terquedad, ¿qué se demuestra, realmente, con razonamientos de esa índole, si se demuestra algo? Pues bien, esta verdad trivialísima en filosofía: que el pensamiento no puede independizarse de la realidad, que la obra del intelecto debe permanecer subordinada a sus condiciones empíricas, que toda construcción espiritual es fruto del consorcio del espíritu con las cosas, que todo es relativo a nuestros medios de conocer, por una parte, y a lo que puede ser materia de conocimiento, por otra; que el hombre es la medida de lo que existe, según la eterna frase de Protágoras (7).

Sobre esa verdad trivial, tan grata a los filósofos naturalistas, y, principalmente, a los empiristas, y, más principalmente aún a los materialistas crasos, ya se ha hecho notar, además, el terrible círculo vicioso en que se encierran cuantos pretenden, validos de aquellas hipótesis y razonamientos, llegar a demostrar la génesis empírica de las nociones geométricas. El círculo vicioso estriba en que cuando se razona de ese modo sobre el espacio «on raisonne comme si l'on savait déjá la géométrie».

## V

Ahora, no podrá menos de preguntarse: entonces, ¿qué sentido tienen esas geometrías construídas sobre espacios a más de tres dimensiones, a «n» dimensiones? Pues bien; tienen el único sentido que puede concederles su carácter de construcciones «hipotético-deductivas» (8), sin otro punto de arranque que determinados axiomas ni otra palanca de desarrollo que el encadenamiento lógico de los teoremas y propiedades que pueden deducirse, por puro análisis, una vez admitidos aquellos axiomas. Aquí está lo hondo, lo esencial del problema. Porque así considerada la Geometría, rechaza, *por definición*, toda posible referencia a espacios y dimensiones extraídos del mundo sensible. Si se define la Geometría como «el estudio de un cierto orden de relaciones lógicas completamente desligado de la intuición, revistiendo la forma de una ciencia ideal, puramente deductiva y abstracta, como la aritmética» (9), salta a la vista, de lleno, lo irracional que resulta invocar subrepticamente para supuesto apoyo de las diversas geometrías a «n» dimensiones nacidas en la segunda mitad del siglo último, nociones derivadas de la realidad empírica que no sólo les son extrañas, pero que les son virtualmente incompatibles. Desde luego ningún inventor de esa clase de geometrías — un Riemann o un Lobatschefsky, por ejemplo — ha incurrido jamás en tamaño equívoco. Porque todos esos geómetras saben muy bien que las diversas geometrías «son ciencias deductivas y puramente analíticas en tanto que se basan sobre *espacios ideales y simplemente posibles*» (10).

«Para Riemann — nos dice el sabio Rey Pastor — el espacio geométrico es un caso particular de las multiplicidades de elementos cualesquiera y la Geometría, en su sentido más amplio, debe comprender el estudio de toda clase de multiplicidades, *las cuales pueden tener cualquier número de dimensiones*» (11). El mismo doctísimo profesor español nos habla insistentemente de la «fundación axiomática de la Geometría», de que con los axiomas «construimos la geometría como ciencia racional, *con método deductivo puro*», de que la geometría constituye «un cuerpo cerrado de doctrina *totalmente independiente del mundo exterior*», de que «su material de construcción está formado *por entes abstractos cualesquiera*, sólo definidos de modo indirecto por los axiomas».

De modo que, sentados los axiomas, la necesidad lógica y el razonamiento matemático harán el cuerpo de edificio de las diversas geometrías posibles. La admisión o el rechazo de determinados axiomas llevará a la construcción de espacios *simbólicos* a tal o cual número de dimensiones. ¿Podremos medir la validez de tales geometrías por su mayor o menor acuerdo con las propiedades que se asignan al espacio sensible? La sola tentativa sería absurda porque no puede aplicarse patrones empíricos a construcciones ideales. ¿Cuál será entonces la única piedra de toque capaz de demostrar la validez ideal de tales espacios geométricos? Será sencillamente, la de que no pueda descubrirse contradicción alguna entre los teoremas que se deduzcan de los axiomas que les sirven de fundamento lógico. Así, tomando el ejemplo de un juez docto, no habrá contradicción alguna en que la suma de los ángulos de un

triángulo sea igual a dos rectos en el espacio de Euclides; superior a dos rectos en el espacio de Riemann; inferior a dos rectos en el espacio de Lobatschewski. La *verdad* de tales espacios y geometrías estriba en su textura lógica, exenta de contradicciones; y la utilidad de los mismos estriba en que pueden traducirse, en que cuando se les da «como material esa cosa vaga e indeterminada que se llama espacio intuitivo» devuelven perfeccionada la misma geometría clásica, la del espacio euclidiano, *casi* idéntico a este espacio que creemos poder medir, representar, recorrer por todas partes. Cuando — señor Amado Nervo — los geómetras hablan de la existencia de espacios a más de tres dimensiones, y aún de la objetividad de esos espacios, se refieren — implícitamente — a su existencia matemática, a su objetividad matemática. Y no debe olvidarse, nos dice Poincaré, que la palabra *existencia* no tiene el mismo sentido cuando se refiere a seres matemáticos que cuando se alude a objetos materiales. «Un être mathématique existe pourvu que sa définition n'implique pas contradiction, soit en elle-même, soit avec les propositions antérieurement admises» (12).

Si de las geometrías que respetan esas condiciones se pregunta cuál es la más verdadera, la pregunta tiene tanto sentido como «demander si le système métrique est vraie et les anciennes mesures fausses».

Estas conclusiones, hoy universalmente admitidas, pero encerradas desde un principio en la rai-gambre más honda de la especulación geométrica han ido haciéndose patentes, definitivas, durante el proceso, relativamente moderno, en que la Geo-

metría, purificada ya de todo germen intuitivo, ha quedado reintegrada, como un simple capítulo, en la matemática general. En otros términos, cuando se ha convertido en análisis puro. En otras palabras, cuando ha desplazado su campo de operaciones del concepto de *espacio intuitivo* al concepto de *número entero*. Claro que también ha habido su proceso (éste mucho más reñido y enconado y expuesto aún al ataque) para llegarse a la concepción de que todo el análisis descansa *única, exclusivamente* sobre el concepto de número entero. Sin embargo — escribía Coutourat en 1904 — «es hoy un lugar común entre los matemáticos sostener que el análisis puede ser constituido única y enteramente con la sola idea de número, y hasta de número entero»... (13). En cuanto a la integración de la Geometría en la matemática pura, en el Análisis, es punto fuera de discusión. «Hemos visto — dice Rey Pastor — (14) que el material de la geometría abstracta puede estar constituido por números; es decir que gran parte del Análisis aparece incluido en la Geometría, y, recíprocamente, *toda* la Geometría está incluida en el Análisis. En realidad, ha desaparecido ya toda diferencia esencial entre ambas disciplinas. Jules Tannery, apreciable filósofo además de excelente matemático (¿qué será que todos los excelentes matemáticos concluyen por ser buenos filósofos?) escribe: «Que la geometría pueda ser constituida con la sola noción del número, *independientemente de la noción de espacio*, es lo que hoy puede ponerse fuera de duda» (15). Ya tenemos, pues, a la Geometría, integrada en la matemática pura, purgada de su empírico abolengo, construida *independientemente de*

*la noción de espacio*, elevada sobre unos cuantos axiomas, reducida a un conjunto de relaciones y propiedades que se deducen de esos axiomas. ¿Por qué de una ciencia así puede decirse, como Mario Pieri, que es una construcción hipotético-deductiva? Es hipotética, porque, según ya hemos visto, descansa sobre axiomas. Ahora, la verdad que encierran los axiomas tiene que ser para nosotros de naturaleza eternamente hipotética. De la verdad de los axiomas, dice Bertrand Russell, tenemos tantas pruebas como del color azul del cielo. No podemos demostrar la verdad de los axiomas porque ellos son el criterio, la piedra de toque para juzgar las demás verdades. Nuestra razón no demuestra los axiomas: los impone. La legitimidad de los axiomas no se discute: se admite, simplemente. Si encontramos que tal proposición particular no está garantizada por tal axioma, no tachamos éste de falso; cambiamos de axioma. El axioma, en fin, es una hipótesis imprescindible; una convención necesaria. Puestos los axiomas no quedará más que ceder al análisis deductivo la labor de ir eslabonando, en cuerpo de doctrina, los teoremas, propiedades y relaciones que resulten de la admisión de aquellos axiomas. De ahí el que la Geometría moderna (16) sea, como toda ciencia matemática, una construcción hipotético-deductiva. Hipótesis, convención, proceso deductivo, análisis... ¿Qué será que todos los excelentes matemáticos concluyen por ser buenos filósofos? Ya lo sabemos. Es que el templo de las matemáticas tiene su diosa: la Lógica. Y la Lógica es una disciplina filosófica.

## VI

Desde el momento en que admitimos que «considerada con relación al mundo sensible la ciencia matemática no es objetiva», que «ninguna experiencia física podrá jamás demostrar la verdad o falsedad de sus postulados» (17) parece natural que ya no debería plantearse más el problema de saber si entre todas las geometrías posibles hay una sola verdadera. Y sin embargo, y a pesar de la enérgica dialéctica desplegada en ese terreno por el gran Poincaré, el problema se plantea a menudo, si bien no en los groseros términos en que hasta aquí se ha hecho referencia.

Más que el problema mismo parece recabarse la simple legitimidad del proponerle. He aquí, se dice, una geometría, la clásica, la del postulado de las paralelas de Euclides, que se acuerda perfectamente con las propiedades del llamado espacio sensible, con las de los sólidos sometidos a nuestra observación inmediata, con las condiciones de este mundo exterior de cuya contemplación ha nacido en forma espontánea. Tal geometría, ¿no será la única verdadera por oposición a las demás, simplemente posibles? La interrogación es susceptible aún de alcanzar mayor transcendencia, más corrosividad filosófica: el hecho mismo de que no podamos representarnos espacios distintos del euclidiano, de que *en tanto que seres humanos* se nos imponga el axioma de las tres dimensiones, de que ese axioma aparezca como un vértice de concordancia entre lo sensible y lo geométrico, ¿no nos da derecho a declarar que esa geometría es la única admisible, la única humanamente verdadera?

Pues bien; no tenemos derecho alguno, ni para plantear el problema ni siquiera para recabar la legitimidad de proponerle. Y no le tenemos porque al plantear el problema en aquella forma se da ya por admitida, en principio, esta terrible proposición: que sólo la experiencia puede resolverle. La experiencia, es decir, la parte más interesada en fallar el pleito a su favor; la parte que hace posible, en patente círculo vicioso, que el problema pueda plantearse. Si al margen de ese problema de esencia puramente lógica encontramos que *en tanto que seres humanos* la geometría ecludiana es la que mejor se acuerda con la experiencia, la más aplicable inmediatamente a la consideración del mundo exterior, lo único que podremos legítimamente afirmar es que se trata de la geometría más cómoda, de la que mejor se adapta a las propiedades del supuesto espacio sensible que creemos poder representar, medir y recorrer por todas partes.

Después de la magna obra realizada en ese sentido por Poincaré parece ya trivial aducir nuevos esfuerzos a la consolidación de esa tesis por él defendida con tan desconcertante aplomo (15). Pero sobre la autoridad del gran Poincaré está todavía, para remate de convicción, la definitiva derrota sufrida por el empirismo en todos los puntos que se relacionan con el origen, la estructura y el desarrollo de las nociones matemáticas; derrota paralela a la registrada en otros órdenes de especulación. Derrota naturalísima, porque, ¿cómo podrá nunca la experiencia decidir sobre la verdad o falsedad de un postulado matemático? Si la matemática no es objetiva con relación al mundo sensible, ¿cómo declararemos únicamente válida tal propie-

dad geométrica mediante la quimérica superposición con nociones extraídas del mundo sensible?

En una palabra: los teoremas, las propiedades, las relaciones geométricas descansan sobre axiomas; y los axiomas no son sujetos de experimentación.

## VII

Otro problema, muy distinto, es el de preguntarse qué papel ha desempeñado la experiencia en la formación original de las nociones geométricas. La derrota del empirismo, con el resurgir de diversas doctrinas que tienen como común ángulo incidente una suprema reivindicación de la actividad creadora del espíritu (19) ha dejado sin consistencia la simple presunción de que las nociones geométricas — en general, las nociones matemáticas — puedan ser creación empírica, trasunto de la realidad sensible. Stuart Mill, en este punto, ha quedado muy lejos de nosotros. Toda la parte de su *Lógica* consagrada a las matemáticas puede ser hoy tema de curiosidad histórica pero no de meditación ni estudio. Más allegado a nosotros tampoco merecen cinco minutos de examen los esfuerzos que el profundo introductor del concepto de economía en la ciencia, Ernesto Mach, ha verificado, en un libro plebeyo (20), para dar asiento empírico a las construcciones racionales. Ni los conceptos son complejos de sensaciones, como Mach insinúa, ni la naturaleza nos ha ofrecido jamás triángulos perfectos, círculos perfectos, planos perfectos. Sólo un filósofo inglés, tierra de empíricos, pudo hacer a Descartes, impugnando la idealidad de la matemática, aquella preventiva observación sobre que «l'idée

que nostre esprit conçoit du triangle vient d'un autre triangle, que nous avons vu, *ou inventé sur les choses que nous avons vu*» (21).

Y, sin embargo, el segundo período de esa observación de Gasendo representa ya la teoría que ha servido muy posteriormente, para delimitar, con acierto indudable, el oficio que desempeña la experiencia en la elaboración de las nociones geométricas. Este oficio sería puramente psicológico. Las nociones geométricas sin ser creadas, serían sugeridas por la experiencia. En las percepciones de la experiencia encontraría el espíritu su excitante adecuado para llegar al grado de pureza, de exactitud, que caracteriza a las nociones geométricas. El acabamiento sería obra de la razón pura; pero el punto de partida estaría siempre en la experiencia (22). La exactitud de las nociones geométricas vendría a constituirse en un carácter completamente negativo desde el punto de vista de la pura experiencia pues resultaría, precisamente, «de la eliminación de las propiedades relativamente accidentales» (23) (Platón anda por aquí) que presentan los cuerpos de la naturaleza. La vista del árbol, *sobre poco recto*, nos conduciría a la noción de la línea *enteramente recta*. Primero, y ante todo, la pujanza creadora del espíritu; luego la experiencia que «n'est pour nous qu'une occasion d'exercer cette puissance» (24).

Los famosos «pasajes al límite» de la matemática encontrarían razón de existencia en la forzosa limitación e imperfección de las nociones sensibles. Al imperfecto ser bruto substituiríamos el perfecto ser, como la razón le concibe. (Platón, Platón anda por aquí.) Los seres psicológicos, cambiantes, fugitivos, nos revelarían el mundo de los seres lógicos,

inmutables y eternos. Toda esta doctrina aparece condensada en el siguiente pasaje de Poincaré: «El conocimiento que tenemos del movimiento de los cuerpos — nos dice el que también es maravilloso escritor — no puede ser el fundamento de la Geometría. El nos ha dado, solamente, ocasión de fundarla. Su papel psicológico ha sido considerable. Su oficio lógico completamente nulo» (25). Que es como si dijéramos: al margen de la corriente de la experiencia con su desfile de seres imperfectos, cambiantes, fugitivos, evanescentes, la razón va colocando sus conceptos lógicos, verdaderos jalones de eternidad.

He ahí por qué no ha variado el concepto de triángulo desde Platón a nuestros días.

### VIII

En la moderna literatura matemática no puede menos de sorprender la frecuencia con que los autores insisten sobre los peligros que comporta la intuición (26) en todos los órdenes de aquella ciencia. Su consigna común parece residir en la necesidad de arrojar a la intuición — odiada Cenicienta — del rígido palacio matemático, cuya solidez estará en razón directa de su contextura analítica. Se declarará, por lo tanto, implacablemente inválida toda demostración, todo razonamiento, toda geometría, que en forma más o menos subrepticia invoque el auxilio de la intuición. «Con la intuición se demostraba todo», hemos oído decir despectivamente, en su clase primera, al matemático Rey Pastor. «Peligros de la intuición» se titula un capítulo de la obra del mismo profesor, «Introducción

a la matemática superior» donde se dice (pág. 51) que «al método intuitivo son debidos casi todos los resultados falsos, indebidamente incorporados a la Matemática en diversas épocas». Para que una definición sea buena, a los ojos del matemático moderno, su primera característica consistirá en no hacer llamamiento alguno a la intuición, o a nociones no definidas aún (27). El matemático moderno no se aplicará más «que a razonar sobre símbolos abstractos para no permitir que ninguna intuición espacial penetre subrepticamente en sus razonamientos» (28). Una demostración geométrica dejará de serlo en cuanto se pruebe que implica elementos intuitivos. La matemática pura será «un conjunto de implicaciones formales, independientes de todo contenido» (29). En fin, el razonamiento matemático no será riguroso sino «cuando la forma pura haya sido vaciada de toda materia» (30) o sea, de toda intuición.

¿Cuál es la causa, la causa profunda y justificadísima de este horror a la intuición tan vivamente sentido por los matemáticos modernos?

Las consideraciones anteriores, en cuanto a la justificación, ofrecen ya, desde luego, buena materia de respuesta. Baste con pensar que cada progreso operado por la Matemática desde su origen hasta el presente puede resumirse diciendo que ha residido en un triunfo del análisis sobre la intuición; que todas las geometrías sobre espacios a más de tres dimensiones son de estructura radicalmente anti-intuitiva; que el vicio primordial de las antiguas demostraciones matemáticas estribaba en que invocaban el auxilio de la intuición «y con la intuición se demuestra todo»; que la intuición, cono-

cimiento individual, está en recia pugna con el carácter abstracto y genérico de las nociones matemáticas; por último, que demostrado el fundamento lógico de la matemática (31) no quedaba otro remedio que desterrar de sus dominios a la intuición, *porque también la lógica se ha hecho radicalmente anti-intuitiva*; porque su único progreso desde Aristóteles acá, ha consistido, precisamente, en poner al descubierto los reductos intuitivos que clandestinamente albergaba la construcción de la lógica aristotélica.

En cuanto a la causa profunda de aquel horror a la intuición no aparece menos evidente con sólo tener en cuenta que anda de por medio la autoridad de Kant, que Kant pretendió edificar la Matemática, como es sabido, sobre juicios sintéticos *a priori*; que los juicios sintéticos *a priori* son, exclusivamente, de naturaleza intuitiva; en fin, que la única forma lícita, exacta, acabada, de plantearse todos los problemas anteriores sobre la posibilidad de geometrías a más de tres dimensiones, sobre la idealidad o el empirismo de la Matemática, sobre el valor de los axiomas, etcétera. — la única y última forma de planteamiento, repetimos, es la siguiente: la Matemática, ¿descansa, en último término, sobre juicios sintéticos *a priori* o sobre juicios analíticos? Kant se decidió por el primer miembro de la anterior disyuntiva; Leibniz por el segundo. Leibniz consideraba ya a la Matemática como una promoción de la Lógica y en este sentido se encuentra en perfecto acuerdo con los matemáticos y lógicos modernos. Hoy resultaría soberanamente anacrónico poner de relieve la dependencia, casi diríamos fusión, de la Matemáti-

ca y la lógica deductiva (32). Piénsese nada más que en los dos atributos esenciales de cualquiera demostración matemática: su necesidad, su inteligibilidad. Ahora, necesidad, verdadera necesidad no la encontramos más que en las proposiciones analíticas, aquellas en que el predicado está contenido, idénticamente, dentro del sujeto. Necesidad, verdadera necesidad, no existe más que en el afirmar del individuo lo que se afirma de la especie. Si A es B y B es C, A es, inevitablemente, C. Si la clase H tiene el carácter X todos los objetos de la clase H poseerán, inevitablemente, el carácter X. El carácter, así entendido, es lo que determina la relación (33). Y la relación analítica es el tipo acabado de la perfecta inteligibilidad. Para nuestro espíritu lo supremamente necesario e inteligible es la relación analítica que identifica especie y género, individuo y especie. Y relación analítica será toda aquella que pueda deducirse *únicamente* de definiciones y principios lógicos. Y todas las relaciones matemáticas se encuentran en ese caso. Son relaciones puramente analíticas, y, por lo mismo, supremamente necesarias e inteligibles.

¿Encontraríamos esta necesidad y esta inteligibilidad si, como Kant pensó, la Matemática descansara sobre juicios sintéticos *a priori*?

Primera y primordial característica de esos juicios es *la de que son totalmente impenetrables a la Lógica*. La experiencia nos los impone; pero nuestra razón nada sabe qué hacer con ellos. Si para la vida práctica resultan cómodos para la razón pura son un verdadero corrosivo. Examinemos este juicio sintético *a priori*: el oro es pesado. ¿Y por qué es pesado el oro? A esto no pue-

de responderse sino que la experiencia nos ha enseñado que el oro pesa, y nada más. Ese dato bruto de la experiencia nos ha obligado a incluir el concepto de pesantez en el concepto de oro. Se trata, ciertamente, de una síntesis de predicado y sujeto que la intuición realiza. Pero se realiza a viva fuerza, sin que lógicamente podamos ni debamos admitirla. Admitimos que el oro es pesado en igual carácter, y con las mismas restricciones, que admitimos la ley de Newton. Lógicamente no nos repugna la concepción de un oro no pesado ni la de un Universo cuyos cuerpos se movieran en razón inversa de sus distancias y no del cuadrado de sus distancias, como prescribe la ley de Newton. Un juicio así, finalmente, no es, en forma rigurosa, necesario ni inteligible. No es necesario porque no descubrimos la relación que existe entre sujeto y atributo; ni inteligible porque la síntesis intuitiva de uno y otro no se verifica con arreglo al principio de identidad. Aunemos los dos ejemplos anteriores, concibamos al oro escapando a la ley de Newton y quedará roto el lazo intuitivo que ahora nos obliga a incluir el concepto de pesantez en el concepto de oro. La Lógica, repetiremos siempre, no puede admitir más que juicios analíticos.

¿Por qué creyó Kant que la Matemática reposaba sobre proposiciones sintéticas *a priori*? Porque — nos dice — (34) «no se ocupa de objetos ni conocimientos sino en la medida en que éstos pueden dejarse representar en la intuición». Los conceptos matemáticos, piensa Kant, se diferencian de los conceptos metafísicos en que los primeros no pueden subsistir fuera de su aplicación intuitiva. Así, para demostrar que la suma de los tres ángulos de

un triángulo es igual a dos rectos sugiere Kant que necesitamos verificar una especie de construcción intuitiva de la demostración que quiere darse; representarnos líneas, ángulos, grados, todos los elementos que en ella intervienen, ya espaciales, ya temporales, pues espacio y tiempo en cuanto formas *a priori* de nuestra sensibilidad, son los dos campos, por decirlo así, donde cosecha sus intuiciones la Matemática pura. Sin esta genial salvedad *la doctrina kantiana se confundiría con la empírica*. Empero la doctrina kantiana tampoco debe tenerse por aceptable. Cualquiera que sea su fuerza teórica está en pugna con la estructura analítica de los conceptos matemáticos. Hay evidencia intuitiva donde a veces existe una falta de razonamiento o donde se desliza, clandestinamente, un postulado irreducible. Después, por lo que a la Geometría concierne, ya se ha hecho notar reiteradamente que la intuición nos encierra sin remedio en el espacio sensible, de tres dimensiones. Si la Matemática descansara sobre juicios sintéticos *a priori* no se hubieran podido edificar geometrías distintas de la euclidiana. Si la tesis de Kant prevaleciese, por último, en las demostraciones matemáticas figurarían, en primero y único término, las propiedades intuitivas de los conceptos y figuras que fueron sujeto de demostración. Ahora, en los conceptos y figuras de la Matemática moderna, se considera todo menos las propiedades intuitivas. La universalidad de estas propiedades está reñida con la intuición, que es representación de las cosas *in concreto*, al por menor. Ya es sugerente, según insinúa Coutourat, que hoy pueda escribirse tratados de geometría sin repre-

sentaciones gráficas, sin llamadas a la representación intuitiva.

Hay un dominio, sin embargo, que nadie podrá disputar a la intuición y es el de la invención matemática; acaso el de toda invención. En el fondo, el error de la doctrina kantiana parece residir en una confusión sobre los contenidos lógicos y el inevitable soporte intuitivo que debe acompañarlos siempre. Convida a la digresión fácil el demostrar que son necesarios continuos llamamientos a la intuición para convencerse de que la intuición no entra en el análisis matemático o lógico. El hecho es que no podemos pensar sin que el campo de nuestra representación se pueble de imágenes intuitivas. Claro que en esto fija la norma el temperamento de cada uno; y ahí fundó Pascal su distinción clásica entre *«l'esprit de géométrie et l'esprit de finesse»* (35). Tampoco parece que se pueda llegar a prescindir de la intuición, de las representaciones gráficas, en el campo de la pedagogía, o mejor, en el de la didáctica. En este sentido la recomiendan jueces doctos y el consejo, sino de muy eficaz, nadie podrá tacharle de imprudente. Pero si las matemáticas puras no fuesen analíticas, axiomáticas, deductivas, lógicas; si no descansaran sobre postulados que rechazan el concurso de la experiencia; si no fueran sistemas de implicaciones formales que excluyen, por definición, el auxilio intuitivo — entonces ni sus conceptos serían eternos, ni sus proposiciones soberanamente necesarias e inteligibles, ni podríamos decir, para terminar, de las matemáticas puras que son *«contemplación de la Inteligencia realizada en tanto que Universo»*, según la esplendente expresión de Novalis.

BENJAMÍN TABORGA.

## MEMENTO BIBLIOGRAFICO

(1) «La cuarta dimensión», Amado Nervo, «La Nación» 17-7-1917.

(2) Coutourat, Essai sur les fondements de la Géométrie, Revue de Métaphysique et de Morale, 1898.

(3) Ver, Poincaré: Le continu mathématique, Rev. de Met. et de Mor., 1893. L'espace et ses trois dimensions. Id., 1903. Sur les principes de la Géométrie. Id., 1900. L'espace et la Géométrie, Id., 1895. Les mathématiques et la Logique, Id., 1905, etc.

(4) Esta anécdota, como clásica, ha sido muy contada. Por ninguno mejor que por Xenius. Ver Flor Sophorum, II.

(5) Julio Rey Pastor, Introducción a la matemática superior, 38. En pág. 56, comentando a Zöllner, vuelve a insistirse sobre los seres imaginarios. Demás está decir que el sabio Rey Pastor, honra de la ciencia española contemporánea, hoy entre nosotros, no comparte en modo alguno semejante confusión de cosas.

(6) Ver, sobre todo, Poincaré, L'espace et ses trois dimensions, ob. cit.

(7) En el prefacio a «Les grands courants de la pensée contemporaine» de Eucken, que está publicando el COLEGIO NOVECENTISTA, dice Emilio Boutroux, precisamente: «Toujours relative au nombre de nos observations et au degré d'adaptation de notre entendement, notre connaissance demeure subordonnée aux choses»... Ob. cit., p. XI.

(8) Expresión de Mario Pieri, «Sur la Géométrie envisagée comme un système purement logique», ap. Bibliothèque du Congrès de Philosophie, 1900, t. III.

(9) Mario Pieri, Id. Id.

(10) Coutourat, La philosophie des mathématiques de Kant, Rev. de Met. et de Mor. 1904, pág. 375.

(11) Rey Pastor, Ob. cit., 37.

(12) Poincaré, «Les géométries non euclidiennes», Revue generale des Sciences, 1891, p. 772.

(13) Couturat, Les principes des mathématiques, Rev. de Met. et de Mor., 1904, pr. art.

(14) Rey Pastor, Ob. cit., 62.

(15) Jules Tannery, en su magistral estudio «Le rôle du nombre dans les sciences», recientemente reinserto en «Science et Philosophie», pag. 21.

(16) Notemos de paso lo que repugna a esta geometría moderna, de espacios a «n» dimensiones, el epíteto de *imaginaria* que le han aplicado algunos detractores. Si fuera imaginaria, sería representativa, es decir, estaría formada con elementos intuitivos, es decir, sería todo lo contrario de lo que es en realidad. Recordemos aún este pasaje de Tannery (ob. cit., 23) «La géométrie étant ainsi réduite à n'être qu'un chapitre de la science du nombre, il est clair que, si l'on fait maintenant correspondre, à un objet quelcune, un symbole purement géométrique, cela reviendra à lui faire correspondre une combinaison numérique».

(17) Ver Pierre Boutroux, «L'objectivité intrinsèque des mathématiques» Rev. de Met. et de Moral», 1903. — Ya, por el año de 1867, en un curso sobre «Movimiento vibratorio continuo de toda la materia ponderable e imponderable» el profesor de la universidad de Florencia, Magrini, decía: «Las matemáticas son puras concepciones que obedecen a las leyes necesarias del razonamiento. No sucede lo mismo con las ciencias físicas cuyo estudio no reposa sobre axiomas puestos por la razón ni sobre principios directamente extraídos de nuestro espíritu». El curso en cuestión se encuentra en la antigua «Revue de cours scientifiques», 1867.

(18) Ver, sobre todo, la ilustrativa polémica que sostuvo con Bertrand Russell en la «Revue de Métaphysique et de Moral», 1899 y 1900, con resultados aplanantes para este último que hasta incurrió en error de tanta magnitud como el de pensar que las relaciones de los cuerpos con el espacio pueden ser encontradas experimentalmente. Entre los que opinan que la geometría euclidiana es la única admisible se cuenta Couturat. Las opiniones que sostiene en los trabajos suyos citados en este *Memento* están inspiradas, como el autor confiesa, en las obras de Russell: «The principles of Mathematics» y «Essai sur les fondements de la Géométrie», París, 1900.

(19) La reivindicación ha ido tan lejos que hasta ni parece permitida, siguiendo a los neo-kantianos-alemanes, toda indagación encaminada a demostrar, por medios indirectos, aquella actividad creadora. Se prohíbe interrogar al espíritu sobre sí mismo. Como la respuesta tiene que darla el espíritu, se cae — dicen — en terrible círculo vicioso. «El más grave reproche que pueda hacerse a una teoría de la lógica (habla Husserl) consiste en que ella va contra las condiciones evidentes de la posibilidad de una teoría». Cit. por Eucken, *Les grands courants de la pensée contemporaine*, 156, tr. fr. Cohen y Windelband opinan lo mismo.

(20) Nos referimos al traducido al francés bajo el título de «La connaissance et l'erreur». Esp. Capítulos IX y X. Sobre la experiencia y la geometría ver el libro de Freycinet: «De l'expérience en géométrie». Más ceñido al tema el estudio de Holder en «Bulletin des Sciences mathématiques», 1900-6.

(21) Descartes, *Med. et Princip. Troisiemes objections*, pág. 150, Ed. Adam et Tannery, t. 9, 252.

(22) Lechalas, *Etudes sur l'espace et le temps*, 23.

(23) Boutroux, *De l'idée d'un loi naturelle*, ch. IV.

(24) Poincaré, *Response à quelques critiques*. *Rev. de Met. et de Mor.*, 1897.

(25) Poincaré, *Fondements de Geometrie*, *Rev. de Met. et de Mor.*, 1899.

(26) ¿Tan inoportuna será la observación de que aquí nos referimos, a la intuición kantiana, o sea, al «modo de conocimiento que se relaciona inmediatamente con los objetos y por la cual éstos nos son dados en forma individual»?

(27) Pierre Boutroux, *Ob. cit.*, art. cit.

(28) J. Tannery, *Les principes des Mathématiques*, en *ob. cit.*, 95.

(29) Mario Pieri, *ob. cit.*

(30) Poincaré, *Response à quelques critiques*, *ob. cit.*

(31) Un afán de claridad nos lleva, naturalmente, como ya habrá notado el lector culto, a prescindir de puntos secundarios, o bien, a dar por sancionados definitivamente sujetos que todavía constituyen materia de debate. Así, por lo que respecta a la intuición matemática, omitimos toda referencia al arduo problema sobre la concepción de número entero, base de la Aritmética, o sea del tipo más puro de la Matemática. El número entero ¿puede definirse lógicamente, como pensaron Schröder y Dedekind, o su definición

implica elementos intuitivos, como creen Bertrand Russell, Coutourat y muchos otros? Husserl, en su «Filosofía de la Aritmética» manifiesta que la idea de número nace, intuitivamente, de la idea de colección, de conjunto de objetos distintos. Coutourat, siempre que puede, insiste en el mismo sentido: «demander que l'on conçoit le nombre sans penser une collection, c'est demander l'impossible». Rey Pastor (ob. cit. 10) también deriva la idea de número de la noción de conjunto. De modo que: el número presupone la colección y la colección define el número. Ya hemos dicho anteriormente, en el texto, que la concepción del número entero era la más expuesta al ataque. Ver, la célebre memoria de Hilbert, traducida e inserta en la «Revue de l'enseignement mathématique», Mars, 1905.

(32) «La lógica deductiva está unida a la Matemática por una doble conexión. En primer lugar es en esa ciencia donde el razonamiento deductivo se manifiesta en su forma más completa..., tanto como medio de prueba y de demostración como de instrumentación de investigación y construcción ideales».—G. Vilati, La logique deductive, Rev. de Met., 1899. También en este punto se ha ido, quizá, demasiado lejos pues si se ha dado fundamentos lógicos a la Matemática igualmente se ha pretendido dar cimientos matemáticos a la Lógica. ¿Hay necesidad de decir que el primer intento ha correspondido a los lógicos y el segundo a los matemáticos? Hasta en estas altas regiones de idealidad se dejan sentir molestas tirantezas de gremio.

(33) Ved Josiah Royce, Principii de Lógica, en «Enciclopedia delle Scienze Filosofiche», vol. I, pág. 88. Sobre la necesidad y universalidad de las leyes lógicas, con sagaces observaciones sobre su relación con las matemáticas, ved los dos maravillosos—y nunca viejos—libritos de Boutroux: «De la contingence des lois de la Nature» y «De l'idée d'une loi naturelle», en los dos primeros capítulos de cada uno.

(34) «Crítica de la razón pura», 2ª Ed., 8.

(35) La distinción ha sido luminosamente analizada y amplificada por Pierre Duhem: «Le théorie phisiques», ch. «Théories abstraites et modèles mecaniques». — Los físicos ingleses, un Lord Kelvin, un Maxwell, son temperamentos hondamente intuitivos. Entre los matemáticos Klein y Poincaré tienen fama de igual condición. Pero el arquetipo del matemático intuitivo, que Kant se hubiera alegrado de co-

nocer, sería, sin duda, Hermitte, a juzgar por este pasaje de una carta a Stieljes: «Yo creo, le decía, que los números y funciones del Análisis no son producto arbitrario de nuestro espíritu; yo creo que existen fuera de nosotros con el mismo carácter necesario que los seres de la realidad objetiva, y que nuestro oficio es ir descubriéndolos y estudiándolos a la manera de los físicos»... La cita es de Tannery en «La methode dans les sciences» vol. I.

---

---

*Introducción de Emilio Boutroux a la traducción francesa del libro de Rodolfo Eucken titulado "Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo" (1)*

(CONCLUSIÓN)

Todavía goza de favor entre muchos filósofos un sistema que se cree propio para satisfacer al espíritu porque—sobrepasando por entero el naturalismo—se aplica a evitar el fracaso de la fantasía individual: es el intelectualismo.

Y, sin duda, el intelectualismo nos liberta de la tiranía del dato inmediato, acordándonos otra vida superior a la de los sentidos. Pero los principios que el intelectualismo busca detrás de los hechos sensibles son todavía, en realidad, simples hechos, datos brutos e impenetrables a los que no puede interrogarse sobre su razón de ser, parecidos a los símbolos inertes que la escritura substituye a la idea viviente, «remnos panu riga». La divisa del intelectualismo es: «ananke stenai», es decir: el movimiento supone el reposo, lo divisible, lo indiviso; lo contingente, lo necesario; el tiempo, la eternidad.

Divisa facticia cuya realización es inconcebible; porque ni el análisis del cambio puede conducir a lo inmutable ni existe la intuición que pueda hacernos conocer elementos absolutamente primeros. El intelectualismo representa una suerte de descorazonamiento del espíritu que, retro-

(1) París, Alcan 1912

cediendo ante una labor infinita, exige el reposo como precio de esa labor. Pero la realidad le rebusa ese precio; si el hombre se cansa de concebir ella no se cansa de crear. Vive realmente, sin que pueda tomarse esa vida por la mecánica gesticulación de un muerto.

«A priori» nadie jamás ha podido dictarle leyes. Nosotros pensamos de rechazo, observando primero lo que la naturaleza ha hecho, buscando en seguida clasificar sus producciones para, si se puede, descubrir alguno de sus hábitos. Siempre relativo al número de las observaciones, al grado de adaptación de la inteligencia, nuestro conocimiento permanece subordinado a las cosas; y no tenemos el derecho de escandalizarnos si las cosas nos demuestran su existencia precisamente por su irreducibilidad a nuestras abstracciones.

Se trata, pues, sobrepasando naturalismo e intelectualismo, de descubrir un punto de vista que mantenga la realidad y el valor de la naturaleza, sin abismar en ella el espíritu, y que asegure la supremacía y la acción del espíritu, reconociendo siempre su unión con la naturaleza.

Rodolfo Eucken encuentra en la filosofía de Fichte la indicación de la vía que conviene seguir para resolver el problema. Porque en ese filósofo el espíritu, esencialmente activo, lo domina todo; pero su actividad se ejerce precisamente por medio de la naturaleza y de la inteligencia. Es, pues, en la vía de Fichte donde

encontrará Eucken el idealismo concreto que busca el pensamiento contemporáneo.

Así, por una parte, establece la realidad propia del espíritu como vida y pujanza de creación, fundándola sobre la realidad y la originalidad del todo. El Espíritu quiere ser en sí y por sí; ahora, según su esencia, tal existencia debe ser algo superior tanto a la objetividad pura y simple, o existencia para otro, como la idea objetiva e inmóvil, la cual todavía no es más que una abstracción. El espíritu no existe, no es espíritu, si no obra. No es algo susceptible de obrar: es, por sí mismo, acción y vida; todo lo que hay en él se expande, se opone a la inercia, crea y se crea.

Por otra parte el espíritu no se mueve en el vacío. Su operación consiste en atraerse las cosas, en penetrarlas, en espiritualizarlas. No está superpuesto a la naturaleza, a la manera de la libertad-noumeno de Kant: está en ella inmanente, guía su acción de la que él mismo es primer autor, disciplina su determinismo.

El nuevo idealismo, pues, lejos de establecerse fuera de la ciencia, del arte, de las religiones, de las realidades dadas, según la concepción dualista, encuentra en la realidad inmediata misma la materia con ayuda de la cual se esforzará por realizar el espíritu.

Su labor está, frente a la tendencia natural de la criatura a inmovilizarse en su manera de ser y a desligarse del espíritu creador, en reaccionar contra esa inercia, en despertar

constantemente la vida en el alma humana aproximándola a un principio.

«Des Wenschen Taetigkeit kann allzulercht erschaffen, Er liebt rich bald die unbeding te Ruh».

No abandonemos a Mefistófeles el cuidado de sacudir la natural pereza del hombre. El espíritu de afirmación y de creación es él también movimiento y esfuerzo. Solo el espíritu es acción verdadera, ya que negar y destruir equivale a ceder a la fuerza ciega de disolución que tiende a encaminar las cosas hacia la nada.

La vida eterna no es ya una contradicción en los términos, si esta vida no es otra cosa que la organización, por el espíritu, de una materia infinita.

Nutrido por la ciencia y por la experiencia de la vida práctica, el espíritu filosófico, que es en nosotros traducción inmediata del espíritu universal, no es más que una simple eflorescencia de la realidad dada. Es razón y, al mismo tiempo, fe y peligro: «ein Suchen und Versuchen ein Wetten und Wagen».

Es preciso saber, es preciso pensar, es preciso aventurarse. Es preciso trabajar para lo incierto. Si el valor de la intención queda siempre íntegro, suceda lo que suceda, en cambio la viabilidad y la perfección de la obra solo después del suceso pueden ser conocidas. Las más grandes creaciones son las que provocan mayor número de creaciones nuevas.

## NUEVOS POEMAS

## CIUDAD

## COMPENETRACIÓN

Tengo el cerebro cuadrulado  
como tus calles, ¡oh Buenos Aires!  
En mi cerebro no hay callejuelas,  
el sol alumbra, circula el aire.

Si me preguntan por qué mis versos  
son tan precisos, tan regulares,  
yo diré a todos que aprendí a hacerlos  
sobre la geometría de tus calles.

## CAMPO ARGENTINO

## PUEBLO

Cincuenta mil hectáreas,  
diez millones de pesos,  
chapas de zinc, ladrillos...  
¡Arriba el pueblo nuevo!

## INTERMEDIO PROVINCIANO

## ENTIERROS

Estos descoloridos  
entierros de provincia...  
Hasta el cementerio que queda a dos leguas,  
¡qué melancolía!

Coches despintados,  
rotas cortinillas,  
corbatas, galeras,  
sucias y torcidas...

Todas estas cosas  
viejas y ridículas,  
que van dando tumbos  
sobre la campiña,  
¡tan verde!,  
¡tan linda!

FERNÁNDEZ MORENO

1917

---

---

## HOMBRES DEL OCHOCIENTOS

ERNST-HEINRICH HAECKEL

---

No más de cincuenta años todavía van corridos desde la época en que un profesor audaz y terco azuzaba el afán positivista del siglo con sus predicciones. Acababa de publicarse los famosos principios del transformismo, que Darwin exponía en su «Origen de las especies». Los doctos conocían ya la doctrina, pero los semilstrados y la masa en general ignoraban todavía sus delineamientos y sus verdaderos alcances. Surgió entonces Haeckel en Berlín y tomó a su cargo la exposición y la ampliación al mismo tiempo, de las nuevas teorías. Este es aquel profesor que exponía en varias conferencias dadas en la ciudad imperial, la Historia de la Creación con arreglo a los principios del darwinismo. Cincuenta años desde entonces. Cincuenta años en el tiempo; en el progreso de la filosofía y de las ciencias en general habría que contar cien, doscientos, quizás más...

He aquí, pues, a uno de los representantes más conspicuos del Ochocientos; el Corifeo del darwinismo, como se le llamó. Ernst-Heinrich Haeckel nació en Potsdam, el año de 1834. En su juventud estudió medicina y ciencias naturales en Wurtzburgo y Berlín donde Virchow, Braun, Kolliker, Lyedig y sobre todos Fritz Müller ejercie-

ron notable influencia sobre su formación cultural. Terminados sus estudios residió un año en Viena y de aquí volvió a Berlín a ejercer de médico hasta 1859, fecha en que pasó a Nápoles y Sicilia en viaje de estudio. Dos años más tarde realizó una nueva exploración zoológica en la isla del Helgoland y en Niza, de cuyos resultados obtuvo el grado de doctor en ciencias naturales. En 1862 fué nombrado profesor extraordinario de anatomía comparada en Jena, y en 1865 la universidad de esta misma población creaba la cátedra de zoología, para ser dictada por él. Deseoso de adquirir nuevos conocimientos, en 1866 visitó a Londres, donde conoció a Darwin. De Londres pasó a Madera, Tenerife, otras islas del grupo de las Canarias y por fin a Mogador, Tanger y España. A su vuelta a Berlín dió en esta ciudad las conferencias sobre transformismo, de que hemos hablado más arriba. Su fama de naturalista creció grandemente desde entonces, y así fué que a los pocos años, en 1873, el virrey de Egipto ponía a su disposición un buque de guerra, con que Haeckel exploró el Mar Negro.

Haeckel ha sido considerado como el más audaz de los apóstoles del transformismo. De sus estudios sobre los radiolarios concibió la idea de que podían existir organismos vivientes, de escasísima complicación. Darwin trataba de demostrar cómo los seres actuales pueden venir de organismos sumamente simples; pero dejaba sin solución la cuestión de la naturaleza misma del ser primitivo. ¿Podía éste existir de una manera tan simple que fuera producto de generación espontánea? He aquí el problema que Haeckel quiso resolver. Haeckel

se echa a buscar por los mares seres más simples que todos los conocidos y pronto fija su atención en unos de que ya había hablado anteriormente otro naturalista inglés; eran seres compuestos de sustancias albumínicas, que tenían vida propia y no presentaban, sin embargo, membrana envolvente ni núcleo alguno; eran amorfos, pero vivían, puesto que se movían por sí mismos y se alimentaban por sí mismos también. ¿Cómo pudieron formarse estos seres? Sencillamente, por el amontonamiento lento del limo de las aguas en las rocas calcáreas. Por lo tanto, estos eran los seres de generación espontánea y en ellos estaba el principio de todos los organismos. Haeckel les dió el nombre de «móneras». Con ellas, el problema de nuestro primer principio quedaba resuelto y de un modo «más racional» que el fantástico de la teología. Haeckel no titubeó en exponer las conclusiones, fundando una teoría bien revolucionaria. Parecía que allí se nos iba a acabar todo motivo de preocupación por lo desconocido. Pero poco duró la ilusión. La tales «móneras» no eran sino simples células con su núcleo y su membrana que Haeckel no había podido ver por deficiencia de los métodos de observación.

Teoría verdaderamente consistente, al parecer, del gran naturalista alemán es aquella de la ontogenia y su relación con la evolución de las especies. Los estudios sobre embriología, de su maestro Fritz Müller, le dieron base para construirla, considerando a la embriología como una recapitulación de la filogenia. Doctrina que ha prestado inmensos servicios a la biología y que se tiene hoy por una adquisición casi definitiva.

Lo más importante de su obra, sin embargo, no está en sus teorizaciones — sobrado hipotéticas las más de ellas —, sino en aquellos aportes particulares que trae a la ciencia. Principalmente en sus estudios sobre los espongiarios, las hidromedusas, los corales de la Arabia, los radiolarios, etc., resultado de sus exploraciones científicas. El número de sus publicaciones sobre diversos temas de ciencias naturales es elevado. Entre las principales de ellas citaremos «Morfología general de los organismos», «Historia natural de la creación», «Sobre el origen y la genealogía de la estirpe humana», «Sobre distribución del trabajo en la naturaleza y en la vida humana», «Historia de la evolución del hombre» y «Libre ciencia y libre doctrina», anteriores a 1890. Después de este año publicó «Filogenia» (complemento de su sonada «Morfología general»), «El origen del hombre» y «Aus Insulinde», resultado esta última de otra exploración en las Indias Orientales y Java. La última de sus obras es «Los enigmas del universo», en que se encuentran en resumen sus ideas referentes a la situación actual del hombre entre los organismos vivos.

Como cienticista del siglo XX le ha tocado ver en vida la anulación de la mayor parte de sus esfuerzos, por dogmáticos. No obstante, aún queda de su vastísima obra de naturalista lo bastante para tenerle por uno de los más grandes zoólogos de todos los tiempos.

---

---

## LA SOMBRA DEL CONVENTO

---

*Novela por Manuel Gálvez*

Hace cuatro años, sobre la última página de «El solar de la raza» Manuel Gálvez prometía al lector dar su visión del alma argentina, después de haber escrito sobre España. «Evocaré, al modo que ahora, las viejas ciudades donde duerme el alma de la raza, los paisajes nativos, la fisonomía espiritual de aquellos seres que la encarnaron».

Una visión de la vieja Argentina, de sus poblaciones aldeanas, de sus gentes pretéritas, además de no acordarse a nuestro espíritu nacional, no sería tampoco muy sincera en Gálvez. Espíritu que siente la vida cotidiana, que apunta sus luchas, que observa sus trajines, que sigue sus comedias y siente sus dolores, difícilmente se avendría — después de recorrer nuestras tierras y poblaciones — a dar una visión reducida y bien compuesta de nuestra alma nacional, muerta con los seres que la encarnaron. Temperamento de verdadero novelista, Gálvez se interesaría por algo más: luchas, conflictos, pasiones; por todo lo contemporáneo y dinámico, por todo lo vivo y variable. Así ha preferido darnos de la Rioja, por ejemplo, una visión de su alma moderna a evocarnos, al modo que lo ha hecho con Segovia y Sigüenza, su pasado secular.

Córdoba debía, necesariamente, interesar su espíritu. La vieja ciudad conserva, mejor que otra

alguna de las nuestras, buena parte de la tradición española que tanto ama Gálvez. Pero, ¿trataría sólo de esa tradición? ¿Se interesaría exclusivamente de sus viejas gentes, de sus añejas ideas? ¿Buscaría como únicos motivos literarios la descripción de sus paisajes, de sus aldeas y de sus conventos? No, sin duda. Agitada por conflictos modernos, movida por orientaciones nuevas, Córdoba ofrecíale un bello asunto de novela. Y así Gálvez ha escrito *La sombra del convento*, donde intenta mostrar «como se cree» entre nosotros. «En mi aspiración a expresar los múltiples aspectos de la compleja alma argentina, no podía dejar de consagrar un libro al *hecho religioso*», escribe en su página preliminar.

Tal propósito obligaríale con mayor cuidado que en sus novelas anteriores, a huronear en la psicología de sus personajes, con lo que Gálvez ofrecería un aspecto nuevo de su personalidad literaria. ¿Ha alcanzado completamente sus propósitos? Sin duda, no. Más que analista de ideas, más que psicólogo, el autor de *La maestra normal* es un notable observador de lo exterior y visible. Sabe apuntar detalles del máximo interés sobre un personaje, pero no sabe igualmente ahondar en sus ideas, en sus inquietudes, en sus preocupaciones. De este modo, todo lo mejor que contiene *La sombra del convento* son las descripciones, los toques realistas, la visión de lo exterior; lo menos bueno es el estudio de las almas. Mucho podría discutirse sobre la conversión del protagonista, mucho sobre la conversión como tal y mucho sobre la firmeza de sus creencias.

Lo que Gálvez sabe, y bien, es presentar en muy pocas palabras un personaje. Así, Lucas Baldovino, abogado joven, iniciador de un gran movimiento liberal que, de lograrse sus propósitos, conmovería a Córdoba. Veamos cómo lo describe: «En la Facultad fué un pobre diablo. Pertenece a una familia de posición muy humilde, y su pobreza era tal que, durante un mes, asistió a la clase con los zapatos rotos. En quinto año logró un puesto de escribiente. Ahora ganaba su vida trabajando como abogado. Su liberalismo, que ya comenzara en la Facultad al leer a Spencer, le atrajo alguna clientela. Tenía la nariz puntiaguda y un bigotillo raquíptico; siempre estaba con frío y le sudaban las manos inagotablemente. Parecía tuberculoso. Escribía en los diarios cartas abiertas». Este final es definitivo. Toda la pobre mentalidad de Baldovino está expresada en la frase: «escribía en los diarios cartas abiertas». Las escribía por cualquier motivo, las escribía como sistema, en una prosa guijarrosa, deshilvanada, triste.

Otros personajes tiene la novela muy bien presentados. Tiene, además, páginas descriptivas de primer orden. Además su prosa es más uniforme, en su excelencia, que la de sus novelas anteriores.

En resumen: es una buena novela esta de Manuel Gálvez. Sin duda no supera a *La maestra normal* y apenas alcanza al *Mal metafísico*, pero es bien digna de su autor, que lo es también de otros muy bellos libros.

Julio Noé.

## A LA MEMORIA DE ALMAFUERTE

---

Un numeroso concurso congregado en la sala del teatro Colón, el día 18 de este mes, por invitación de los señores Madariaga, Barroetaveña, etc., batió palmas calurosas a la memoria de Almafuer-te. Bien cariñosos serían estos homenajes a los poetas, si no nos trajeran, como el presente, un no sabemos qué vaho de ostentación, de afán de popularidad, de vanidad, en quienes los preparan. Dicho sea con toda la franqueza que no puede atrahillar el debido respeto a personas tan graves y consideradas.

Hubo en ese acto números de música, de declamación, conferencias. De todos, el más importante la conferencia del doctor Alfredo L. Palacios. El señor Barroetaveña, como no podía ser menos, también entretuvo largo rato la atención del público con un largo discurso. Por su discurso supo el público que se honraba allí la memoria de un detractor del Kaiser — «la cabeza visible de la matanza europea», — ya presentido por Sarmiento, según el conferenciante, en escrito que aparece en la página 196 del tomo 46 de sus obras completas. Lo que no supo el público es que se quería rendir homenaje a un poeta.

Pero detengámonos en la conferencia del doctor Palacios, inflada, ante todo, de retórica, que es poderoso aliciente para el aplauso de la masa. Dijo primeramente el conferenciante que Almafuer-te no era un poeta como, por ejemplo, Rubén Darío. Al-

mafuerte no sentía ni amaba la naturaleza, ni la belleza de las cosas, ni el misterio de las cosas; él amaba al hombre:

Yo no siento más vida que la del hombre.  
Ni Wagner ni Rossini me dicen nada.  
Pero si por acaso gime un gemido  
¡Me traspasa las carnes como una espada!

Y esto está bien, pero habría que saber qué vida y qué dolor del hombre son los que sentía el poeta, porque la vida y el dolor, como los rayos solares, tienen sus matices, que no percibe directamente el sentido. Hay dolores que no se manifiestan por gemidos y que son, sin embargo, más hondos y más corrosivos y que, por eso, vibran solamente en el diapason de una sensibilidad algo más aguda que la de Almafuerte.

Este tópico del sentimiento del dolor del hombre sirvió al doctor Palacios para establecer un pleonástico y caprichoso parangón entre Almafuerte y los profetas de Israel y Jesús. Para justificar este paralelo trajo a cuento buen acopio de dichos de los videntes judíos (ya sabemos lo fácil que es la erudición bíblica que, si queremos, también puede servirnos para establecer honda divergencia entre aquellos nombres). Y también este parangón está bien; pero sucede que el conferenciante olvida que de los profetas judíos acá han corrido algunos siglos, y que los apóstoles de hoy visten decentemente y duermen bajo techado y tienen un sueldo para no comer de prestado y se sientan, algunas veces, en el Congreso.

Habló después el doctor Palacios del optimismo de Almafuerte. El niega que de su obra trascienda

pesimismo alguno, como críticos han dicho. Y para fortalecer su opinión hizo ver que en esa obra hay una alta valoración del esfuerzo. ¿Cómo puede haber pesimismo en donde hay aprecio por el esfuerzo? El conferenciante resuelve el punto en términos muy simples. El pesimismo de Schopenhauer — dijo con palabras parecidas — nace de reconocer que la vida nos exige un constante esfuerzo, y como el esfuerzo es dolor, no vale la pena de vivir. A esto no tenemos que oponer sino que ese pesimismo es el que plantea el libro «El amor, las mujeres y la muerte», del gran filósofo alemán, libro para zapateros, como para zapateros es la explicación que el doctor Palacios da del pesimismo de Schopenhauer. Causas más profundas, señor Palacios, y no tan fácilmente penetrables al sentido común, son las que reconoce la filosofía del autor de «El mundo como voluntad y como representación».

Pero, en suma: aunque Almafuerce percibiera el dolor del hombre y fuera como un nuevo vidente de Israel y fuera optimista, ¿es esto ser poeta? En todo caso sería un hombre bueno o un predicador o un señor optimista.

Con todo lo cual no creemos hacer ninguna crítica a la obra de Almafuerce, sino demostrar en qué manos hemos encomendado por aquí la glorificación del escritor muerto. Supuesto que haya la más santa intención en el homenaje, los intereses intelectuales están por encima de toda sensiblería y no admiten la absurda cotización de la plaza.

JOSÉ GABRIEL.

*La filosofía del hombre que trabaja y  
que juega, de Eugenio D' Ors.*

*Estudio de Manuel G. Morente (1)*

Los ensayos de la Filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega nos ponen en presencia de un grupo de espíritus en donde vibran de un modo muy particular los temas de la filosofía contemporánea. En la conciencia actual hay algo de indecisión, de inquietud, claramente manifiesta por las quebraduras, cada día más graves, del clásico edificio idealista construido por el Renacimiento. La filosofía aspira a nuevas formas que varíen totalmente su arquitectura. Este grupo siente hondamente ese anhelo y aquellas inquietudes. Hubiera podido perseguirlas con ánimo sarcástico y cultivarlas, ayudando al total derrumbamiento de la vieja casa. Prefiere sin embargo mirarlas en conjunto y tratar de salvarlas en un ensayo de sistema. Un espíritu de clásicas armonías mediterráneas, que anhela la completa penetración de las partes, ha de sentirse disgustado en medio del tumultuoso océano de la filosofía contemporánea. Querrá recogerse una vez y darse cuenta. Aspirará a

(1). De la «Antología Filosófica» de Eugenio D' Ors, coleccionada por R. Rucabardo y J. Farrán.—Edit. Antonio López, Barcelona.

encontrar, en las capas más profundas, un punto firme en donde puedan hallar su síntesis, principios tan opuestos y diversos. Abominará del eclecticismo vulgar que acopla en mosaicos irracionales las más contradictorias afirmaciones. Pero admirará el pluralismo jerárquico de un Leibniz y buscará un sistema, cuyo punto de partida sea tan elevado y tan amplio, que en él quepan multitud de posiciones diferentes.

En la quiebra—al parecer definitiva—del positivismo, hallamos una de esas heridas mortales que padece el pensamiento de ayer. El positivismo se mueve dentro de una grave contradicción entre su orientación hacia el conocimiento científico, exacto y su predilección por el empleo de métodos biológicos para resolver los problemas tradicionales de la filosofía. Nació el positivismo de exigencias lógicas, objetivas, exactas. Quiso afirmar de un modo definitivo el perenne postulado del idealismo: la identidad del ser y del pensar—del pensar científico. Se negó a admitir que fuera de la ciencia hubiese algo que pudiera escapar a priori a las determinaciones del intelecto. Para él, ciencia y realidad son conceptos que se superponen exactamente.

El valor del conocimiento científico es absoluto, entendiendo por esto que todo aquello que se presente a nuestra consideración, como ajeno desde luego a la aprehensión y comprensión intelectual, debe ser reputado como una elaboración fantástica que carece de realidad.

Y partiendo de este postulado tradicional del idealismo, pensó el positivismo dominar los eternos problemas de la filosofía, aplicándoles los métodos de una ciencia, la biología. Así creyó que iba a concluir definitiva y perfectamente la obra del Renacimiento. Pero he aquí que de ese biologismo nace ahora una retroacción que destruye el postulado idealista. En efecto, considérase la ciencia como producida, condicionada por una ley biológica universal, la ley del menor esfuerzo, de donde sale una concepción económica—biológicamente—del conocimiento. Pero si ello es así, el valor de la ciencia se resuelve todo él en la satisfacción de las necesidades prácticas que la originaron. La ciencia valdrá, pues, no en absoluto, como una realidad, sino relativamente al éxito que proporcione a la acción, a la vida, a las exigencias prácticas de donde ha nacido. ¿Puede, entonces, afirmarse que el sér de la ciencia sea la realidad misma y toda la realidad? ¿No tendremos más bien que pensar ahora que el conocimiento, originado en necesidades prácticas, lejos de expresar lo real tal como es, forja una realidad propicia para nosotros y por ende una realidad falsa o al menos incompletamente verdadera? No habrá mas remedio que aceptar esta consecuencia, si adoptamos la teoría biologista del conocimiento. Ved ahora: el positivismo, que comienza dando a la ciencia el sumo valor, pasa por la biología y acaba minando su propio punto de partida. La filosofía pragmática contemporánea es, en el fondo, la contradicción del positivismo, su origen.

Una primera tendencia que encontramos en los escritos filosóficos de Eugenio d'Ors, es la de resolver las dificultades internas que acabamos de apuntar. Para ello esboza una doctrina de la ciencia, amplia, comprensiva, que contenga dentro de sí la acción, dando así vida a las exigencias del trabajo, y que satisfaga también al mismo tiempo el desinterés de la verdad objetiva. La segunda tendencia es la de construir sobre la base anterior un ensayo sistemático de explicación general, de metafísica, en una palabra. Trataré de resumir una y otra y luego me atreveré a adelantar algunas consideraciones personales.

Basta un breve ojeo de los trabajos de Eugenio d'Ors para advertir que su concepto de la Lógica y de la Epistemología pertenece enteramente a la dirección biológica. Uno de sus folletos más interesantes se denomina: *La fórmula biológica de la lógica*. En una comunicación al Congreso de Filosofía de Heidelberg, dice que «lo que se ha llamado la corriente biológica en la teoría del conocimiento, no es ya una corriente, es una definitiva adquisición.» Mas este biologismo de d'Ors no consiente suprimir ni escamotear problemas, no quiere soluciones rectilíneas excluidoras de toda variedad, incapaces de dar cuenta de la riqueza de matices del conocimiento. Y precisamente por este deseo de no dejar nada inexplicado, trata de presentarse bien claramente todos los aspectos del problema. Así, por ejemplo, la concepción económica de la ciencia, según la cual

ésta nace de las exigencias prácticas, parécete con razón incompleta y considerablemente estrecha. No tiene en cuenta esa teoría que en la ciencia hay algo más que la simple resolución de casos prácticos presentados por la vida en su curso; prescinde esa explicación del elemento quizá más importante en el conocimiento, su generalidad, ese carácter que le hace valer infinitamente por encima del o de los limitados casos particulares. Al lado, pues, de la necesidad práctica, habrá también que admitir una actividad prácticamente superflua, de lujo, una actividad que se extiende a fenómenos por ahora inútiles y establece leyes generales, cuyo alcance es muchísimo mayor que el momentáneo. Esta actividad puede calificarse, pues, de juego. La raíz del conocimiento es así doble: por una parte la necesidad práctica, el trabajo; por otra parte esa actividad superflua, injustificada, estética, que nos hace pensar por pensar, con una voluptuosidad característica en el pensar mismo: el juego.

Pero es necesario estrechar más aún esta teoría de la lógica. El trabajo sobre la fórmula biológica de la lógica lo lleva a cabo. La teoría económica de Mach no explicaba nada, en realidad, puesto que para fundamentar las normas lógicas hacía uso de una noción también normativa, la economía. La explicación de Avenarius es más propicia a ulteriores mejoras. Ella es bien conocida. Parte del dualismo entre el sujeto y el medio, entre el individuo y las excitaciones que le acosan. Cuando entre la energía del sujeto y las excitaciones exteriores hay un

desequilibrio, por exceso de estas últimas, hay entonces un problema. Cuando el equilibrio se restablece, el problema está resuelto. Cuando hay desequilibrio en favor del sujeto, es que las energías de éste son superabundantes y exceden a lo necesario para resolver el problema. En esta teoría introduce ahora E. d'Ors la noción biológica de un equilibrio inestable, que caracteriza todo sér vivo y particularmente las células nerviosas, y entre estas más aún las células cuya indeterminación funcional se traduce en fenómenos de conciencia. En estas condiciones tendría el sujeto—el sér vivo—una incapacidad fundamental de resistir a las excitaciones del medio, es decir, el desequilibrio sería definitivo, si el sujeto no pudiera asimilar una parte de las excitaciones tóxicas del medio y convertirlas en una defensa específica contra ellas. Esta asimilación se hace y el sujeto adquiere, mediante esa su actividad anti-tóxica, una inmunidad relativa contra las excitaciones del medio y hasta un exceso de inmunidad. Si ahora queremos denominar con exactitud todas estas operaciones, tendremos que decir que la *razón* es la actividad antitóxica que convierte en defensas las excitaciones exteriores. Estas, a su vez, las asimila el sujeto, convirtiéndolas en conceptos. Ahora bien: la bioquímica llama *diástasis* a la actividad que asimila los productos. Podremos, pues, decir, que la *razón* es una *diástasis*. Por otra parte, inmunidad es el resultado de esa asimilación realizada por la *diástasis*. Podremos, pues, decir que la *lógica* es una *inmunidad*.

(Concluirá)

## Notas a la vida intelectual del mes

---

### FLORENTINO AMEGHINO

El sexto, como el quinto, como el cuarto y como los anteriores aniversarios de la muerte de Ameghino, y un poco más, ha abierto por ahí la esclusa a un torrente de científica literatura, que, queriendo ser exposición y comprensión y muestra de amor por la obra del sabio argentino, no es, en suma, más que mala literatura y no bien disimulada prueba de incomprensión y de desamor por lo que no está en la propia mentalidad. ¿Cuándo la figura de Ameghino, figura de cariñosa recordación para todo estudioso, dejará de ser vehículo de odio y de ignorancia, pecados que él tuvo siempre por capitales? Predican algunos parapetados, a veces, detrás de la barricada de su dogma, y si no siempre mienten, se engañan, por lo regular, con segundas miras; pero los otros, los que quieren tomar el partido de la apologética, no son mejores. Porque esto es lo cierto: de los que, uno hoy, otro ayer, otro mañana, salen aquí y allá con loanzas y ditirambos — gracias sean dadas a su intención — suelen ser justamente factores de perturbación y no de claridad, como desearíamos. Y es que urge convencerse de una verdad innegable: la obra de Ameghino está inédita, y los que la cono-

cen, callan. Que los que han iniciado cuestaciones públicas para el monumento, dediquen el dinero que recojan a costear una edición completa de los escritos de Ameghino, y habrán cumplido la mejor de las obras. Esto no dará seguramente, a ningún centro, ocasión de tanta popularidad, ni a su presidente lugar para pronunciar un pomposo discurso, pero será más honesto y más patriótico y, sobre todo, más a propósito para honrar la memoria de quien supo anteponer el trabajo callado, a toda vanidad. El monumento, no hay que inquietarse: si es necesario le tendremos y en una gran plaza, para que todos los que no pueden conocer el espíritu del hombre, conozcan, al menos, la figura exterior del hombre y se contenten con saberle igual a ellos.

*Las orientaciones de la filosofía contemporánea.*

— En el artículo que bajo este título publica el señor Gregorio Bermann en el último número de «Nosotros», se lee: «La metafísica no podrá menos de ser influenciada fuertemente por los conocimientos y teorías científicas. La filosofía objetiva, de valor universal, apenas está en ciernes; ella se está elaborando tanto en los gabinetes y laboratorios científicos como en la testa de los genios filosóficos. No por ello la filosofía perderá su tan preciosa función crítica. Esa es la orientación que predominará en el porvenir, a pesar de los eclipses que sufra por las filosofías a la moda, estrellas fugaces en el horizonte del pensamiento de todas las edades». Por donde ya puede ver el lector un pe-

queño y primer pecado de inconsecuencia, pues si el autor predice, proyecta para lo futuro, deja de informarnos de lo actual, que es lo que nos había anunciado. Y un pecado además de metafísica, muy inconvenientemente hermanado con la condición de científico que de toda buena fe se atribuye el señor Bermann.

No debemos, sin embargo, dar mayor importancia a este tropiezo de palabras originado, sin duda, de la dificultad con que el autor maneja el lenguaje castellano. Parece, en suma, que lo que el autor quiso decir, es que ya hoy la metafísica deja ver la influencia de los conocimientos científicos. Y esto es incuestionable desde hace algunos años. Un ejemplo fundamental (ya que el autor no pone ninguno en su escrito), de esa influencia, es el siguiente: las corrientes biológicas en la teoría del conocimiento. No queda, pues, sino reconocer la bondad de la tesis sustentada por el señor Bermann.

Lástima que el señor Bermann no nos dé una explicación clara de la idea que él tiene de cómo se ha operado y se opera esa influencia de la ciencia sobre la metafísica o la filosofía, términos que él confunde adrede. Copiemos un párrafo de su escrito.

Edison — dice el señor Bermann, — que tiene en su haber de creador nada menos que cinco mil inventos patentados, dice sonriente: «lo que sabemos es un trillonésimo de lo que ignoramos». ¡Y se pretende todavía prescindir de esa base, único punto de apoyo valedero, dando soluciones integrales! ¿No es eso padecer ilusiones?

Leído lo cual, se nos ocurre preguntar: ¿Es que el señor Bermann cree que se ha construido alguna metafísica sobre el cinematógrafo o el gráfó-

fono? ¿Es que cree que la idea de la electricidad se formó luego de haber «visto» la electricidad? ¿Es que cree que los electrones, elementos más simples de la energía, son cabeceitas de alfiler, chiquititas y relucientes? ¿Es que cree que el centro de la Tierra es una bolita dura, o un piñón de mineral, o una llamita como de cerilla, o un velloncito de humo un poco azulado? Por la filosofía, que exige, ante todo, claridades, quisiéramos que el señor Bermann aclarara esta cuestión de la influencia científica. — J. G.

*‘Con las alas rotas’*

Hacía ya tiempo que en Buenos Aires no alcanzaba pieza del teatro nacional un éxito estruendoso como el logrado por el drama del señor Emilio Berisso. La crítica periodística lo ha elogiado; el autor ha sido objeto de agasajos por parte de algunos intelectuales; las gentes todas hablan por ahí de la obra; la obra ha pasado ya de una centena de representaciones y el teatro Nuevo se halla todos los días de bote en bote... y convertido en un verdadero valle de lágrimas, porque mujeres y hombres y niños, todos lloran allí con las desventuras de Nelly, la protagonista.

Nadie pensará, seguramente, que todas estas manifestaciones pueden ser prueba inconcusa de que la pieza vale, pero como aun ha de haber por ahí muchas personas que no tengan de la obra otra noticia que el ruido de tanto aplauso, para evitar peligrosa desorientación advertimos que la obra no tiene importancia ninguna. Tan visiblemente absurda es su trama, que si en la escena final del segun-

do acto, a cualquier espectador se le ocurriera preguntar a Nelly por qué no casó con el que la sedujo de soltera, habría que bajar el telón para siempre. Además la construcción de la pieza es de lo más rudimentaria posible. Desde el primero hasta el último, todos los personajes allí no saben sino lamentarse de sus desdichas, declamar, sistema mediocre de dramaturgo, contra el cual representa hoy la más franca reacción el teatro de Maeterlinck, es decir, el teatro de un hombre de talento. Ni los personajes, por otra parte, son verdaderos, ni las situaciones bien bien logradas, ni el diálogo, diálogo dramático. Además todavía, la obra carece de ambiente. Y además aún, lo que allí se plantea y se resuelve son dos dramas; el primero termina con el segundo acto, yéndose de casa el esposo; el segundo, con el tercer acto, que no tiene nada que ver con el resto de la obra, artísticamente hablando.

Esta información que damos es rigurosamente exacta, y el lector puede tomarla como de buena fe, sin que ello signifique negar al señor Berisso la más sana intención de hacer teatro honesto.

*Autores nacionales en el Odeón.*—«El abismo». No constituyen un éxito los primeros casos en que autores argentinos llegan al escenario del Odeón.

La producción dramática del Dr. Carlos Rodríguez Larreta, interpretada la primera el 20 de agosto, en dicho teatro, por la compañía de Emilio Thuiller, autoriza esta apreciación inicial.

Yendo al fondo de la cuestión, tenemos: tesis falsa. Don Pedro, un socialista burgués, o burgués-socialista, que ha constituido, fuera de los términos aceptados en nuestra sociedad, un hogar donde reina durante veinte años la felicidad y en el que sólo a esta altura, ante un desaire que priva a Elvira, la hija del socialista, de una noche de tertulia en salón (Fernando, el hermano de Elvira, hijo en el matrimonio, de Luisa, si es aceptado); sólo entonces se nubla el cielo de la felicidad. ¿Por qué el azote aristocrático no se hizo sentir desde los días del colegio sobre la «hija ilegítima»? Esto es lo que no tiene respuesta del autor. Y de ahí que resulte inverosímil toda la tragedia posterior en que hay mares de angustias con el desiderátum de la demencia de Luisa y del suicidio de don Pedro, quien antes, vencido por los sentimientos, había claudicado de su credo.

Cree el autor que hace así triunfar un punto de vista personal—la tesis contraria al apóstol socialista, a quien, como se ve, castiga de dos maneras;—mas no lo ha conseguido.

Notoriamente breve para llenar un programa teatral, escrita con buena pluma como una obrita de tantas, como obra trascendente, que es lo que quiere ser, queda «El abismo»—para nosotros—muy por debajo de un nivel de cima. *J. R. F.*

*El salón de humoristas.*—Ha permanecido abierto durante el mes de agosto un salón de humoristas organizado por los dibujantes Columba y Pelele.

Muchos, si no los mejores, de nuestros dibujantes concurrieron con obras propias a esta exposición. Dibujantes, algunos excelentes, apreciables otros, mediocres los más. Humoristas, ninguno. No tienen nuestros caricaturistas muy aguzado el sentido del humorismo o de la ironía en el lápiz. Motivos de la guerra europea y sus derivados, constituyen la mayoría de los temas de las obras allí expuestas. Motivos que se ha querido poner en gracia o en ridículo. Pero bien groseramente en casi todos los casos, como asimismo cuando se ha tratado de temas de la política local. La falta de una verdadera cultura artística anda por ahí.

*Exposición Alonso.* — El conocido dibujante profesional Juan Alonso ha ofrecido en este mes, al público de la capital, una exposición de sus más recientes y mejores obras. Y no sólo dibujante o caricaturista, como ordinariamente se muestra, ha querido aparecer ahí, sino también, y acaso principalmente, como pintor, acuarelista en particular. En la exposición se comprueba una vez más el fino poder de observación de que dispone Alonso. Tiene también un cuadrito sentimental muy elegante: «El lago silencioso», donde hay un buen sentido de la distribución del color, negado absolutamente en otra tela de grandes dimensiones que lleva por título, «Flores para la virgen». La tela, también de grandes proporciones, que representa a un tipo de comedia clásica («El Intrigante» le ha puesto el autor), creemos que representa una equivocación en Alonso.

*Sobre el lenguaje del código.* — El profesor universitario doctor Alfredo Colmo, dió en la Facultad de Derecho, el 18 de este mes, una conferencia sobre el estilo del código. Su propósito fué exponer el estilo descuidado en que está escrita esa obra jurídica, estilo que en abundantes supuestos no solo entraña atentados contra cualquier canon literario, sino, lo que es peor, contra una buena inteligencia de su significación. Tales, poco más o menos, las palabras del conferenciante, que nosotros creemos excelentemente inspiradas y muy oportunas aquí, donde, no ya en una obra jurídica, sino en obras literarias, se descuida tanto la propiedad del lenguaje y el buen gusto del lenguaje y su sobriedad.

*Julio Rey Pastor.* — Ha reanudado sus conferencias sobre matemática, en la Facultad de Ciencias Exactas, el profesor español Julio Rey Pastor. Esta segunda parte de su curso la dedica el señor Rey Pastor a tratar de los fundamentos de la matemática moderna.

—En la Sociedad Científica Argentina se celebró el día 22 del corriente, una recepción en honor del renombrado matemático español. Hablaron en el acto el presidente de la institución, doctor Carlos María Morales, el ingeniero y profesor universitario Emilio Rebuerto y el propio Rey Pastor. El segundo leyó un extenso y erudito trabajo sobre la matemática en España y Rey Pastor, en que trató de demostrar que el cultivo de esa ciencia ha sido poco fecundo en la península ibérica, aun cuando él cree que no ha sido historiado aun con verdadero conocimiento e imparcialidad. Hizo además el

elogio del profesor español allí presente. Este, por su parte, disertó después sobre la teoría de los conjuntos proyectivos, que sirve de base a su Geometría Proyectiva Superior.

*La faz del siglo.* — El Consejo de Pedagogía de la Diputación de Barcelona publica mensualmente unos «Qvaders d'estudi», en que a menudo se lee las mejores firmas de los escritores catalanes de hoy y se trata siempre de interesantísimos problemas de filosofía, de ciencia, de arte. De uno de los últimos números de esos cuadernos traducimos los párrafos que van a continuación, pertenecientes al primer artículo del periódico que firma siempre *El Guaita*. El artículo se titula «La cara del segle».

He aquí las palabras finales de un curso elemental de Historia de la Cultura:

Hemos visto algunos de los elementos que nos ha traído el siglo en que vivimos. La presencia de ellos, su entidad bastan para convencernos de que nos encontramos en un periodo de iniciación; de que comienza con nosotros una era nueva en la vida general de la humanidad. Podrá discutirse si en el siglo XIX comprende, desde el punto de vista de la cultura, uno o dos periodos caracterizados. Positivismo ¿se opone a Romanticismo? ¿Son, al contrario, Romanticismo y Positivismo una misma cosa, diferenciada superficialmente con notas sucesivas, única en la profundidad, por la comunidad del espíritu naturista? Estas cuestiones nos han detenido antes. Hemos intentado esclarecerlas, sino dilucidarlas. Pero una cuestión parecida no se presenta, ciertamente, respe-

to de la nueva era. Nadie duda ya que el siglo XX significa, con referencia á su padre, lo que generalmente se llama una reacción.

Mas de esta reacción conocemos mejor el hecho mismo que las notas singulares y definitorias. Fuera, parece, arriesgado, fuera sobre todo pobre y poco preciso sintetizar bajo un rótulo como el de *Idealismo*, este periodo nuestro, simplemente porque rotulamos de *Positivismo* el periodo anterior. Nos falta a nosotros suficiente perspectiva para juzgar. Retratistas, nos encontramos demasiado cerca del modelo; paisagistas, formamos, querámoslo o no, parte integrante del paisaje. ¿Quién podrá considerarse tan desligado del ambiente que le envuelve que ose definitivamente juzgarlo? Nadie. Quede para los venideros la ardua sentencia. Quede para los futuros historiadores la definición ideológica del siglo en que vivimos. Nosotros sabemos conformarnos con una modesta e indeclinable designación cronológica. Con hablar de *Novocientos*, con hablar de *Novocentistas* nosotros subrayamos ahora la realidad del cambio y rehuimos la temeridad de la calificación.

.....

*Agradecimiento.*—A las personas (entre las cuales las hay, por cierto, de alta significación intelectual en nuestro país), que nos han honrado enviándonos cartas de adhesión o artículos sobre la falsa noticia que de la formación de este colegio da «La Nación» del día 27 de agosto, agradecemos sus manifestaciones y su aprecio. Las páginas que vinieron para ser publicadas en nuestro Cuaderno, no verán la luz;

aquí, por lo menos. Periodistas nosotros mismos, sabemos muy bien cómo el noticiero más avisado puede cometer error de información, sin que a la dirección del periódico le vaya gran culpa en ello. Por otra parte, si por circunstancias especiales nos deslizamos una vez hasta atender a quien no lo merecía, el colegio no puede seguir rompiéndose la cabeza por preocuparse de los que no quieren comprender o de los que no obran de toda buena fe. Necesitamos el tiempo para estudiar y atender los cursos que hemos organizado y tratar de capitales problemas de la cultura.

*Erratum.* — En el resumen de la primer conferencia del señor Rey Pastor, publicado en el Cuaderno I, se cometió un error. Debe llerse allí: «Las matemáticas constituían en el siglo XVIII una ciencia casi exclusivamente francesa, puesta al servicio de la Física... La radical mudanza en el XIX se debe al impulso de Cauchy, Gauss y Abel. Con ellos comienza su emancipación de las ciencias naturales a cuya servidumbre había estado sujeta.» Donde dice además, «La matemática es hoy una ciencia italiana», con propiedad debe decir: «La geometría».

---

### Publicaciones recibidas

---

*Ley de riego.* — El riego artificial representa uno de los mayores esfuerzos del hombre. Subdividir un río que desde el principio de los tiempos tiene cauce fijo entre montañas y llanos, subdividirlo indefinidamente en grandes canales y pequeños acueductos que después de transmitir fuerza a las «usinas» van a llevar su linfa hasta la más pequeña fracción de terreno para darle el primer elemento de vida, parece, en verdad, obra de titanes. Al riego artificial deben su florecimiento casi todas las provincias y territorios del país, donde no se cuenta con las lluvias para alimentar la agricultura.

Pero es un esfuerzo que halla compensación. Por el sistema del riego artificial, donde el agua se mide con perfecta exactitud, el propietario tiene la que necesita y cuando la necesita. Su distribución es matemática.

En la República Argentina, la legislación del riego encuéntrase todavía en el período de los ensayos. Así, en la provincia de San Juan hay seis leyes parciales, de distintas épocas, que si no siempre se contradicen, explican la desorientación existente, y aun en total son incompletas.

El ingeniero Manuel Gregorio Quiroga, que ha sido en la citada provincia director del Departamento de Irrigación y Obras Públicas, ministro de Obras Públicas y gobernador, y que, sobre todo, es un hombre dedicado a intensos estudios sobre esta materia y conocedor práctico del terreno, es

una autoridad en el país. Esto quiere decir cuánta es la importancia del trabajo que acaba de publicar con el título de «Comentarios al proyecto de ley de riego para San Juan», y el cual contiene, en no menos de trescientas páginas nutridas, un proyecto de ley de aguas, más bien dicho un proyecto de código de irrigación, que el autor presentó a la legislatura sanjuanina, a cuyo estudio se halla, y una extensa y erudita labor de comentario al texto del propio proyecto.

La obra del señor Quiroga está destinada a prestar señalados beneficios a toda la zona andina, donde no hay otro riego que el artificial.

*Una Argentina sin analfabetos.* — El doctor Augusto Bunge, autor de varias obras sobre cuestiones sociales, ha reunido en un volumen de más de doscientas páginas que lleva por título el de estas líneas, su reciente labor consagrada al problema del analfabetismo.

Es esta la forma en que el doctor Bunge estereotipa sus predicaciones desde el parlamento y desde el periodismo, acerca de una materia de capital importancia en el país y que, no obstante el ajetreo a que últimamente ha sido sometida, está aún lejos de las mejores soluciones. Lo dice él mismo: «Asunto: el problema de la extensión de nuestra enseñanza primaria a la inmensa multitud de niños argentinos todavía privados de ella; ideas: las que hace germinar el anhelo de cultura, las que exalta el deseo, día a día renovado y más profundo, de que nuestra colectividad sea capaz de todo lo que puede el hombre inteligente y libre, armoniosa y robusta en sus obras como la me-

jor». Se trata, pues, en el nuevo libro de este propagador de la más amplia difusión de la escuela primaria en la República, de un valioso aporte que ha de ser, a su tiempo, consultado con provecho, a pesar de la raigambre política en que se apoya.

*Hacia una moral sin dogmas*, por José Ingenieros. — Componen esta nueva obra del doctor Ingenieros varias lecciones sobre Emerson y el eticismo, dadas por su autor a sus alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras. En el próximo cuaderno nos ocuparemos detenidamente de ella.

*Orientación intelectual de la juventud*, por Alejandro Castiñeiras. — ¡«Aprender, sentir, admirar!», son, según el autor, las tres condiciones básicas, por así decirlo, de la orientación de la juventud. «Aprender es capacitarse para sentir, sentir es preparar el terreno de nuestra emotividad para admirar, y admirar es sentir hondamente lo perfecto, como asimismo provechoso impulso para ser lo anhelado.

*Retratos imaginarios*, por Antonio Aita. — «El autor de este libro — dice él mismo con la misma puntuación — cree, que toda novela o cuento, vive de acciones visibles, de realidades concretas, de comprensión inmediata».

*La sombra del convento*, novela por Manuel Gálvez.—Edit. Soc. Coop. Buenos Aires.

*Las rosas del mantón*, andanzas y emociones por tierras de España, por Ernesto Mario Barreda.—Edit. Soc. Coop. Buenos Aires.

# Colegio Novecentista

CUADERNO III

Buenos Aires

Diciembre 1917



## ¿QUÉ ES NOVECENTISMO?

A cada instante volvemos a tropezar con la pregunta. Se nos exige sin piedad una definición exacta, una fórmula precisa, un programa concreto. Y no disponemos de nada semejante. El novecentismo es una iniciativa de proyección ignota, es un cambio de rumbo que aparta de la senda trillada, es un anhelo de nuevos horizontes, es una protesta contra lo marchito y caduco.

Sabemos, sí, cuanto no queremos. No queremos continuar bajo el imperio de doctrinas agotadas, no queremos estabilizarnos en la meta que alcanzó la generación, dueña ahora de la cátedra, donde nos ofrece una enseñanza quizá novedosa el año ochenta, no queremos reducir nuestro ideal a la lucha económica ni a la brega política.

También sabemos que es lo que queremos. Queremos que la ciencia con su criterio amoral no sea sierva de apetitos y concupiscencias,

que no sofoque los impulsos más nobles del alma humana, queremos que sea instrumento de una voluntad ética, queremos oponer al utilitarismo vulgar altos valores estéticos, queremos que la cultura nacional ascienda un tramo.

En una palabra queremos concluir con el positivismo empeñado en mecanizar el mundo y materializar al hombre y queremos forjar, libres de dogmas naturalistas, el credo llamado a reemplazarlo.

¿Cual es? Dios dirá. Si lo supiéramos no tendríamos necesidad de buscarle con el esfuerzo propio, con el estudio serio, con la contracción austera.

Y lo hallaremos bajo los auspicios de la libertad creadora! Lo realizaremos en la obra de arte como en la obra honestamente pensada y sobre todo en la afirmación consciente de la propia personalidad. Cuando alguien pueda sentarse a la sombra del árbol cuyo germen hoy plantamos dirá lo que el Novecentismo ha sido. Para nosotros es porvenir, esperanza y alborada, es camino no de mayor caudal, sino de más justicia y belleza. Con el Dante Alighieri digamos pues: *Incipit vita nova!*

LA REDACCIÓN.

## APUNTES ESTETICOS

*Odio l'usata poesia...*

CARDUCCI.

Los renacimientos estéticos nunca despiertan junto al choque social de los pueblos que, como en el presente caso, olvidados de toda norma ética, entregan a las pasiones sus afanes egoístas y anegados en sangre fratricida asisten cual actores, a su propia bancarrota. Nunca el arte alzó su vuelo soberano sobre la ciudad humeante todavía y si lo hizo, una vez pasada la bélica circunstancia, se gustó por veces, desteñido y frío.

¿Acaso me diréis que Francee, en su tierra lacerada, es voz representativa? ¿Su epicureísmo escéptico se acuerda con el alma nueva que asoma a los ojos de las madres y mueve el sacrificio de los hijos? ¿Acaso D'Annunzio, el poeta que escanció su sed en el vaso de todas las humanas perversidades — donde el latino Lucrecio sólo encontrará amargura — puede hoy, estéticamente, comovernos con la «máscara cívica», que ciñe la frente de su voluble musa? Jamás. La gesta pide, para ser cantada, la lira de Hugo o de Carducci y no

la femenil de quien soltó al aire vano un «nihilismo» de palabras, que desataría la furia de Foscolo, si el vate de los Sepuleros hoy viviera.

«Steriles transmissimus annos...» estériles transcurrieron por cierto; pero pronto, cuando la paz tienda su arco iris sobre el mundo y el humo laborioso de las fábricas empañe el azul del cielo, se alzarán, como esas flores de loto que abren maravillosos y cándidos pétalos sobre un lecho de cieno, el canto del poeta, que resuma las miserias y las glorias de la generación pasada y vincule, fraternalmente, con el anhelo alentado por Vigny y Leopardi, a los hombres dispersos y como lobos, carnívoros.

.. Quizá en oriente ya asome la estrella emersoniense, cuyos rayos guíen de nuevo nuestros afanes y nuestras luchas.

Nosotros en esta América — cuyos riquísimos senos aún permanecen vírgenes, tan vírgenes como hace cuatrocientos años — soportamos el vaho fatídico que asola al universo; cual eco fiel respondemos a la voz de Europa; temblamos como una hoja errante con las ráfagas que desde allí nos manda y viejos al nacer, sufrimos lo que debió sufrir la rosa del jardín de Calderón. Quizá ese vaho de tormenta sea barrido por el nativo pam-

pero: las fuerzas latentes de la raza despierten, con mensaje fraterno América postre a los pies de España sus preseas y la gran familia hispana, unida por el idioma y por el alma, ofrezca al mundo, nuevos mundos.

Rubén Darío, aquel poeta — en cuyo estro hay, como diría Chénier: «metal para cien campanas» — que supo ser clásico con Anacreonte y Góngora, épico con Hugo, exquisito e inquietante con Verlaine y Baudelaire; aquel poeta grande en sus defectos y grande en sus virtudes que, como al autor de Polifemo, se le debiera estudiar en dos fases: el «Darío bueno» y el «Darío malo», ha dejado — fuera del valor esencial de su obra estética — una triste herencia: la de sus discípulos, quienes saben imitar maravillosamente el «lado malo», con el mezquino inconveniente de olvidar que el maestro en todo puso genio. De ahí las gárrulas voces enamoradas de lo «gris» y de lo «impar»; las metáforas evanescentes e incongruentes; el hastío disfrazado con congojas místicas o sensuales perversidades; de ahí los crepúsculos violáceos, los cisnes vagabundos y los pálidos lirios en parques decorados a lo Watteau o Fragonard; de ahí el convencionalismo en fin... donde se resumen las febriles languideces de todas las literaturas, languide-

deces que se llaman petrarquismo, gongorismo, preciosismo... y hoy día, decadentismo o simbolismo.

Tolstoy, cómo en su hora, se levantó con ademán de apóstol, contra esa niebla horrorosa que envolvía al arte moribundo; cómo ante las modernas «Poéticas», sentimentales o sensibleras,—fuera preferible el rígido y «razonante código» de Boileau,—arrojó fuego su verbo de predestinado y cómo se contempla a través de su diatriba, digna de Juvenal o de Arquíloco, el desmoronamiento de lo que necesita todas las savias de la tierra, para poder alcanzar las constelaciones de los cielos.

¿Recordáis aquel dictado medioeval que inspiró a Santillana? La poesía era entonces, una «fermosa cobertura» de cosas útiles; hoy, habría que cambiar tal contenido — con permiso del Marqués — por cosas deleznable, cuando no nauseabundas.

*Ponete mente almen com'io son bella.*

DANTE.

¿Cuál será la poesía del mañana? Dejo la palabra a los graves sociólogos que, con ciencia infusa, estudian el misterioso «devenir», las eternas reacciones que en el mísero mundo se suceden: la humanidad para unos en marcha progresiva y cambiante, para otros repitiendo por ley fatal, las mismas curvas y siempre los mismos perfiles; aque-

llos munidos de copiosas cifras e índices de archivo, os lo explicarán todo por las fuerzas económicas; éstos, con arrebatos líricos, pondrán pasión y emoción en la raíz del universo. Acaso, con finas estadísticas, también os insinúen el movimiento estético por venir: sus caracteres étnicos, ilustrados por el clima y la raza y su finalidad civilizadora como «portavoz» de la cultura y del progreso; yo sólo sé deciros en flaca prosa, que la poesía que sueña y que presiento, tendrá puestos los ojos en la luz del mundo antiguo y recogerá de allí sus fulgores y sus gracias para ataviar el sol del novecientos.

Todas las emociones que la nueva edad despierete: sensibilidad educada en el sacrificio y en la gloria; todas estas voces que se alzarán de la tierra, casi universalmente engrasada con rojas amapolas; todos los afanes de una aurora que mirará con horror lo pasado y se pondrá de pie por la fe y la esperanza, ante lo futuro; todo este mundo repito, cuando se vuelque en el verso, como reacción contra el arte churrigueresco o flameante, buscará la expresión fácil, la suave claridad, la precisión en el adjetivo y el «ne quid nimis» del inmortal venusino, que estas menguadas generaciones por la difusa catarata verbal, sin ritmo y sin medida, olvidaron.

La poesía llenará entonces, un altísimo ideal estético, será clásica y moderna: «el mármol del

pentélico, que dijera un grande maestro, labradó con mano y corazón cristianos».

No os asustéis con el vocablo «clasicismo», que acaso suene a cosa rancia o académica; no se desea expresar, con tal efecto, la nomenclatura mitológica con que una época, tristemente poética, bautizó a los buenos burgueses y a los sitios familiares; no se trata de resucitar, por tanto, fríos lugares comunes ni dar vida a siglos ya muertos, vistiéndonos con sus ropajes para simular sus deseos y pasiones.

La eterna juventud del mundo antiguo, que cantó una límpida voz nuestra, debemos vislumbrarla, para que acuerde con el nuevo espíritu, como armonía, verdad, dulce serenidad o templanza, eso que el alma griega expresó en la intraducible «sophrosyne».

Andrés Chénier, teorizó en versos sublimes, un difícil problema estético, el de la forma y el fondo, y digo difícil por las falsas interpretaciones que se le presta, sobre todo cuando gira alrededor de la «forma», en su sentido superficial y corriente, sin detenerse nadie a meditar que en ella, tal cual la estudia el doctísimo humanista colombiano Miguel A. Caro, reside todo el problema; este vocablo, tenía para los escolásticos la misma acepción que «materia» y significaba «substancialidad», es decir, lo que hoy llamamos malamente fondo de la obra de arte. ¿Acaso, las ideas que vagan en el espíritu del artista, sus sentimien-

tos, sus intuiciones geniales no tienen una «forma», rudimentaria si queréis, pero inseparable del «fondo», tanto que lo uno no puede vivir sin lo otro, que es lo que Croce llama la expresión del fenómeno estético? Pues bien, esa forma que ahora la contempláis concreta en el bloque de mármol que espera el cincel del escultor, requiere otra «accidental», meramente artística, que la educación y el temperamento individual puede ofrecer. De ahí el estudio de los grandes modelos de la época clásica: Horacio en la poesía lírica, por la flexibilidad de su talento, colmado de matices; de ahí el lazo entre lo antiguo y lo moderno, que todo artista que se estime debe ceñir y ennoblecer con la fuerza creadora de su genio; de ahí el error donde caen los despreciadores de la «forma», considerándola como atavío puerilmente lisonjero, muchas veces dañoso a la pristina frescura espiritual; de ahí esa poesía que aquende y allende el mar, hoy suena: que se detiene, henchida de difusas abstracciones cosmogónicas, con el trágico asombro de Pascal, ante lo infinito, y no acierta, por carecer del valor formal — a pesar de la ristra de puntos suspensivos — a producir una alta emoción estética. En cambio, cuán hermosamente percibimos dicha emoción, por la armonía de ambos elementos, en estos maravillosos versos del inmortal recanatense — cuando sumergido como aquellos en el misterio del más allá, que

sugiere la tarde con sus arreboles y la noche con sus estrellas, suelta su sentir:

Cosí tra questa

Immensità s'annega il pensier mio:

E il naufragar m'e dolce in questo mare.

León, Chénier, Goethe, Byron y Leopardi, los mayores poetas que en el mundo han sido, cumbres eternas e inmutables, realizan esa íntima unión del nuevo espíritu con el «sabor antiguo», como dice el cantor de El Ciego.

A mediados de la primera mitad del siglo diez y ocho, Voltaire, en Londres, escribía:

« Il faut peindre avec des couleurs vraies comme les enciens, mais il ne faut pas peindre les memes choses. »

El alma del novecientos se derrame con la limpidez soberanamente hermosa de la edad clásica. Despierte, en esta tierra, «la progenie nueva con el nuevo canto»: aquel que recoja, dentro de la poesía épica o narrativa, las rapsodias dispersas como flores silvestres en nuestras pampas, y refleje en sus estrofas el sol de la «argentinidad», cuyo velo secular una potente mano descorriera;

y el anhelo, por tanto, del férvido cantor del Peregrino:

Aun tus bosques, tus ríos y tus seres  
No ha sorprendido el ojo del poeta,

se cumpla, con amoroso intérprete.

El poeta lírico abra de par en par las puertas de su alma a los grandes sentimientos; no se encierre en su «torre de marfil», como dijera Sainte Beuve, cuando el mundo se conmueve en sus caras ilusiones o cuando el huracán azota reciamente. Odie al profano con los dos amigos de Mecenas, si su bajeza le salpica, pero no desoiga el turbión de la vida, cual lo hizo el poeta de Esmaltes y Camafeos, porque caería en lo artificioso y amanerado, pues el arte ha menester no como esas flores del aire, de rocío vespertino sino de savia terrera, que cuanto más fecunda hará a aquel más pujante.

Sea «il dolce stil nuovo», que dijo el Alighieri, la íntima correspondencia del sentimiento y la expresión artística; y sea el verso del primer canto divino:

Lo bello stile che m'ha fatto onore,

altísima leyenda de la ~~poesía~~

Las alas del poeta entonces, no serán las del Albatros de Baudelaire, rebeldes al vuelo, sino las que enderecen armoniosamente, henchidas de brisa, hacia la luz esplendorosa del mediodía.

*Jorge M. Rohde.*

---

---

## LA HISTORIA DE LA LITERATURA ARGENTINA, DE RICARDO ROJAS

---

Los trabajos doctrinarios o de simple erudición son raros en estas regiones de América, no sabemos si porque nuestras necesidades intelectuales se satisfacen con lo que escriben en Europa y nos traducen al castellano, o porque en realidad falta ese ambiente caluroso, patrimonio de sociedades más cultas, que estimula el pensar, prohija las nobles aspiraciones del espíritu y aplaude como propio el triunfo de sus sabios y artistas.

Posiblemente estas dos causas y otras muchas contribuyen a determinar la modalidad intelectual, no ya argentina sino hispanoamericana, anestésica y pasiva, según la calificación del doctor Vaz Ferreira. Pero no deben olvidar los sabios y los artistas, que ese ambiente caluroso suele ser, a veces, fruto del empeño que se ponga en crearlo. Que lo general es, como nos lo demuestra la historia, que la sociedad engendre a sus hombres, sugiera ideas a sus poetas o pintores y aliente a los estudiosos, y así se explica que los períodos más gloriosos del pensamiento humano coincidan casi siempre con los de la grandeza de los pueblos, pero que es innegable también que la acción individual influye en la formación de ese «ambiente» y hasta lo realiza por sí sola.

Esta teoría, novísima allá por 1870, cuando Hennequin la formulaba en su estética sociológica, debe hacernos reflexionar en nuestras invectivas contra «el ambiente», justificación ineficaz y clásica de todas las literaturas pobres. No ha de olvidarse la misión pedagógica, diríamos, que tienen en una sociedad, sabios y artistas, sin que por ello se entienda que pretendemos renovar aquí la vieja cuestión de «la independencia del arte» que hoy ya nadie discute.

Existen, en nuestro sentir, otras causas más poderosas que las anteriores, determinantes de nuestra anestesia intelectual. En primer término la presuntuosa o por lo menos optimista concepción de la personalidad, propia de los países donde el analfabetismo es cuestión perentoria, y en segundo término, la tendencia a la universalidad del conocimiento, que redundaba en un *dilettantismo* superficial y pródigo. En cierto sentido la última causa es producida por la primera, puesto que sólo la petulancia puede aspirar a realizar la fórmula de Zenón.

El optimismo, que no es el saludable optimismo de la filosofía sino el de la ignorancia, nos ha llevado al falso concepto de no ver en el arte sino una vocación, una vaga inquietud de amor y de gloria, un misterioso poder, como dice Loliée, que nos conduce en línea recta más allá de los horizontes visibles, al Eldorado de los artistas, a los Campos Elíseos, y por eso sucede entre nosotros — en menor escala por felicidad — lo que sucedía en la Francia posterior a los Cenáculos gloriosos: un prodigarse interminable en versos, crónicas y libros.

De aquellos tiempos y de aquella tierra nos quedó, entre otras cosas, «Les Fleurs du mal» y una

amarga lección. ¡De éstos, Dios sabe lo que irá a quedarnos!

No sabemos hasta dónde sería conveniente hacer del arte una profesión. Si por lo bello entendemos «una finalidad sin fin», según la concepción kantiana, cuya esencia es «la libertad», en la más amplia acepción del término, según Schiller, y por arte la realización de esa finalidad, el solo enunciado de una profesión artística, claro está que plantea con el principio de su desinterés una antinomia irreductible, casi abstrusa, pero aun así convendría que meditáramos sobre ello, seguros de encontrar en su solución la muerte del enciclopedismo petulante y el medio de emancipar la literatura, la más zarandeada de las artes, del bufete, del consultorio o de las oficinas, cuando no de los pequeños negocios burgueses. Tanto es el respeto que nos inspira que deseamos, como se ve, someterla a las leyes de la oferta y de la demanda para que el formidable tamiz nos salve de tanto libro malo y tanto verso rípioso.

Lo que llevamos dicho explica que una obra de pensamiento y erudición cause sensaciones vivas y sea lo que el vaso de agua fresca en los caminos arenosos, del viejo e insustituible símil.

La Historia de la Literatura Argentina, de Ricardo Rojas, cuyo primer tomo, Los Gauchescos, se publicó en Buenos, hace algún tiempo, es entre las de su índole la obra más seria que produjo América en estos últimos años, no tanto por la sólida contextura y el trabajo asombroso que revela, cuanto por la influencia que le está reservada ejercer en la cultura argentina.

Habrà notado el lector que nos hemos propuesto, desde la primera línea, hacerle disonar de su

ambiente al Sr. Rojas, y aunque para ello no necesita de nosotros ni de nadie, buena suele ser la justicia por sí misma y vale aún más cuando, como en el caso presente, tiene la pretensión de caracterizar a una figura, que los tiempos venideros mirarán como un símbolo de la nacionalidad y el más alto exponente de su raza, en una hora histórica.

Si acudimos al método de las diferencias, de la lógica inglesa, que es el mejor para descubrir relieves, veremos que Ricardo Rojas ni tuvo una presuntuosa opinión de su robusta personalidad, por eso es maravilloso equilibrio de talento y de estudio, ni se ha presentado jamás, que nosotros sepamos, como un pretenso universalista. Desde su iniciación en la vida literaria, casi niño todavía, encauzó su espíritu en una corriente de estudios, donde llegó a ser en plena juventud, a fuerza de labor, maestro eximio. Tuvo la intuición de su «argentinidad» y desde el día en que abandonó las disciplinas escolares, para hacerse, como nos dice en alguna parte, «estudiante libre de la universidad del arte», se esforzó por darle forma, vida y luz a esa intuición.

La literatura y la historia nacionales le deben obras ya consagradas y la última, podrá decirse algún día, que halló en él la gravedad filosófica de Guizot y la ternura lírica de Michelet.

Como el autor de la Historia de la Civilización en Francia, supo prescindir de hechos y de hombres al explicarnos los fenómenos de nuestra nacionalidad y lo mismo que Michelet con la Ciudad Eterna, hizo Rojas al indagar las causas recónditas de nuestra vida como pueblo. El autor francés había pedido al cauce milenario del Vulturnus el secreto de la grandeza romana, terrible y eterna; el hijo del

país de la selva, remontando «el río manso, color de león», en busca del *argentum* prístino de su tierra amada, recorrió todas las latitudes americanas, hasta cantarle en la hora centenaria, el «laus terrae», sobre la tumba de sus pobres indios.

No está lejana la hora en que ha de estudiarse el método histórico de Rojas, como lo hizo en Francia con el cantor de «El Pájaro», Gustavo Lanson. Y ha de reconocérsele la gloria de haber encarado el problema sociológico argentino, sin hacer sociología, desde un punto de vista más alto que el que tuvieron sin excepción todos los historiadores nacionales.

Tuvo Ricardo Rojas, la intuición de la argentinidad, como dijimos, y supo explicarla, a la luz de todas las doctrinas, por medio de todos los factores determinantes de una vida colectiva, inclusive los elementos económicos y jurídicos, únicos decisivos, en el sentir de muchos sociólogos modernos. Y tuvo esta intuición en una época de pesado positivismo, que todavía nos alcanza, y a cuyas exequias nos es dado asistir, por eso su obra de pensador es doblemente digna. Su vida íntegra podría definirse como una noble aspiración por dar forma a ese pensamiento tan hermosamente expresado con el título de uno de sus recientes libros. Y la historia de la literatura argentina es en cierto sentido la integración culminante de ese pensamiento.

Obra heroica, diría un humanista español contemporáneo, muy dado a estas expresiones, y por cierto que la es, si por heroicidad hemos de entender lo que Vaz Ferreira, en su «Moral para los intelectuales», llamaba «el heroísmo de los escritores», es decir la resignación para una descontentada ingratitud o para el «vacío». Nosotros diremos aún

más: el autor es un héroe, no en el vulgar sentido de revelarnos la paciencia de un monje de San Mauro ni el valor de presentarse a nuestros pequeños cenáculos, a ser tema de sus acrimonias, sino un héroe de la fórmula de Carlyle. Tiene lo que el pensador inglés les exigía a los suyos: sinceridad; y tiene algo más: un gran amor puesto al servicio de una gran causa.

Cuentan de Renan que, interrogado en cierta ocasión por un amigo burgués, sobre la importancia del estudio que hacía de los códices de las antiguas catedrales, por cuenta de L'Académie des Inscriptions, contestó, con su habitual laconismo: «Je fais patrie». El ilustre apóstata hacía patria, en efecto, y dígalo si no el reconocimiento de los franceses de ahora para aquel estudioso de sus ciclos bárbaros del medioevo. Y bien; lo mismo podríamos decir los argentinos de don Ricardo Rojas, que con alma de artista y sabiduría de mago, exhuma mitos y leyendas para buscar en ellos, bajo la pátina que le amontonaron los siglos, el secreto de la estirpe: hace patria, o por lo menos, integra el concepto de patria. Porque si patria es, entre otras cosas, lo que con clarividencia decía Aristóbulo del Valle, amor al pasado, preocupación del presente y fe en el futuro, la última obra de Rojas, está dentro de su significación. ¿No contribuye, acaso, a definirnos mejor lo que fuimos por nuestra cultura y lo que por ella seremos?

Ninguna fuente de estudios es más apropiada para sugerir ideales colectivos que la historia de un pueblo, historia que será insuficiente y cumplirá mal con su misión ética si no lleva el aditamento de una literatura.

La literatura nos cuenta las preocupaciones y los sentimientos de las generaciones pasadas, el concepto que se formaron de la vida, los ideales que tuvieron, sus odios y sus amores. El proceso de la simple historia, además, no siempre suele ser el de la lógica, y es por eso que en ninguna ciencia como en la historia se mellan los determinismos y se desmiente a la razón; y es por eso también que toda sociología resulta imposible. Para cumplir bien con su finalidad moral y cívica, para saturarse del pasado y descifrarlo, para penetrar hasta la esencia misma de las intimidades de un pueblo, debe la historia recurrir a sus artes, principalmente a la literatura, la más asequible de todas. La Canción a la Luna de Sapho, con su sencillez majestuosa, o los *biceps* del Discóbolo, por ejemplo, nos dan una idea más íntegra y universal del alma helénica, que las sabias reconstrucciones históricas de la ciencia alemana. El secreto consiste en que el arte, poema, estatuaria o pintura, nos cuenta las cosas, dice Menéndez y Pelayo, tales como han podido ser, o como han debido ser, agregaríamos con Guyau.

La historia es la ciencia de lo particular, la literatura de lo universal. la una narra y explica los hechos, la otra nos enseña a interpretarlos y a auscultar sus sentimientos. Ello no es, como se ve, sino el viejo concepto aristotélico: la poesía más filosófica que la historia.

Nadie ignora que en nuestro país habíamos olvidado, quizás porque nuestra antigüedad es reciente, esta faz del pensamiento humano, fuente de profundas enseñanzas y de hondas emociones estéticas. Nuestros historiadores, por desamor o por falta de genio para darle vida, hasta llegaron a dudar

de su existencia. Rojas nos cuenta el concepto que de ella tenía Mitre, espíritu superior, y no hace sino ocho años los programas de enseñanza secundaria contenían esta pregunta: ¿existe o no una literatura nacional? Nuestros dómínes se inclinaban casi siempre por la negativa. La Universidad de Buenos Aires, con la creación de una cátedra de tal asignatura, en 1912, «Los Gauchescos» ahora y la promesa de tres volúmenes más, le han contestado eloquentemente.

Lo que precede no significa que muchos meritísimos argentinos y extranjeros no se hayan preocupado de ella y sigan preocupándose, como Gutiérrez, Menéndez y Pelayo, Mitre, entre los muertos, Leguizamón, de Vedia, Zeballos, Barreda, Puig, Giménez Pastor, etc., en la actualidad. Mucho han hecho, con mucho han contribuido en monografías, conferencias, etc., a ilustrar sus distintos períodos y aspectos y Rojas reconoce con toda probidad que algo les debe, pero está en lo justo cuando dice en el Prefacio de su libro, que «ni estaba agotada la investigación paleográfica ni estaban sistematizados los fenómenos de nuestra vida intelectual».

Rojas tiene el mérito de haber sistematizado esos fenómenos y aunque no definitivamente, como ya lo advierte el propio autor del libro que comentamos, porque es ley del progreso que la verdad de hoy sea insuficiente mañana, cuando no el error, sí el de haber presentado a los estudiosos una obra que, además de su inmensa labor de erudición, plantea el problema de nuestra historia literaria en sus verdaderos términos, y algunas de cuyas soluciones pueden ser definitivas.

No importa que el secreto que guardan los archivos americanos y españoles, revelen a futuros

investigadores hechos desconocidos por el joven profesor. Quizás le sea dado a él mismo corregirse, ampliarse en algunos capítulos, como lo demostraremos más adelante, y aun modificar, radicalmente, si se quiere, el concepto que le han merecido sociedades, hechos y hombres. No importa que el libro envejezca, pues tal ha sucedido con Tieknor, von Schak y Amador de los Ríos en España, con Tiraboschi en Italia, con los Benedictinos y Sismondi en Francia, con Taine y hasta con Filón en Inglaterra. Su obra será en nuestra historia de la literatura y de la crítica lo que el Proemio del célebre Marqués en las lenguas romances. Y adviértase que no pretendemos ofender hasta al buen sentido, comparando las pocas líneas del cantor de serranas y vaqueiras con los doctos volúmenes del poeta argentino, sino que vemos lo que verá el futuro en ambos: un punto de partida, una mirada avizora y luminosa que se proyecta...

Además de su valor intrínseco, tiene la obra del Sr. Rojas otro mérito que consignamos para propia satisfacción: el mérito de habernos llegado en una hora de reacción contra este malsano positivismo, utilitarismo, psicologismo, llámesele de cualquier modo, que todo quiere demostrarlo con la fisiología comparada, cuando no con el álgebra...; que inficiona el arte, ahoga el ideal con sus hálitos apesados y que busca el remoto origen de las inquietudes de Rodin o de D'Annunzio, de sus hondas emociones frente a la belleza, en la sensibilidad prodrómica de la amiba...!

La obra de Rojas renueva nuestra fe, conforta nuestro espíritu, nos alienta en nuestro anhelo de vivir sin fórmulas, libres, como el «gaucho» que rehabilitó su sabiduría y embelleció su ternura...

Su libro llega en esta hora de revisión de la filosofía y del arte en sus valores significativos, a embanderarse, como un campeón de las gestas latinas, del lado de los que creen que el amor, los sueños, la belleza, el alma del artista pugnando por vencer al mármol impenetrable, reduciendo las indóciles palabras y haciéndolas palpar de vida bajo la gran orquestación del ritmo, no es una reacción química, ni una íntima concordancia entre diástoles y sílabas, según quería Guyau, ni un mero juego de sensaciones y estados de conciencia, susceptible de «herborizarse», de clasificarse en sinopsis de laboratorios... Que es algo más hondo, más bello, intraducible al humano lenguaje; algo misterioso y sagrado, que la Grecia mitológica llamó en su lengua peregrina *uponoiá*, es decir, más allá de la razón, más allá de la razón pretenciosa, que no lo ha sometido jamás al imperio de su escolástica antigua ni de su sofisma moderno, quizás porque tiene, como las estrellas, tres mil años de altura.

Rojas ha llegado en buena hora con su obra y con su palabra, a iluminarnos en un criterio nuevo; a convencer a nuestros economistas en historia que sus sistemas serán impotentes para explicar el fenómeno argentino, si prescindien de la guitarra de Santos Vega y del facón de Martín Fierro; a nuestros poetas extraviados en gongorismos abstrusos y cabalísticos que la poesía, es claridad, concisión, sencillez, atributos de la flor y del pájaro; a nuestros intelectuales, que los únicos medios que conducen a la gloria son el estudio y la sinceridad.

Por todo ello el novecentismo saluda a Ricardo Rojas como a uno de sus maestros.

La Historia de la Literatura Argentina está dividida en cuatro volúmenes: Los Gauchos, Los Co-

loniales, Los Proscritos y Los Modernos. Sólo conocemos el primero y sabemos que está en prensa el segundo.

Alguien podría preguntarnos, cómo hacemos un trabajo de crítica sobre una obra no terminada aún y contestamos, desde ya, que un simple esbozo suele ser suficiente para descubrir el pensamiento creador de un artista, el concepto que tiene de su arte, el ideal a que aspira, su originalidad, la fuerza de su expresión, etc. Vale decir, los elementos que requiere la nueva estética y los únicos ponderables ante su juicio. En este sentido, un capítulo bastaría. Además no nos hemos propuesto hacer un trabajo de rectificación histórica o artística, porque a una obra como la de Rojas no se le pone apostillas en un estudio de revista y tampoco tenemos la ilustración que ello reclama. Si en el trascurso de estas líneas algo decimos, bien o mal, al respecto, no será para darles ese cariz a nuestras páginas, sino a título de simples reflexiones sobre lo que entendemos debe ser la unidad de una obra.

Hecha esta salvedad, concretémonos, pues, al asunto.

La simple contemplación del plan de la obra nos demuestra una buena condición suya: la de haber huído de las divisiones estrechas que en materia histórica suelen hacer los manuales, a veces por razones didácticas pero casi siempre por espíritu dogmático. La misma modernísima *Historia de la Literatura Española*, del señor Fitzmaurice-Kelly, no se libra de este defecto y algo análogo sucede con los más comunes textos de literatura francesa. El señor Rojas tuvo muy presente aquella verdad de que todo período contiene gérmenes del que le sucederá y resabios del que le precedió y es

claro que tiene a ratos que acudir a esas divisiones o encasillamientos, porque su libro lleva espíritu docente y porque no se puede prescindir siempre de ellos, cómodos hasta para la exposición. Lo que el autor se propuso fué huir del dogmatismo y lo consiguió.

Estudia el literato argentino en el primer volumen, no la simple poesía llamada vulgarmente gauchesca, sino todo el movimiento cultural que así puede calificarse. Arrancando desde el folklore indígena, trata de hallar la relación existente entre el remotísimo dolor o alegría cantado en lengua india y la psicología próxima de nuestros gauchos con su tradición perdurada mayor tiempo en la novela y en el teatro. Es por lo tanto un período que abarca casi tres siglos. En ellos pasa sin solución de continuidad todo un aspecto de la cultura argentina, desde el baluceo de las guitarras coloniales hasta el robusto poema de Hernández y las novelas de Gutiérrez.

La erudición de Rojas, ese alto y constante espíritu investigador, que lo ha destacado con relieves personales entre todos los de su generación, al extremo de ser ya entre nosotros lo que fué el ilustre Menéndez y Pelayo en España o el sapientísimo Bopp en Alemania, allanó todos los obstáculos, venció todas las dificultades y cubrió todos los claros que le habrá ofrecido la infusa ciencia argentina.

En contra del maestro creemos, que no todos los capítulos de su libro han tenido el mismo estudio ni la misma contracción.

Admiramos su ilustración americanista, el conocimiento que de las lenguas indias tiene porque recordamos lo que decía del guaraní, el doctor M. F. Mantilla: no se aprende, hay que mamarlo, pe-

ro pensamos que no le dedicó al folklore indígena, en lo pertinente a la región del litoral, la atención que tuvo para otros asuntos.

Las poesías que el señor Rojas elijió como típicas de Corrientes, Misiones, etc., son, en su generalidad, las peores que pudo haber hallado, desde cualquier punto de vista que se las considere. Filológicamente valen poco como nos lo está diciendo su simple lectura; como forma métrica son poco variadas (escandidas a la manera castellana, resultan generalmente heptasílabos, agrupados en cuartetos) y como «tipo mental» tampoco valen porque son, juzgándolas por su gramática, muy modernas. Que no le quede duda al autor que son posteriores a la evangelización de los indios y aun a la guerra del Paraguay. No hacemos la historia de la primera estrofa (pág. 111) porque no tendríamos documentos con que comprobarla si fuera necesario, y porque no le interesa a él sino al señor Javier de Viana. A lo dicho puede agregarse que no está el autor exento de críticas a la manera de La Harpe. El texto guaraní tiene, en efecto, algunos yerros de sintaxis que no cometen los naturales y notamos varios errores en la versión castellana. Pero lo peor es que ha olvidado la parte más significativa, la de autenticidad folklórica indubitable y de inmenso valor estético.

Nada, leímos en su obra sobre el *Carau*, antiquísima leyenda trágica en verso, vertida en la actualidad a un castellano bárbaro por los propios naturales, que ya la desconocen en la lengua original. No es este el sitio de hablar sobre ella; sólo diremos que su valor histórico, exigía preeminente lugar en el capítulo IV de la obra que comentamos.

El señor Rojas ha guardado silencio sobre esas innumerables coplas que pueden designarse con el nombre genérico de *Kamadabi* (bajo la enramada) con música propia inconfundible y donde no sería difícil encontrar un ascendiente de los *tristes*. Son generalmente muy castizas y breves, a lo sumo de tres estrofas, que rematan a veces con un estrambote y de un lirismo exquisito. A título de ejemplo le citaremos estos dos versos, conocidísimos:

Upero re mandúane  
Abá pa jué nde raijú.

Verá el autor que todo, ritmo, sentimiento, sintaxis, les hacen merecer una línea.

Otro tanto sucede con ciertos versos importados del Paraguay y muy populares, principalmente en Misiones, donde se los canta con la música por los paraguayos llamada *Sajó*, que no es sino el popular valse «Sajonia». También los olvidó el señor Rojas.

El capítulo IV no tiene una línea para todas esas poesías picarescas y anónimas que los naturales entonan «al compás de la vigüela» cuando quieren «argelar» como ellos dicen, a algún vecino del otro lado del Paraná. Le citamos este gracioso diálogo, tipo de ellas:

Mamó pa rejó tetéu  
—Ahã Paraná robai  
Mbaé pa rerune chéve  
—Petei sarta Paraguai.

Es un modelo de rima y de ritmo guaraníes.

Y por último olvidó también la poesía de la que no insertamos aquí sino sus tres primeros versos

porque es lo único que recuerda nuestra memoria:

Ro hênoi, ro hênoi, nicó reíma,  
Ndo yopebeima che tapere quáragy  
Ndipobeima tatá... , etc.

Lirismo profundo, grito del corazón que viene de más allá de las tumbas, pobre alma que «llama, llama... y es ya inútil». Bastárale ese terceto a cualquier poeta para tener derecho de figurar en las antologías. Por su sentimiento, por su elevación, por su forma impecable, es sin ninguna duda, lo más bello que produjo América en lengua india.

Lamentamos hallar estas lagunas, sin importancia dentro de la significación general del libro, porque la obra es de amor y de justicia y porque son cantos que olvidados de él, que como nadie los ama, condenados quedan a vagar errantes, hasta quién sabe cuándo, bajo la fronda húmeda de los naranjales, junto al viejo río grande que los vió nacer en una noche de luna...

A pesar de lo dicho el trabajo del señor Rojas es meritísimo. Revela un conocimiento exacto de la evolución fonético-histórica de las lenguas indias, de la influencia que éstas ejercieron sobre la morfología y sintaxis castellanas y esto es, en definitiva, lo único que la crítica tiene derecho de exigirle.

Algo hemos de decir del capítulo XX del libro, donde se analiza «La Cautiva» de Echeverría. Dentro del espíritu general de la obra es lógico que el autor se detenga más tiempo en José Hernández que en Esteban Echeverría. No olvidamos que se trata de «Los Gauchescos» y que bajo este aspecto el autor de «El Dogma» no resiste un paralelo con el de Martín Fierro, pero creemos humildemente,

que el trabajo sobre Echeverría es débil en proporción a los otros.

El autor nos ha advertido desde el principio que la importancia que concede a una vida, a un libro, etc., está de acuerdo con la magnitud que asumieron ante sus ojos, y así parecería ponerse a resguardo de cualquier objeción. Nosotros que le reconocemos este derecho no hacemos sino lamentarnos de ese «no sé qué» del trabajo que desde el conjunto de la obra, o de la importancia secundaria, si se quiere, que descubrió en el bardo romántico, el señor Rojas. Hasta la bella prosa a la cual nos acostumbró parece alicaída, comparada con la del resto del libro. Y todo esto lo decimos por tratarse de quien se trata y ser el autor quien es.

En el magistral estudio sobre Martín Fierro, que es lo más jugoso y erudito que se ha escrito, notamos que el autor se detiene más tiempo en aclarar el concepto épico del poema que en insistir sobre su valor estético. Y se detiene quizás porque más se ha discutido lo primero que lo segundo, sin que ello importe desconocer que todavía creen algunos que esas «payadas» no valen dos maravedíes. Por cierto que para quien no viva obcecado con definiciones aristotélicas y fórmulas renacentistas, el señor Rojas, nos ha dicho la última palabra. Hubiéramos deseado, empero, que insistiera sobre el valor significativo de Martín Fierro, máxime cuando lo rastreó desde tan lejos.

Poco importa lo que dijimos mal de la obra, porque en realidad no la afecta; en cambio nos queda la convicción de que si son justas nuestras observaciones, ha de tenerlas en cuenta el señor Rojas para la segunda edición, con lo cual salvaría, de existir, estas pequeñas imperfecciones del libro.

Trataremos ahora de sintetizar el método del señor Rojas, tal cual lo entendemos. Algo ya hemos dicho de su faz histórica y lo que aquí consignemos será un complemento de aquello. Cúmplenos advertir que según el autor este método no podrá ser abarcado en toda su integridad hasta tanto la obra no se halle terminada. Creemos, a pesar de ello que no es un secreto para quien conozca algunos trabajos de don Ricardo Rojas. Además algo nos ha adelantado el mismo autor en el Prefacio y en la Introducción del libro.

El Sr. Rojas no se ha desprendido de todo determinismo, y ha hecho bien, puesto que la literatura, como cualquier otro fenómeno colectivo, es susceptible de explicación sistemática en sus rasgos generales. Hay factores influyentes en los pueblos de manera tan universal, que desconocerlos valdría tanto como negar de hecho sus consecuencias; el *common sense* anglo sajón o el sentido musical del gaucho, por ejemplo.

Repudiar el método de Taine, en toda su extensión, porque es determinista, sería caer en un error, y lo citamos a Taine porque de él nos habla el señor Rojas, en algunos pasajes del libro, y porque lo sigue en sus líneas generales. Apresurámonos a advertir que el señor Rojas rechaza todo lo que tiene de dogmático y estrecho el autor de la *Philosophie de l'Art*.

La influencia innegable que nuestro autor concede a la raza, al territorio, al idioma y a la tradición no es en el fondo sino el reconocimiento de las fuerzas tenianas: raza, medio y momento, sin que ello implique que pretenda atenerse en sus juicios a la famosa escala de valores estéticos, concepción mecánico-naturalista con la cual creyó clasifi-

car a los pintores de Grecia, Italia y Flandes, el filósofo francés.

Estamos acostumbrados a rechazar de plano el método de Taine porque oímos decir que es ineficaz, y conviene dedicarle aquí unas líneas no tanto para aclarar lo que todos saben cuanto para definir nuestra situación frente a este coloso de la estética positivista.

En nuestro sentir el método teniano es bueno mientras no aspire sino a explicar las vistas de conjunto de un período literario; «sus caracteres dominantes», diríamos, para hablar con el lenguaje de Taine. Aplicado al siglo XVI en España, al de Boileau en Francia o a nuestra época colonial, por ejemplo, como lo hace Ricardo Rojas, su determinismo suele andar siempre muy acertado, pero cuando pretende particularizarse con Shakespeare, con Cervantes o con nuestro Echeverría, su lujosa mecánica peca de estrechez. Es que el genio escapa a toda fórmula psicológica, rebasa todo molde estético y, rebelde por definición, no se ajusta ni a la escala de Brunetière ni a la ortofrenia de Magnan.

El determinismo teniano, del que aceptamos lo que tiene de amplio, porque pertenece al patrimonio de las verdades inenmovibles, había olvidado que «la literatura es una creación espontánea del espíritu, que no tiene nada de común con la observación de los fenómenos naturales», como decía Claudio Bernard, juez insospechable, refiriéndose al credo naturalista de Zola.

El Sr. Rojas aplica el método de Taine pero con espíritu amplio, como dijimos. Huye de los rasgos dominantes, de la importancia de los caracteres, de los índices representativos y demás expresiones biológicas que hoy desacreditan al autor de los En-

sayos. El no pretende hacer «l'histoire naturelle des esprits», según definía su famoso sistema Sainte-Beuve, ni se limita a construir una crónica histórico-literaria, con discretas exégesis, a la manera de Villemain, ni se preocupa tampoco de hilvanar deslices gramaticales o retóricos para festonear con ripios el recuerdo de los modestos cantores «*que hicieron trobas*». El señor Rojas concreta en estas palabras su alto criterio: «una literatura nacional es fruto de inteligencias individuales pero éstas son actividades de la conciencia colectiva de un pueblo, cuyos órganos históricos son el territorio, la raza, el idioma, la tradición. La tónica resultante de estos cuatro elementos se traduce en un modo de comprender, de sentir y de practicar la vida, o sea en el alma de la nación cuyo documento es su literatura».

Determinada esa tónica, el señor Rojas estudia la obra en sí, busca su significación filosófica y estética y a veces hasta su significación retórica. Busca un alma detrás de la estrofa que comenta y replegada en sus intimidades la idea que dictó el canto, el amor o el odio que le dieron tono. Es teniano pues, cuando trata de determinar los factores que han producido la idiosincrasia de un pueblo y es lo que quería Flaubert que fuese el crítico, artista, muy artista, cuando juzga una obra como manifestación de un espíritu. Pero su crítica va más allá. Ensambla ese conjunto de manifestaciones y sin fórmulas preconcebidas, con amplitud de espíritu, trata de hallar ese algo misterioso y común a todos los corazones nacidos bajo un mismo cielo, y que traducido al lenguaje filosófico se llama ley general de la evolución.

De todo esto se deduce que haya en su sistema,

lo que se propuso establecer don Ricardo Rojas: «un principio retrospectivo cuyo espíritu es de la historia y un principio prospectivo cuyo espíritu es de la filosofía».

La paternidad de este método que el autor reclama para sí, se la hemos reconocido desde la primera línea de nuestro trabajo, en el sentido de que él fué el primero en aplicarlo en la interpretación del fenómeno de nuestra cultura, pero creemos, modestamente, que ese método, con algunas diferencias, es el mismo que el señor Brunetière aplicó en la literatura francesa. Es sabido que el ilustre biógrafo de Balzac, interpretado no por nosotros sino por la alta sabiduría del señor Lanson, ha llevado con lamentable espíritu positivista, desde luego, la idea de la evolución a la literatura, como nos lo dice el propio título de muchos libros suyos. Es claro que el señor Rojas no se ha jactado como el académico francés de ser objetivista ni impersonalista, y en esto consiste la diferencia, favorable para nuestro autor, pero la intuición de una ley general del fenómeno literario de un pueblo hay que buscarla por tierra de Francia.

No es otro, quizás, el método usado por el señor Menéndez y Pelayo que en concepto del señor Rojas «adolece de todo sistema, lo que desconjunta sus estudios monográficos.»

Permítanos el señor Rojas, que a pesar del respeto que nos merece su juicio, nuestra disensión sobre este asunto sea absoluta.

Menéndez y Pelayo ha dejado trunca casi toda su obra — hecho que lamenta la ciencia universal — porque su ilustre vida fué breve para consumir las vastas proporciones que quiso darle, tanto que su Historia de las Ideas Estéticas en España llegó

al tomo noveno sin salir de la Introducción y tratándolo apenas al P. Feijóo, a Luzán y muy someramente a los españoles del siglo XIX, pero en los Líricos Castellanos y en los Orígenes de la Novela hay historia y hay filosofía. Y no puede decirse tampoco que esos trabajos sean monográficos, máguer su título limitado, pues le salva del calificativo hasta la intención del autor: hallar la ley del movimiento de la lírica y de la novela en España. Y es sabido que lo primero consiguió con sus eruditos y extensos prólogos, hasta agotar el tema, en el período que va desde la Razón feita d'Amor a Boscán.

Si el señor Rojas se hubiera referido a Horacio en España, a los Estudios Críticos, a la Antología de poetas hispanoamericanos, o a los innumerables prólogos que dejó escritos el humanista español, estas últimas líneas no tendrían razón de ser. Pero en la totalidad de la obra de Menéndez y Pelayo debe ver el señor Rojas un antecesor, en quien no culmina por cierto el método de la Literatura Argentina, pero que lo contiene, cuando menos, en germen.

Esta no es razón que rebajará un solo quilate los méritos del señor Rojas. El es creador de un método en la ciencia argentina y americana. El lo trajo para la explicación de nuestras cosas, le dió unidad, forma, doctrina, lo usó, por último, con mayor suerte que sus propios antecesores, porque tuvo sus virtudes y no sus defectos. En este sentido don Ricardo Rojas es creador de su sistema.

Algo también falta en el libro del señor Rojas, y esto se le pide para bien de sus lectores y no para perfección de la obra: un estudio preceptivo de nuestros poetas, que tenemos la seguridad de que

el autor va a hacerlo, siquiera a título de erudición, en los volúmenes siguientes. Es un complemento que a su sabiduría le costará apenas el trabajo de escribirlo y con el cual el señor Rojas nos prestará un señalado favor. Suelen ser estudios interesantes y que en realidad complementan una historia literaria. El, que es profesor, vaya dándose cuenta desde ya de que su libro será para nosotros lo que decía un crítico de la edición Rivadeneira: «el arsenal de la literatura española». Y si este pedido desentona, perdónesele a los novecentistas, de quines ya algunos dijeron..., los nuevos retóricos.

Del estilo claro, brillante, castizo del autor de la literatura argentina, de su don expresivo, ya proverbial entre nosotros, puede decirse en síntesis que con sus libros se gana el viejo pleito entre la poesía y las artes plásticas... Por su cláusula rítmica y musical pasa la vida con todos sus matices: ternura de gacela y majestad de imprecaión antigua. Ella tiene la melancolía de los trenos de la lengua santa, la gravedad de los cisnes que pasan «heraldizando el lago» y la honda emoción de las plegarias... Es vivaz, juguetona, paisajista, sugestiva siempre.

Su obra de rehabilitación histórica, en cuyos capítulos, como en el vaso de la Escritura se han salvado la tradición y el recuerdo de la grey anónima... es un pedazo de la patria. Su obra que honrara a cualquier otra tierra si Dios no hubiera hecho nacer a su autor, en el país de la selva, para gloria nuestra, es argentinidad por el asunto, argentinidad por sus proyecciones de grandeza, argentinidad por el gran esfuerzo que revela, por la

gran sinceridad que tiene, por el espíritu generoso que pasa entre sus líneas, visionario de amor y de justicia...

Y con menos modestia que la que tiene, don Ricardo Rojas podría escribir en la última página de su libro, haciendo honor a la Verdad y a la Belleza, los versos del genio lírico de Roma:

Exegi monumentum aere perennius  
Regalique situ Pyramidum altius.

*B. Ventura Pessolano.*

---

## LACHELIER

El representante más conspicuo de la orientación kantiana en Francia es Julio Lachelier, por cierto la mente especulativa más profunda de la filosofía francesa contemporánea. Discípulo de Ravaisson a él le debe la idea de unir la psicología y la metafísica con intención distinta sin embargo. Ya en su sica, con intención distinta sin embargo. Ya en su ción en el año 1871, el doble orden de las causas eficientes y finales, que en Ravaisson es una reminiscencia de Leibnitz, se encara en el sentido de las dos críticas, la de la razón pura y la del juicio. Las causas eficientes se deducen de la ley formal del pensamiento puro, considerado como unidad determinatriz de la multiplicidad espacial y temporal de los fenómenos; — las causas finales se derivan del principio del juicio reflectivo, de la totalidad que engendra sus componentes. Sobre la base de las causas finales se logra una conexión más intrínseca de lo real que mediante las eficientes: esto es la unidad orgánica de una variedad, en la cual cada uno de sus elementos expresa y contiene a su modo todos los otros. Sobre el principio de las causas finales, sobre la existencia de un orden racional de cosas, Lachelier funda la inducción.

Fundarla sobre la normalidad empírica de los fenómenos sería fundarla sobre sí misma.

Pero subsiste una incertidumbre latente en esta tesis de la inducción, la simple coexistencia de dos principios, mecanismo y teleología, constituye una dificultad que ya el ejemplo de Kant había demostrado sea insalvable y luego la necesidad de resolver el mecanismo en la actividad teleológica del espíritu determina un cambio en la posición de Lachelier que culmina en el ensayo «Psicología y metafísica».

En esta obra, aunque en esquema, la psicología se convierte en una fenomenología del espíritu y la metafísica, también en esquema, en algo análogo a la Lógica de Hegel. El análisis psicológico dice Lachelier, descubre los datos simples de la conciencia, que son la sensación, la afección y la voluntad. Pero existe aun algo más, que si bien no agrega nada al contenido de la sensación o de la percepción le imprime a la conciencia sensible el carácter de objetividad. Si el mundo sensible aparece al hombre como una realidad independiente de su percepción, no es porque sea una cosa en sí, exterior a toda conciencia, sino tan sólo porque es objeto de una conciencia intelectual, que, pensándolo, lo liberta de la subjetividad de la conciencia sensible. Si el hombre cree que sus estados de conciencia son algo en sí mismos y no tan sólo en el presente, sino también en el pasado y en el futuro, no es porque estos estados arraiguen en una entidad

química, cuya existencia si la tuviera se hallaría limitada al presente; es precisamente porque son objeto de un pensar, que elevándose sobre todos los tiempos, los ve conjuntamente en cuanto son, en cuanto han sido y en cuanto deberán ser. Si el pensamiento es una ilusión, sería necesario suprimir toda la ciencia.

El resultado del análisis obliga pues a concebir este pensar como fundamento de la certeza de la realidad. ¿Pero cómo es que existe en nosotros el pensamiento, la idea sobre la cual se modela lo sensible? Es acaso como las ideas innatas del espiritualismo vulgar, un «hecho racional», un dato inexplicable de la consciencia intelectual? Si así fuera, la idea no sería sino un algo sui generis, quizás sería el primer objeto del pensar, pero no sería el sujeto y tendría que fundamentar su verdad en una idea anterior, antes de erigirse en criterio de la verdad de las cosas. Luego la idea que sirve de fundamento a todo juicio sobre lo dado no puede ser para ella misma. ¿Qué queda, dice Lachelier, sino admitir que se desarrolla ella misma en nosotros, que ella sea y que nosotros seamos una dialéctica viviente? No nos arredre suspender en cierto modo el pensamiento en el vacío; en efecto no puede descansar sino sobre sí mismo y cargar con el resto: el último punto de apoyo de toda verdad y de toda existencia es la espontaneidad absoluta del espíritu.

El análisis considerábase hasta ahora como un hecho: considerarlo como un hacerse, importa pasar del análisis a la síntesis, de la psicología a la metafísica. El pensamiento era un hecho que Lachelier descompone en sus elementos: el último de éstos, el pensar puro, es una idea que se produce por sí y que no podemos conocer sino desarrollándola en nosotros en un proceso constructivo a priori o de síntesis.

Esta es la gran idea de la filosofía post-kantiana que Lachelier ha tenido el mérito de comprender. De ella por un proceso sintético deduce la conciencia pura, la voluntad pura y la auto-consciencia. Esta última forma es la verdad de las dos otras y es también la última. El progreso del pensar se interrumpe cuando después de haberse buscado en la necesidad de la consciencia simple como en su propia sombra, luego en la voluntad como en el propio cuerpo, se encuentra por fin a sí mismo en la conciencia de sí, que es libertad absoluta.

Pero esta interrupción ¿no es condición del verdadero proceso? La respuesta afirmativa se halla implícita en la tesis: solamente se detiene el buscar simple, no aquel buscar que es un «eterno encontrar».

Esto no lo dice Lachelier pero lo insinúa. Hegelianamente para él no existe una sucesión temporal de las tres potencias del sér. El sér — como él lo entiende — no es primero una necesidad ciega, luego una voluntad sujeta en principio a aquella ne-

cesidad y por fin una libertad sin otra misión que comprobar la existencia de una y otra. El ser íntegro es libertad en cuanto se desarrolla de sí mismo, es voluntad en cuanto se desarrolla como un hecho concreto y real, es necesidad en cuanto este desarrollo es inteligente y se da cuenta de sí mismo. De semejante modo cada uno de nosotros no es primero un mecanismo de estados interiores, luego un carácter que no sería más que la expresión de este mecanismo y después una reflexión o un yo testigo inútil e irresponsable de nuestra vida interior. Por el contrario el acto con el cual afirmamos nuestro propio ser le constituye todo entero, pues es ese mismo acto que se realiza y fija en nuestro carácter, se manifiesta y desarrolla en nuestra historia. No debemos decir pues que nos afirmamos como somos, sino que somos como nos afirmamos. Sobre todo no digamos que nuestro presente depende de nuestro pasado, que ya no está en nuestro poder: en realidad creamos todos los instantes de nuestra vida en un solo e idéntico acto, a la vez presente en cada uno y superior a todos.

Esta es la filosofía de Lachelier, esbozada como él mismo lo dice con pocos rasgos en un artículo de revista. Semejante densidad de pensamiento no ha sido alcanzada en Francia desde las Meditaciones de Cartesio.

FILOSOFIA CONTEMPORANEA (*Traducción*)

*La filosofía del hombre que trabaja y  
que juega, de Eugenio D'Ors.*

*Estudio de Manuel G. Morente (1)*

(CONTINUACIÓN)

Una aplicación ejemplar de esta teoría le proporciona una ampliación y una confirmación importantes. Las enfermedades mentales se manifiestan en formas diversas — delirio de persecución, de grandezas, pasanoia, etc. Es un hecho comprobado que cualquiera de esas formas puede convertirse dentro de uno y el mismo enfermo, en otra cualquiera. ¿Cómo explicar este hecho? Admitiendo que esas supuestas enfermedades mentales no son sino síntomas de algún disturbio vital y profundo. El sujeto trata de combatir ese disturbio y lo consigue, inmunizándose mediante la elaboración de un sistema de conceptos — persecución, grandeza — el cual puede variar, siempre que cumpla su fin único, que es el de mantener, mediante la inmundad adquirida, el equilibrio eminentemente inestable de la vida.

---

(1) De la «Antología Filosófica» de Eugenio D'Ors, coleccionada por R. Rucabardo y J. Farrán.—Edit. Antonio López, Barcelona.

Esta teoría parece un tipo acabado de biologismo filosófico. Pudiera pensarse que cae, como las demás teorías biologistas, bajo la importante acusación de deshacer el concepto de la ciencia, privándola de su validez objetiva, en beneficio de su utilidad para el sujeto. Pero advertimos en ella dos rasgos que la libran de ese peligro. En primer lugar la actividad del sujeto, aquí, asimila excitaciones exteriores, haciendo de ellas conceptos, es decir, que pudiera coexistir fácilmente el momento de utilidad biológica y el de verdad lógica. En segundo lugar, hay un sobrante de inmunidad, de energía del individuo, que hace que sus creaciones conceptuales sobrepujen las estrictas necesidades vitales. Volvemos a encontrar, sistemáticamente reducidas, las tendencias ya indicadas anteriormente, de hacer derivar la ciencia del trabajo y del juego, de lo necesario y de lo superfluo. El pensamiento es ambas cosas: trabajo, acción, lucha desesperada contra las resistencias que opone el mundo exterior, y también juego, contemplación deleitosa en la totalidad, ascenso del pensamiento sobre el particular problema, para gozarse voluptuosamente en lo general y en lo puramente lógico.

Esas dos raíces del conocimiento pueden también encontrar su correspondencia en las inevitables distinciones de la materia científica. Por un lado hay en la ciencia causas, por otro lado hay leyes. No quiere decir esta distinción que debemos consi-

derar esas dos partes como irremediabilmente divorciadas. Son dos estadios consecutivos de la elaboración científica. Lo que urge primero a la vida es encontrar las causas. La indagación de las causas la hace la curiosidad, que busca incansablemente las relaciones particulares. Mas la razón se alza sobre esa primera investigación de las causas, para seguir imperturbable su juego lógico y establecer leyes, es decir, generalidades que superan infinitamente el campo de la inmediata necesidad vital. Hay siglos curiosos, como el Renacimiento, y siglos nacionalistas, como el siglo XVIII.

¿Cómo podríamos ahora formular este ensayo de conciliación entre el pragmatismo biologista y la filosofía intelectualista de la identidad? Ya dijimos que la teoría pragmatista del conocimiento aniquila el valor objetivo de la ciencia, puesto que la hace nacer de condiciones prácticas, de la vida, de la acción. Para ella la ciencia no es la realidad, sino una interpretación útil de la realidad. La solución que a este problema nos da E. d'Ors es esta: la ciencia, lo ideal, no es toda la realidad, pero sí es una parte, la *mejor* parte de la realidad, la que hay que cultivar y extender. «Esta actitud, dice, viene a continuar el intelectualismo». Pero es superándolo en una doctrina harmónica en donde los estridores se suavizan en un conjunto plenamente espiritual. «El factor racional debe dominar al otro. Pero no puede excluirlo.» «Pensar así puede ser el secreto de

una filosofía según la armonía, sustituible a la filosofía según la identidad, absolutamente dominante desde Descartes y Espinosa».

Ya estas últimas palabras nos ponen en camino de la segunda parte que encontramos en los escritos de Eugenio d'Ors: el bosquejo de una amplia construcción de filosofía harmónica, integral, por decirlo así. Tratemos de dibujar su contorno.

A la base de todo hallamos el dualismo fundamental de libertad y fatalidad. La más próxima y corriente reflexión sobre nosotros mismos y lo que nos rodea, nos hace ver la lucha irreductible de dos luchas opuestas, una potencia que ataca, una resistencia que aguanta. El leñador con su hacha es una potencia. El árbol con sus raíces es una resistencia. Mas una vez conscientes de este fundamental dualismo, se trata de analizar y distinguir la que pertenece a la potencia, lo que pertenece a la resistencia. La naturaleza, toda la naturaleza pertenece evidentemente a la resistencia. Para servirme de ella he de vencerla primero. Y al decir la Naturaleza *toda*, entiéndase bien que en ese concepto ha de incluirse precisamente todo aquello que, por su carácter de oposición, de fatalidad y de constancia, pueda ser defecto de reflexión y conocimiento, todo lo que caiga bajo leyes causales. Así, por ejemplo, mi cuerpo es resistencia, es naturaleza. Mi cuerpo no es mi yo. Mi cuerpo vive según leyes biológicas que me obligan a mí mismo, contra las cua-

les quisiera rebelarme y no puedo. Pero hay más aún, mi memoria, mi imaginación, mi inteligencia es algo fatal que no depende de mí mismo, sino de la herencia, de las condiciones de mi cerebro, etc. . . . Mi voluntad es ajena a mí mismo. Quisiera, dice uno, ser un hombre de voluntad, ¿mas cómo tenerla? Mis sentimientos son ajenos a mí mismo. No mando en ellos, sino que ellos mandan en mí. Y después de este despojo que ha devuelto a la naturaleza, a las leyes causales, a la fatalidad, a la resistencia, todo aquello que parecía ser lo más íntimo y personal, ¿qué queda para la potencia? Queda la libertad, es decir, el irreductible yo, que por definición misma es potencia pura, puesto que no puede caer bajo determinaciones causales, legales, defectivas. «Así la libertad es en la vida espiritual, el substantivo primitivo del cual los hechos sentimentales, los intelectuales, los voluntarios son atributos simbólicos». «No tiene sentido decir que la voluntad es libre, que el pensamiento es libre, que la emoción es libre. La expresión legítima sería decir respectivamente: la libertad quiere, la libertad piensa, la libertad se conmueve».

¿Qué consecuencias podemos ahora sacar de este dualismo básico, fundamental de libertad y fatalidad?

Ese dualismo no es estático, sino dinámico. La libertad es potencia y la fatalidad resistencia, por lo tanto la libertad conquista la fatalidad, penetra

paulatinamente en ella, la adereza por decirlo así y la humaniza. Tal es la obra del hombre, que libera la naturaleza, es decir, la pone al servicio de su libertad sometiéndola a leyes que se plegan sutilmente a su albedrío. El hombre inventa el hacha para vencer mejor la resistencia que opone el árbol a ser abatido. La naturaleza se impregna así de humanidad, de libertad y la esfera de la potencia va ensanchándose a medida que van descubriéndose nuevas resistencias que el hombre tiene que vencer. Esta amplificación de la libertad tiene dos aspectos, dos mundos: *espíritu*, es decir, las conquistas inmediatas sobre lo externo, facultades intelectuales afiladas y sutilizadas, instrumentos, máquinas, etc. . . . y *cultura*, o sea la colaboración que se prestan los hombres, no tanto de una misma generación como de pasadas edades, la herencia que recibimos al nacer de los esfuerzos hechos por los abuelos. La cultura va inscribiéndose en la historia. El espíritu va extendiéndose por el mundo exterior. La potencia crece y aumenta su propio poder a cada nueva victoria. El hombre elévase a la máxima humanidad, cuanto más se empapa de espíritu y de cultura. No puede desdeñar ni una ni otra, sin negarse en cierto modo a sí mismo, asceta solitario si prescinde del espíritu, romántico sin ley ni freno si prescinde de la cultura.

Esta penetración de la libertad en la fatalidad es, pues, una fórmula comprensiva que abarca en-

teramente la total actividad del hombre: trabajo y juego. El hombre trabaja, es decir, vence resistencias que amenazan su vida, y pone en la naturaleza las condiciones para prevalecer sobre ella. El hombre juega, es decir, se complace íntimamente en su propia potencia, asiste interesado al espectáculo de su lucha y hasta inventa resistencias nuevas, con el exclusivo objeto de darse el gusto de vencerlas. El hombre completo trabaja y juega porque en todo trabajo ve el juego y lo comprende, como asimismo en todo juego siente el trabajo y lo ama. No es mero contemplador, ni tampoco simple actor. Es contemplador de su acción. Acción y contemplación son dos aspectos de una y la misma realidad íntima, el sentido del hombre, su inteligencia, el *Seny*, tan sutilmente henchido por Eugenio d'Ors, de un significado profundamente histórico.

Podría quizá pensarse que este dualismo de libertad y fatalidad resucita en otros términos el dualismo clásico de espíritu y materia, de alma y cuerpo, y acaso no esté del todo desprovisto de exactitud esa reflexión. Pero hay una consideración que, al menos, atenúa su importancia, y es que aquí esos conceptos se hallan animados de un dinamismo que los hace aptos para plegarse a libres interpretaciones. Naturaleza y libertad no son como dos mundos quietamente, reposadamente distintos y por eso mismo tan absolutamente separados que no haya comunicación entre ellos. Naturaleza y li-

bertad son mundos enemigos, que es una manera de unidad y de mutua relación. Uno es potencia, otro es resistencia; de aquí que sólo en la lucha de uno con el otro, sólo en la vida se realicen ambos plenamente. «La naturaleza es un mal para el espíritu, pero conviene que haya naturaleza». ; Como que sin la naturaleza no puede el espíritu ser espíritu! Ella es la que obliga, con su resistencia; ella es la que abre, al término de todo conocimiento, después del suspiro de satisfacción de todo éxito, un nuevo punto irónico de interrogación, una súbita inquietud que nos lanza en nuevos problemas e impulsa al pensamiento más allá, más lejos y más hondo.

(Continuará.)

---

## NOTAS Y COMENTARIOS

## CARTA NOVECENTISTA (1)—

Buenos Aires, Diciembre 31 de 1917.

Señor Dr. Antonio Dellepiane.

Señor:

Todos los estudiantes de Buenos Aires se ríen de usted. El desprestigio más profundo se vincula al concepto de la personalidad intelectual y de la enseñanza de usted y si alguno — alumno o colega suyo — afirma lo contrario, sepa señor, que no le habla de buena fe.

Cumplo, pues, con el penoso deber novecentista, de insinuar a usted la urgente necesidad y alta conveniencia cultural de renunciar cuanto antes a las cátedras que inmerecidamente ocupa usted en las Facultades de Filosofía y Letras y de Derecho y Ciencias Sociales, para que sea posible entregar la enseñanza de esas materias a una cabeza más apta y de preparación menos superficial.

Al rogar a usted quiera tomar buena nota de lo que antecede, me es particularmente grato manifestarle mi sincero respeto y mi más alta consideración por todo lo que no se refiere a la personalidad intelectual de usted.

*Adolfo Kora Villafañe.*

(1) En el próximo cuaderno se publicará otra carta dirigida a otro profesor universitario.

## UN DISCURSO DEL Dr. CARLOS IBARGUREN

Complacidos transcribimos a continuación, fragmentos de un discurso pronunciado por el doctor Carlos Ibarguren en la fiesta de «Nosotros», celebrada el 6 de septiembre último:

«Nos toca en suerte asistir al derrumbamiento de una civilización y al final de una edad histórica; sufrimos en este instante sombrío una inquieta confusión espiritual semejante a la que debieron sentir los romanos del siglo II al presenciar el fin del paganismo. El griego Luciano, escéptico exquisito y sutil que, como Anatole France en nuestra época, pintara riendo los vicios de la sociedad decadente en que vivía, nos describe una asamblea de los dioses, reunida para defenderse de las falsas deidades que habían invadido y desnaturalizado el Olimpo; ese congreso ordenó la revisión del registro de los inmortales, excluyendo a los que no presentaran pruebas fehacientes de divinidad, y prohibió que los filósofos inventaran nombres vacíos de sentido y raciocinaran acerca de lo que no entendían. El decreto fué aprobado con esta exclamación: ¡El que no demuestre su origen divino será degradado aún cuando posea un vasto templo sobre la tierra y pase por un dios en el espíritu de los hombres! Nosotros, como los dioses de Luciano, hacemos ahora el inventario de todos los conceptos que nos parecieron verdaderos y encontramos, dolorosamente sorprendidos, que se disipan muchos mirajes que creímos realidad.

«La mentalidad de nuestra generación se ha desenvuelto y nutrido bajo el influjo de la filosofía y de la literatura materialista que, como una marea innovadora, anegó el alma de la Europa. El idealismo y el espiritualismo fueron ahogados por un nuevo dios: el laboratorio, que revelaba a los hombres la verdad inclemente de la ciencia positiva. El moderno espíritu científico, que nos hizo ver todo a través

del prisma desconsolador de la materia, nos enseñó que el determinismo es la ley del universo y nos mostró a la fatalidad como cauce de nuestra efímera vida. El escepticismo y el pesimismo abriéronse, entonces, atormentado el alma egoísta, sensual y refinada, que caracterizó a la época que termina. El siglo de la ciencia omnipotente, el siglo de la burguesía desarrollada bajo la bandera de la democracia, el siglo de los financieros y de los biólogos, se hundió en medio de la catástrofe más grande que haya azotado jamás a la humanidad. Y al escuchar, en este crepúsculo sangriento, el eco de la colosal destrucción, recuerdo las palabras escritas en Francia la víspera de la tragedia, por uno de los caracterizados representantes de la juventud, de esa que en este momento se inmola con abnegación sublime: «La fatalidad nos gobierna; la misión del filósofo consiste en buscar las leyes de esta fatalidad y la del artista en describir su reinado; los tiempos son abrumadores y políticos; los pensamientos, como los tordos pesados y gruescos al fin de la vendimia, vuelan a ras del suelo; se come, se bebe, se hacen negocios y experiencias de laboratorio; nadie piensa que el cielo está arriba, como siempre, como ayer, como mañana, mirando a la tierra...»

» A fines del siglo XIX, William James proclamaba a los estudiantes que el heroísmo y el ideal confieren el más grande valor a la vida, y que en aquel momento en que una vulgaridad irremediable envolvía al mundo, la mediocridad burguesa y los congresos de profesores reemplazaban a la emoción romántica y a todo lo que, en el pasado, hubo de bello y de profundo. El filósofo norteamericano, imbuido de estos pensamientos, vió un día a un obrero que trabajaba afanosamente, suspendido de la cornisa de un rascacielos, exponiendo su vida por minutos, y ante ese cuadro cotidiano, simple y común descubrió súbitamente, todo el heroísmo anónimo que latía, sin ideal, a su alrededor.

« Y bien, hoy, esas multitudes de millones de hombres humildes que guardaban, ignorado, el heroísmo latente y ciego del proletario del rascacielo, irradian magníficamente, en las líneas de fuego, esa virtud, que arde encendida por el ideal de su patria y de su causa.

« Esta formidable exaltación espiritual, que sacude a todos los pueblos beligerantes, y que ha de crear nuevas maneras de ver y de sentir, producirá una renovación profunda en la filosofía, en el arte y en la literatura. ¡Que la nueva ráfaga forjadora, que agitará al mundo después de la epopeya, despliegue el alma de los argentinos y la haga volar armoniosamente! Bebamos, señores, por ello. »

#### ATENEO DE ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS.—

En nuestro ambiente mediocre y desteñido, se alza esta institución universitaria como un fresco rincón, donde convergen todos los anhelos desinteresados que la nueva edad despierta: en el arte y en la ciencia. Allí se reúne una juventud férvida y rumurosa, que ha sabido ceñirse a las disciplinas severas del estudio, cuyos cursos intensivos desmienten la garrulería que es fama, distingue, negativamente, al «estudiante» argentino. Allí se avizoran vastos horizontes y se acuerda — si queréis con intuición bergsoniana — el pensamiento local con las grandes corrientes universales, que hoy, felizmente, bajo un auspicio lunar, conmueven a los hombres y a las instituciones. Allí se lanzan acerados dardos contra la cátedra vetusta, asombrada por el profesor que ofrece en ella, el proceso de su gradual insensibilidad vital e intelectual, hasta convertirse muy generalmente — también en ella — en un ejemplar interesante de museo zoológico; o contra el joven áureo e intonso que pasea como su rival del verso delicioso :

A défaut de pensée, il siffiait en marchant.

Y siempre — debéis de creerlo — el dardo manejado con certera y nunca equivocada puntería, produce un saludable efecto, de «profilaxis social», diría un higienista.

Vaya nuestro saludo, no por cordial menos consciente, para el «Ateneo Universitario» y su revista «Ideas», la que supo recoger, en la ciudad bursátil, unas miserables vagabundas y convertirlas luego, como en los cuentos orientales, en las flagrantes hadas que inspiran y protegen:

...il lungo studio e il grande amore.

J. M. E.

#### LAS NOCHES DE ORO DE RAFAEL ALBERTO ARRIE

Trascribo de este libro tres estrofas, que son tres rosas en flor. Sean ellas obsequio delicioso y fragante para los lectores y para el poeta un saludo de oro que le envío a título de vecino espiritual.

#### LA VISION OPTIMISTA

Mi vecino, al pasar esta mañana,  
me dió los buenos días y dejó en mi ventana  
tres rosas de su huerto, fragantes, deliciosas,  
húmedas de rocío. Desde un cristal, las rosas,  
cual tres imaginarias, ideales  
cabezas fraternales,  
sobre mi mesa asisten a mi trabajo. Siento  
el solidario apoyo de su aliento  
común en que la idea se perfuma  
de bondad y al surgir besa la pluma.

¡Oh, clara, fresca y suave compañía  
que me hizo bueno en todos los actos de este día!  
pues fué mi corazón como una fuente,  
pródigo, musical y transparente;

fluyó de mis palabras recóndita dulzura;  
ni la violencia ni la crispatura  
mancharon el espíritu o la mano  
llenos del oro del cariño humano,  
y ¡oh noche! en esta hora bella y santa  
del ensueño, mi amor se aviva y canta.

Vecino: si los hombres supieran obsequiarse  
con rosas de su huerto al saludarse,  
si al pasar como usted esta mañana  
nos dejáramos todos la flor en la ventana!  
¡Cordialidad sencilla, propósito clemente,  
comunidad viril en la belleza!  
¡Armonía del músculo, la frente  
y la delicadeza!

K. V.

*Discurso pronunciado en La Plata por el señor Walter Elena con motivo de un homenaje a Rodó.*

Los diarios de Buenos Aires traen hoy, una noticia auspiciosa. Anuncian que un grupo de hombres estudiosos y jóvenes acaba de fundar un Colegio Novecentista. Aspira esta institución, entre otras cosas de fundamento, a ensaltecer los horizontes mentales de la actualidad argentina, efectuando una predicación idealista, sistemática, por medio de la tribuna, del libro y del periódico.

Frente a tal anhelo el corazón, señores, como un barco en el mar, hincha su velaje. En medio de nuestros días mediocres ¡cómo no va a llenarnos de regocijo este gesto de nuestros hermanos de Buenos Aires que se aprestan sin ambajes, a la noble lucha!

Venimos viviendo una vida universitaria sin transcendencias, sin exaltaciones, sin apasionamientos. Se persigue tor-

pemente la liberación personal por la conquista, fruta sin carne, del diploma. Lejos, con excepciones muy raras y honrosas, por cierto, el hermoso esfuerzo de atar nuestro carro a una estrella, que dijera Emerson. La actitud de Jason ya no emociona. Los hombres del Colegio Novecentista, del nuevo siglo, harán sonar, pues, en las campanas de oro de sus entusiasmos la voz del Ideal que legitima la estirpe.

Y traigo lo antecedente, al abrir este acto, porque aspiro a que el movimiento que se inicia en la metrópoli sirva de emulación para nosotros. Por otra parte, el Centro que presido ha recogido, entre los vientos que pasan, el rumor de ése que es el bienhechor. Solo así, podremos formar la generación que levante, sobre los destinos del mundo, el anunciado «milagro americano».

Combatamos la corriente utilitarista, que dificulta la expansión de nuestro natural impulso latino, y defendamos contra toda mentira el afán idealista, mármol que esculpido en Grecia, en líneas las más puras, broquela aun hoy el universo con su sombra secular y gigantesca.

Y es por el Ideal, suprema esperanza de perfección, que estamos aquí, en la magnificencia apolínea de esta sala, congregados bajo los encantos de la tarde serena que como un lienzo antiguo va despintando sus matices a medida que el sol se hace cada vez más occidental. Pero, para nosotros, no se hará la noche, señores. Como nuevo astro, al conjuro evocador del poeta, Rodó brillará desde el fondo azul de su gloria y la tarde volverá entonces a sus esplendores meridianos. Es de Marasso Rocca la tarea; pero es la nuestra, vestir de luto los corazones y guardar duelo por el sacerdote laico muerto, y cuya virtud más esencial consistió en pontificar por la democracia, por la juventud y por la belleza.

## UN ARTICULO VENEZOLANO—

«Nosotros», en su último número de noviembre, con el sólo objeto de informar a sus lectores, transcribe un trabajo del — según expresa — distinguido historiador venezolano señor Vallenilla Lanz, publicado originariamente en la revista londinense «El Marconigrama». El Colegio Novecentista que tiene tan hondas afinidades electivas con la obra y la orientación intelectual de Ricardo Rojas, no puede menos de expresar su extrañeza por las opiniones que el señor Vallenilla Lanz emite en ese trabajo por cuenta propia sobre «La Argentinidad», así como por las opiniones que atribuye — también por cuenta propia — al autor del libro que entiende refutar.

Es cierto que el señor Vallenilla Lanz se apresura a declararse «gran admirador» de Ricardo Rojas, cuya labor de Restauración Nacionalista — según afirma — avalora y aplaude; pero en las entrelíneas de su artículo revive el antiguo y desdichado rencor interamericano que «La Argentinidad», precisamente, combate en palabra y espíritu. Recomendamos pues al señor Vallenilla Lanz una nueva lectura, más meditada y más serena, del libro argentino.

Sabemos por manifestación del mismo Ricardo Rojas que este artículo venezolano será incluido conjuntamente con otro del escritor Zorrilla de San Martín, en un apéndice de la próxima segunda edición de «La Argentinidad». De esta manera el lector podrá comprobar más fácilmente la inexactitud de las afirmaciones de este señor Vallenilla Lanz.

*Adolfo Korn Villafañe.*

## SEMINARIO DE FILOSOFIA CONTEMPORANEA

## (INFORME ANUAL)

En la reunión efectuada, a iniciativa del señor José Gabriel, el 16 de junio ppdo. — preliminar a la de constitución definitiva del Colegio — el señor Tomás D. Casares hi-

zo la moción de adoptar como uno de los fines del Colegio a fundarse, la organización de seminarios de estudios intensivos, a semejanza de los instalados con tanto éxito en el Ateneo de Estudiantes Universitarios.

Esta moción despertó vivísimo interés y luego de una minuciosa discusión y estudio durante las dos siguientes reuniones, se le aprobó en la forma de un proyecto presentado por el que suscribe, quien — muy bien acompañado por cierto — se limitó en el curso de la discusión a defender la idea inicial.

Con posterioridad el infrascripto fué designado para llevar a la realización el proyecto sancionado y en tal carácter ha organizado, con el desinteresado apoyo de muchos, un seminario de Filosofía Contemporánea que con 14 inscriptos se ocupó en diez sesiones del problema filosófico de la psicología, tomando por pretexto la obra de Binet, *El Cuerpo y el Alma*, libro del cual hizo la señorita Lidia Peradotto una luminosa exposición crítica, que se publicará oportunamente en este Cuaderno. La dirección del Seminario estuvo a cargo de un joven y sabio profesor, cuya inquebrantable buena voluntad intelectual solo iguala su vasta ilustración.

Afianzada así la marcha del Colegio con el indiscutible éxito del Seminario, con la sanción de sus estatutos y con el aplauso unánime suscitado por los dos números del Cuaderno aparecidos, circunstancias que al consolidar una institución hacen indiferente las condiciones de la persona que la preside, los señores miembros han querido designar por unanimidad al que suscribe, bien que sin méritos, para llenar la vacante producida por la renuncia del conocido escritor y crítico literario doctor Julio Noé, primer presidente del Colegio.

*Adolfo Korn Villafañe.*

Alberini

## UN CASO DE SABIDURIA NATURALISTA.—

Transcribimos sin comentario el siguiente artículo aparecido en el «Boletín de la Unión Industrial Argentina»:

.....

Interesantísimo. Profesores y alumnos deben de haberse esmerado en desempeñar bien su importante cometido. Está probado que los Seminarios son *wunderbare Einrichtungen*. Pero, a nuestro juicio, lo notable del libro es el prólogo, obra del señor Decano. Antiapodíctico y nada propedéutico, nos revela cosas como estas: «Felizmente, toda la educación pública, de primaria a superior, tiende a efectuarse por la observación personal. La concepción de la unidad de las ciencias ha producido el doble bien de eliminar la anómala distinción de ciencias positivas y morales y de comprender a todas bajo una sola y justa denominación. Las ciencias naturales, reducidas hasta ayer en los planes de estudio a ciertas disciplinas, abarcan hoy casi todo el conocimiento humano. La Filosofía se ha fraccionado en Psicología, Moral, Lógica y Estética, esto es, en cuatro ciencias naturales. La Ciencia Social se ha dividido en Historia, Derecho, Sociología y Economía política, es decir, en cuatro nuevas ciencias naturales; todas ellas constituídas por hechos reales, accesibles a la observación y a la experiencia. Salvado de esta manera el gran escollo del preceptismo, los nue-

» vos métodos permiten observar la vida entera con  
» sabiduría naturalista y dirigir la mente al descu-  
» brimiento de la verdad. » — ¡ Encantados, literal-  
mente encantados!... Las opiniones del señor De-  
cano son cristalinas y rotundas. No se expresan me-  
jor, ni con mucho más sólido fundamento, esos pro-  
fusos barberos liberalotes a quienes el genial «*E  
pur si muove*» de Galileo autoriza a proclamarse  
enemigos personales de cuanto huela a metafísica.  
Y pensar que Renan, positivista, admitía que «*tout  
est possible, même Dieu!*...» ¡Qué extraño, pues,  
que el inequívoco «ochocentismo» de los decanos  
suscite el categórico «novecentismo» de algunos es-  
tudiantes? De ahí que no nos parezca equitativo re-  
prochar a estos muchachos—por lo demás excelen-  
tamente intencionados—el que «hayan logrado, a  
fuerza de suficiencia y optimismo, impedir que pe-  
netrara en su espíritu un solo grano de la saluda-  
ble duda filosófica», como lo hizo días pasados *La  
Nación*, cuando, habiendo entrevistado un sector del  
horizonte ideológico exactamente opuesto al que  
ilumina *in vitis nubibus* la Facultad de Ciencias  
Económicas, anunció el orto del Colegio Novecen-  
tista con un retintín que—para emplear una vez si-  
quiera el prestigioso estilo de moda—rozaba la inte-  
gridad de prístinas nobilidades realizadas por las  
vocaciones de los apostolados. No es, por cierto,  
«*que nous nous emberluquions de tous ces coque-  
luchons*»; no somos «*les cocassiers de ces coqs plus*

*cocasses.*» Pero dado que cada cual tiene el derecho de defender los dogmas que necesita para justificar su «*Weltanschauung*», no olvidamos que los jóvenes inocen... ¡oh, pardon!... novecentistas, lo ejercen por euforia, y, carentes de toda representación oficial, tan a sus riesgos y peligros como trajo Cyrano de su viaje al empíreo las estrellas destinadas a servirle de asteriscos. Luego, la saludable duda filosófica, todavía posible—y plausible—en los vetustos tiempos en que M. Sylvestre Bonnard, archivistista paleógrafo, y miembro del Instituto, insinuábase a sí mismo, citando versos del erótico caballero de Parny, apodado el Tibulo francés, que «una apacible indiferencia es la más sabia de las virtudes», convirtiéndose en ridícula entidad supraempírica desde el preciso instante en que la Filosofía hubo de sufrir tormento y ser fraccionada en cuatro ciencias naturales con el fin laudabilísimo de capacitar la mente para el descubrimiento de la verdad. Abrigar ahora la menor duda filosófica resulta intolerable cursilería, chabacana manifestación de intelectos chirles, en suma, «*dotta ignoranza*». En ciertos casos agudos, por ejemplo si la duda versa—¡oh, manes de Fechner y Weber!—sobre la proporcionalidad logarítmica entre la sensación y el estímulo, determina el siguiente grave diagnóstico: «*idiotez*». ¡Claro, pues! ¿Acaso es la duda filosofía un hecho real, accesible a la observación y a la experiencia? ¿Quién la ha palpado, gus-

tado, olido, contado, medido, pesado, etc.? ¿Qué mandarín la conoce? ¿En qué cajón de sastre se la encuentra? ¿Qué Seminario la esquematiza en sus fichas?... No; la duda filosófica fué siempre una nómada, como todas las nómadas superflua o maléfica, y como todas ellas también, rechazada en absoluto por la sabiduría naturalista... *Post hoc et propter hoc*, si hay profesores que reducen la Psicología al contacto de las cabelleras de los neurones y la Lógica a una disciplina matemática «descubierta a mediados del siglo pasado por dos ingenieros ingleses», y que, ante un auditorio de mujeres—*o donne, voi sole siete la beatitudine nostra!*—explican las características del amor por medio de las propiedades del metano ( $\text{CH}_4$ ), bien puede haber alumnos que practiquen la intuición bergsoniana, magüer se trate de una hazaña «no fácil ni consuetudinaria», según nos lo advierte el español García Morente, imitando sin saberlo los deliciosos eufemismos de nuestro doctor Irigoyen (¡don Bernardo!). Respetemos la previsoras ley de las compensaciones y admiremos el pragmatismo virtual de las antítesis. Bien está que frente a una escolástica de Laboratorio se alee una escolástica de Tabernáculo... Suficiencia aquí, suficiencia allí, suficiencia en todas partes, se objetará. Conformes, y conste que del tremendo Cohelet, del gran Pirrón, del hondo y amable Montaigne, de cuantos hablaron de vanidad, de ilusión, de incertidumbre,

no va quedando ni el recuerdo. ¿Qué unos y otros pretenden taparnos el cielo con toldos de suficiencia? Convenido, y conste que en ello le corresponde un buen lote de responsabilidad al loco de la Engadina por haber hecho delirar a Zaratustra. Pero tranquilicémonos: el cielo es tan vasto, tan vasto, que en el peor de los casos aun alcanzaremos a percibir un cachito de su inmensidad; y, como lo dijo armoniosamente Chantecler: «*un rond d'azur suffit pour voir passer les astres...*» En cuanto al optimismo... Convictos de frivolidad o de egoísmo los escépticos, de demencia los pesimistas y de farsantería los ecléticos, ¿cómo no declararse optimista si no se quiere pasar por frívolo, egoísta, demente o farsante? Por otra parte, ¿habrá alguien que no haya visto alguna vez el mundo color de rosa, aunque sólo sea cuando las propiedades del metano ( $\text{CH}_4$ ) empezaron a compilar la causalidad de su sinergia funcional? El doctor Ingenieros —el más bromista de los estoicos y el más estoico de los bromistas,—varón jovial y fecundo que hojea un libro y escribe otro, en sus lecciones sobre Emerson y el eticismo acaba de enseñarnos que los predecesores de su colega Pangloss fueron numerosos e ilustres: la Academia, el Pórtico, la Escuela de Alejandría, Anselmo y Tomás, Descartes y Leibnitz... Seamos, pues, optimistas, y como tales espereamos confiadamente que la Verdad logrará resistir por algunos años todavía a las vehementes soli-

citaciones de la sapiencia naturalista, aunque sólo fuera para no colocar a los Seminarios de nuestras Facultades—*was für wunderbare Einrichtungen!*—ante la dolorosísima disyuntiva de tener que desaparecer por falta de objetivo concreto, o de verse obligados a consagrar sus notorias actividades y perspicacias al descubrimiento de la Mentira.—Y para terminar esta nota bibliográfica ya demasiado extensa, permítasenos formular un voto cordial. Nuestro reciente huésped Ortega y Gasset, catedrático de una universidad española, inicia sus «*Meditaciones del Quijote*» afirmando ser profesor de filosofía *in partibus infidelium*. Deseamos ardientemente que en el proemio galeato del próximo primer volumen de sus «*Comprobaciones de Calibán*», al referirse a su cátedra de sabiduría naturalista en una universidad argentina, el doctor C. Rodríguez Etchart pueda reeditar por cuenta propia y sin incurrir en la menor hipérbole, esas mismas palabras latinas, pero, para mayor eficacia cienticista, vertidas al esperanto. Y sirvan entonces de epígrafe propiciatorio a la obra, estas otras, de tan rigurosa y amena actualidad: «*mens sana in corpore sano*». —*MICROCOCCLUS*.

---

## INDICE DEL TOMO PRIMERO

(Números 1.º, 2.º y 3.º)

---

<i>Boutroux Emilio</i> : Prólogo al libro de Eucken «Las corrientes del positivismo moderno», (Trad. de B. T.).....	pág. 40
<i>D'Ors Eugenio</i> : «El Positivismo y el Espíritu», (de la Antología Filosófica).....	» 38
<i>El Colegio Novacentista</i> : Manifiesto.....	» 1
<i>El Colegio Novacentista</i> : Julio Rey Pastor.....	» 30
<i>Fernández Moreno</i> : Nuevos Poemas (versos).....	» 97
<i>Gabriel José</i> : Discurso sobre el Colegio Novacentista.....	» 6
<i>Gabriel José</i> : La barbarie cultural.....	» 61
<i>Gabriel José</i> : A la memoria de Almatuerte.....	» 106
<i>Guido de Ruggiero</i> : Lachelier (Traducción).....	» 164
<i>La Redacción</i> : ¿Qué es Novacentismo?.....	» 130
<i>Morente Manuel G.</i> : La filosofía del hombre que trabaja y que juega (de la Antología Filosófica .....	109 y 169
<i>N. C.</i> : Hombres del Ochocientos, Haeckel.....	» 99
<i>N. C.</i> : Publicaciones recibidas.....	» 126
<i>Noé Julio</i> : Discurso.....	» 4
<i>Noé Julio</i> : «La sombra del convento».....	» 103
Notas a la vida intelectual del mes.....	» 50
Notas a la vida intelectual del mes.....	» 115
Notas y comentarios.....	» 177
<i>Pessolano Ventura B.</i> : La Historia de la Literatura Argentina, de Ricardo Rojas..	» 141
<i>Rohde Jorge M.</i> : Apuntes estéticos.....	» 131
<i>Sais Teófilo de</i> : Momentos (versos).....	» 35
<i>Taborga Benjamín</i> : El Espacio, La Geometría y La Lógica.....	» 65



# CUADERNO 4.º

FEBRERO DE 1918



DIRECTOR

JORGE M. ROHDE



## SUMARIO

- El socialismo ético..... *La Redacción*  
Una página de Angel de Estrada . *Jorge M. Rohde*  
Bellatrix Gleba, (versos)..... *P. della Costa (h).*  
Un filósofo danés, Soren Kierkegaard *Carlos Bogliolo*  
En la Catedral de Chartres ..... *Victor Betancourt*  
Incipit vita nova (de la revista Atenea) *Alejandro Korn*  
La filosofía del hombre que trabaja y que juega, de Eugenio D'Ors  
(de la Antología filosófica)..... *Manuel G. Morente*  
Juan Agustín García..... *A. Korn Villafañe*

BIBLIOGRAFÍA: El Libro de los Paisajes, de Leopoldo Lugones.—Gris, de Pedro Miguel Obligado.—El Triunfo de las Rosas, de Angel de Estrada.

NOTAS:—El poeta Martín Coronado. — Una carta de Lugones.—Informe con motivo de la renovación de autoridades.



EMILIO

...

...

...

...

# Colegio Novecentista

CUADERNO 4.º

Buenos Aires

Febrero 1918

## El socialismo ético

En el fragor de la contienda mundial ha pasado desapercibido, como si fuera asunto baladí, el deceso de un viejo conocido, que, ya bastante valetudinario, había en realidad ha tiempo terminado su misión. A nuestra tierra las noticias llegan con algún atraso y a las vegadas suponemos vivos y actuantes a difuntos bien enterrados. En esta ocasión—amarga para un corazón burgués—nos referimos al individualismo manchesteriano.

La célebre doctrina que convertía el trabajo humano en un valor venal sujeto a la ley de la oferta y de la demanda y concedía a todos la libertad de envilecerse o morir de hambre, si tuvo en un momento su justificación histórica, habíase convertido al fin en la rémora insalvable de una organización social más justa. La tiranía económica llegó a superar con su opresión la peor de las tiranías políticas y na-

da más reñido con el libre desarrollo de la personalidad que este pseudo-individualismo al servicio del privilegio capitalista.

Al oponérsele, las teorías colectivistas debieron revestir un carácter distinto. En efecto, el individualismo moderno se vincula estrechamente a las teorías utilitarias del siglo XVIII, en tanto que el abolengo del colectivismo es otro. Si no queremos remontarle a fuente tan remota e idealista como Platón, radica en el espíritu generoso de soñadores románticos, obsesionados por un anhelo de justicia social. Fué una verdadera aberración, aunque históricamente explicable, si una de las varias corrientes socialistas creyó poder prescindir de los factores morales y fundarse exclusivamente en los intereses económicos. Marx prestó un servicio inapreciable a la causa social cuando la sacó de las esferas de las divagaciones utópicas para plantearla dentro de las condiciones reales de la vida. Pero cometió un error, él que era hegeliano y conocía la teoría de los opuestos, al no contemplar sino un aspecto unilateral de la cuestión. Fuera de duda que se trata de organizar las relaciones económicas entre los miembros de una colectividad, pero no de modo que un interés prevalezca

sobre otro, en vez de someterse todos los intereses al imperio de la Justicia. En verdad, Justicia con mayúscula.

La solución «científica» no resuelve sino una parte del problema y exige para completarse una solución ética. No la desconocieron en el hecho ni los propios marxistas; cuánta abnegación desinteresada, cuánto entusiasmo rayano en el fervor religioso no vieron los tiempos heroicos del socialismo! Y cómo había de surgir y triunfar una gran causa sin un ideal que conmoviera y emocionara profundamente el corazón humano! Con qué derecho el socialista califica de infame el proceder del compañero que se substraе a la acción común, que en día de huelga obedece las sugerencias de su interés económico individual y no se reconoce ligado por el sentimiento de la solidaridad gremial, con qué derecho, sino le supone una obligación moral que debe cumplirse hasta en el sacrificio?

No se ocultó esta faz del problema a otros altos espíritus que aun en la época positivista de Marx se libraron de la superstición materialista, sin dejar por eso de poseer una viva intuición del conflicto social. Que poco conocida es entre nosotros la magna obra de Le

Y en el día de la fecha no estará demás recordar a Aquel que primero se apiadó de los pobres y desheredados y pidió para ellos el pan nuestro de cada día, no con el objeto de satisfacer sus apetitos sino con el muy superior de capacitarlos para destinos más altos—el humilde hijo del carpintero.

LA REDACCIÓN.

En el día de Pascuas de 1918.

---

---

## UNA PAGINA DE ANSELMO DE ESTRADA

*Elle tiene sus penas, en los transportes, la gloria,  
El Páramo el Páramo de la Libertad a la gloria*

Armando Cárdenas.

Como dejó en sus de las páginas más hermosas  
de Francia y de las lenguas romances, la pléyade  
dirigida a la Palau Ateneu del Ayuntamiento de  
El año actual como la bella y como la noble, bella  
marchaba con la multitud del siglo de las ciencias  
científicas que, con el espíritu humano, elevaba las  
barreras imperiales que en el tiempo prometían el con-  
tinente, la ciencia del conocimiento y la univer-  
salia. La ciencia superior de la naturaleza, con las  
esperanzas del Porvenir y con una ciencia  
en sus: ciencia de Dios y de la vida, una ciencia  
en una ciencia que de un destino — con la  
multitud sencilla de aquel mundo, que durante  
la y la verdad absoluta se elevaba positivamente. En  
la pléyade de la: «P» en el mundo y por tanto la  
que estaba al grupo de los Dioses, los Dioses, se  
convierte en ciencia en un momento, los Dioses  
de la humanidad y con el momento en un  
momento en un momento a un Dios que sería el  
último conocimiento. En una, en parte del Páramo,  
por tanto, por tanto en un, en el mundo de la vida, a  
Tanto, por tanto en un, lo mundo a un en Dios  
en un momento en un Dios a

Recordad el apóstrofe de Carducci a la Roma en otro tiempo magnífica, cuando recibía los bueyes portadores del triunfo y de la gloria, los que cruzan por el carmen Virgiliano:

Piú non trionfa, poi che un galileo  
di rosse chiome il Campidoglio ascese,  
gittolle in braccio una sua croce, e disse  
—Portala, e servi—.

La inquietud, la noble inquietud del cristianismo — que Renan ora desprecia, ora enaltece porque se siente presa de sus redes — fué la que abrió ancho cauce en los espíritus, antes estériles a su linfa, y los fecundó de humanidad; sentimiento éste, desconocido por los griegos, al decir de Hegel, «quienes sólo conocieron a la Grecia». Inquietud que asoma, en la Roma pagana y declinante, al alma del vate de Mantua, cuando interroga a la noche estrellada sus misterios y en un exámetro sublime resume la eterna querrela de los hombres, la misma que embarga a Heine — veinte siglos después — al contemplar las ondas del mar del Norte.

Algunas almas excelsas del Renacimiento que man la olorosa mirra de Judea ante los dioses ciegos y cándidos de la Grecia ilustre. Luis de León, el grande agustino, frecuentado por las Gracias, se enciende en la llama sagrada: y el ritmo y la armonía del espíritu y del mundo, tienen en él máximo intérprete.

Angel de Estrada, encarnado en Juan de Moñfort protagonista de Redención, suelta ante la Palas Atenea, armoniosa y serena plegaria. Un alto concepto humano y estético en ella resplandece: y el fuego y la forma se funden amorosamente con la sonrisa de Platón el divino y con la lágrima reudentora de Jesús.

Otro espíritu moderno que llamamos «impasible», pero que sufrió angustias y muy hondas, al añorar la Hélade, exclama:

Le vil Galiléen t'a frappée et maudite,  
Mais tu tombas plus grande! Et maintenant, hélas!  
Le souffle de Platon et le corps d'Aphrodite  
Sont partis à jamais pour les beaux cieux d'Hellas!

Escuchemos, ahora, fragmentos de la admirable plegaria de Estrada:

«Diosa nacida para comprender todo, tú no pudiste crear estéril la palabra del Judío que conmovió allá abajo la multitud del Agora. Debiste adivinar que matándote, a ti, que tornabas la vida en cosa tan riente, iba a contribuir al estallido de la humana inquietud. Debiste percibir que su voz dolorosa se movía en el raudal de una fuente de esperanza. Debiste no ignorar que sus acentos creaban también el reino de Artemis, venciendo a Apolo, y que al lado de su sol, la Melancolía, vistiéndose con la luna, derramariase por la tierra. Debiste saber que aquella emoción no tocaba sólo a las almas; pues en el Pentélico cercano se estrema-

cían las vetas marmóreas como nervios, y sus entrañas se agitaban ante el clamor de la nueva hermosura que iba a arrobar a los hombres. Y de ese mundo vengo, ¡oh diosa de belleza perfecta! ¡triángulo de la razón ataviado por las Gracias! Tu templo es tan armonioso que debe brillar en todos los cielos cual brilla en todos los olimpos, y enseñar el equilibrio sereno a todas las razas y a todas las edades. Pero condenado a vivir en él únicamente, de rodillas ante tu noble majestad, mi alma se sentiría como tu rival, la Venus del Sena. Aunque divinamente humana, y augusta en su silencio, y gloriosa en su mutilación, clamaría por sus brazos, para estrechar mil diversas formas con la sed devorante de lo infinito. Y ahora, hija de Júpiter, inmaculada Palas Atenea, inspiradora del trirreme sagrado, sé hospitalaria a quien, dejando su nave, se acoge a la sombra de tu olivo, y posa la frente febril sobre el frío de tus mármoles, y busca calmar sus ardorosos labios en los ocultos manantiales de tu colina!»

¿Quién puede olvidar estas palabras, tan esencial y formalmente luminosas?

Angel de Estrada es para mí uno de los más insignes artistas que produjo esta región de América. Se le compara con Gautier, pero, cuán lejos deja, en su concepción estética, al maestro francés. Desearía detenerme un instante en este punto. El autor de Redención y de Las tres Gracias posee, como el poeta de Esmaltes y Camafeos, una visión

penetrante del mundo exterior, si se quiere naturalista, o realista, por la precisión en el detalle, a veces superfluo y enfadoso, — siempre dentro de los límites del arte; pues nunca encontraréis en su paleta el tono sombrío y nauseabundo, nunca se deleita con lo innoble y lo mediocre. Recuérdese que Gautier, por ese naturalismo tan noblemente entendido, es precursor de escuela, ¡tristes ironías!, de la escuela que ofrece al mundo los apetitos de Nana y de Teresa Raquin. La insensibilidad de que hizo tanto alarde dicho maestro, al encenderse, exclusivamente, en un arte desarraigado de la vida y de la muerte, pues ante esta última sólo experimenta una inquietud física, de origen estético, por la podredumbre que provoca, — esa insensibilidad repito, Estrada, por fortuna, no la tiene. Supo éste, acariiciar en Leoní Landi, protagonista de *Las tres Gracias*, un altísimo sueño de belleza: tal como lo concibieron los seres del Renacimiento, tal cual palpita en los mármoles de Miguel Angel y en las estrofas del Bembo. Y entiéndase que para esa edad, el ideal estético está lejos del que resume la frase: «Soy un hombre para quien el mundo exterior existe.»

Estrada anima el sentimiento religioso, el amor, la humanidad: corrientes universales que, al ser percibidas a través de un espíritu que imprime en ellas su matiz propio, producen, como dice Goethe, todo lo grande que el hombre ha realizado, pues dejan el mundo de lo abstracto para convertirse en savia del árbol que da frutos eternos e inmutables. ¿Quién negará, en este sentido, a la obra de Estrada, carácter y valor universales? Ahora bien, su

musa tan levantada, no le ha hecho percibir aún, el sentimiento de patria como color local y amor inmediato al nativo terruño. Quizá nuestro nacionalismo de suyo imperioso se rebele, en este punto, contra el artista que deshoja exclusivamente la corona de las Gracias sobre los mármoles de Grecia, los jardines inolvidables de Italia y las campiñas galanas de Francia. Pero, día vendrá, no lo dudo, en que nuestro pasado colonial de tan poético prestigio, o nuestra vida contemporánea, en la ciudad que aspira a levantarse del bajo erial cartaginés y multiforme y tender hacia las estrellas el arco milagroso de los ideales y los sueños, encuentre, en Estrada, un ilustre y rendido intérprete, para gloria de nuestras letras y de nuestro nombre.

JORGE M. RODE.

---

## BELLATRIX GLEBA

---

Chusma flexible

de la ciudad baja,

chusma casi instruida,

chusma bien vestida,

vistosa y viciosa como una baraja;

deja el hipódromo,

el circo deserta

y el afrancesado tango que afemina,

chusma argentina:

¡Despierta!

Vomita toda

tu sangre mulata,

como podre exhala la mora y la hebrea,

y de tus arterias dialisa y desata

con la levantina la partenopea.

Cauces más puros

tan sólo fructúa

fundiendo en un épico y noble conjunto

a la árida sangre de virgen charrúa  
la sangre de Esparta, de Roma y Sagunto.

Y entonces clama,  
declama, exulta,  
en botas disformes empínate rengá,  
e impone los fueros de la turbamulta  
bajo el vino rojo de la roja arenga.

Blande el cuchillo  
de los matarifes,  
haz de mansas reses faena ordinaria  
en propios y extraños, y arma tus esquifes  
a encuentro pirata y a empresa corsaria.

Ensueña histriónica  
laureles y hierros  
como embrión seguro de utópica «fratria»,  
y echa al matadero, «achura» de perros,  
¡Zu Patria...!

PABLO DELLA COSTA (HIJO).

UN FILÓSOFO DANES

SOREN KIERKEGAARD

---

Con frecuencia aparecen en los escaparates de nuestras librerías, nuevas ediciones castellanas, francesas e italianas, de los dramas de Ibsen, traducidos más o menos directamente del idioma original. Jamás hemos visto un libro del filósofo que motiva estas líneas, a pesar de ser el inspirador, en gran parte, de la obra de aquél; tanto, que para nosotros Kierkegaard y Brand se identifican, aunque lo haya negado el mismo Ibsen, afirmando que apenas había leído a Kierkegaard, y más, que no lo había entendido muy bien. Lo cierto es que afinidad, y grande, existe; no habrá sido directa la influencia, pero Ibsen, como casi toda la juventud intelectual escandinava de la época, no pudo sustraerse de las vigorosas ideas del teólogo dinamarqués.

No existen en nuestra lengua versiones de Kierkegaard; si las hay, son muy recientes, y no han llegado hasta aquí. No ha mucho Unamuno se felicitaba por la falta de ellas y por ser uno de los pocos en España que lee al filósofo en danés, lleván-

dolo el amor que profesa a las ideas de Kierkegaard, a respetar religiosamente los descos de éste, que no ansiaba discípulos y temía pensando en el día en el cual su obra fuese objeto de estudio entre los profesores. Deseamos, aunque lamentamos el disgusto del señor Unamuno, ver traducidas las obras de Kierkegaard al castellano; mientras, adelantaremos algo de lo poco que leímos, nada, comparado con la producción del autor, de rara fecundidad (1).

La vida de Kierkegaard fué austera como sus ideas; entre éstas y aquéllas no hay línea divisoria, al punto de que unas pocas noticias acerca de su juventud echan sobre su obra más luz que largas meditaciones, las cuales, por sutiles que fuesen, no aclararían el misterio que la envuelve.

Niño de doce años, Miguel Kierkegaard, padre de Sören, cuidaba ovejas en las áridas colinas de la Jutlandia; pobre, con hambre y con frío, cierto día, descorazonado, levantó los brazos al cielo y

(1) Los libros que han llegado a nuestras manos son tres: «*Il Diario del Seduttore*» Trad. de Luis Redaelli, Ed. Bocca, Turin, 1910.—«*In Vino Veritas*» (con agregado de «*Il piú infelice*» y «*Diapsalmata*» Trad. de Knud Ferlov, Ed. Carabba, Lanciano 1910.—«*L'Erotico nella Música*» Trad. de Gualtiero Petrucci, Ed. Formiggini, Génova 1913. Como en todos ellos el autor desarrolla su concepción estética de la vida tomando como sujeto el amor, no podemos explicar sus ideas éticas y religiosas sino aprovechando la que dicen sus traductores (Ferlov y Redaelli). A ellos seguimos, en ésto, y en la biografía de Kierkegaard.

«maldijo al Señor, el cual, si existía, podía permitir que un pobre niño abandonado sufriese, sin acudir en su ayuda». Pasó tiempo, y a la vuelta de pocos años vivía rico y feliz en Copenhague. Pero he aquí que un extraño temor comenzó a invadir el espíritu religioso de Miguel Kierkegaard: en su rápido cambio material no vio sino un castigo divino; la blasfemia del pastorcillo sería expiada con goces terrenales, eterna perdición. Y ya no hubo sosiego para él. En 1813 nació Sören, el cual creció en un hogar donde amén de practicarse la religión en la forma austera común en casi todos los hogares de su país, se agregaba la taciturna actitud del padre.

Sören conoció la causa de la tristeza que embargaba al viejo Miguel, recién a los veinticinco años, y desde entonces, también él se sintió maldito. En 1840, dos años después de la muerte del padre, se laureó en teología con una tesis sobre Sócrates, titulada «Del concepto de la ironía», punto de partida de su copiosísima producción. «Como aquella princesa de «Las Mil y una Noches» yo salvé la vida contando, es decir, produciendo...»

Kierkegaard distingue en el camino de la vida tres periodos o etapas: uno estético, uno ético y uno religioso.

El goce estético en toda su belleza y perfección, únicamente el individuo, «el solo», puede conocerlo, porque lo interesante dura apenas un momento, el

cual momento debe ser aprovechado por el esteta en la mejor forma, para sus placeres intelectuales. La repetición de ese instante conduciría al aburrimiento, y éste es el mal que el esteta debe evitar, variando sus sensaciones, dominándolas, ya que el mundo exterior es finito y por lo tanto incapaz de proporcionar un número ilimitado de momentos interesantes. El placer estético debe ser, pues, puramente subjetivo. Todo lo que liga al individuo con el mundo exterior, perjudica al esteta: trabajos profesionales y obligatorios, amistad, matrimonio. Este último es una contradicción estética, porque es una promesa de «amor eterno» y en el amor no debemos sino ver una fuente de sensaciones estéticas y hedonísticas. El esteta amante no puede ser sino un seductor.

Entendido así el período estético, fácil nos resulta comprender «El Diario del Seductor». Su héroe, Juan, tiene todas las condiciones exigidas por Kierkegaard al esteta: es un seductor bien diferente al Don Juan seductor que conocemos, ridículo y vulgar, esclavo de sus sensaciones. Aquel se conforma con una mirada, con una sonrisa, si ha comprendido que la mujer objeto de sus goces estéticos no puede dar sino una mirada o una sonrisa.

Juan el Seductor no es sino Kierkegaard, y su Diario, la historia de sus amores, de su amor; Cordelia, la infeliz Cordelia seducida, (creemos,

después de lo dicho, innecesario explicar el alcance de la palabra «seducción», en el lenguaje kierkegaardiano) es Regina Olsen, novia del filósofo. En 1840, terminados sus estudios teológicos, se comprometió con Regina, deliciosa personita, toda juventud y belleza, en la cual otro hombre hubiese visto sólo alegría, y que para Kierkegaard no significó nada más que dolor y tristeza, porque era felicidad en la tierra, y él no tenía derecho de ser feliz: la falta del padre, era falta suya, y lo sería de Regina, de sus hijos, porque el castigo bíblico alcanza hasta la séptima generación. Se separó de ella sin confesarle la causa, prefiriendo aparecer como un seductor frío, calculador, egoísta. Y escribió «El Diario del Seductor» para demostrar que todo su amor había sido un puro goce estético, saboreado en infinitas fases, con detalles imperceptibles para cualquiera que no fuese el sutil Don Juan. El libro termina con estas palabras:

«Una joven es un sér débil; cuando se ha entregado por completo, todo ha perdido: si la inocencia es en el hombre algo negativo, en la mujer es la esencia de la vida... Y ahora, de mi amor con Cordelia no quiero ni siquiera el recuerdo... En un tiempo la amé: pero de aquí en adelante mi alma no puede pertenecerle. Si fuese un Dios, haría con ella lo que Neptuno hizo con una Ninfa: la transformaría en hombre.»

Las mismas ideas que desenvuelve en «El Diario del Seductor» expone ampliamente en «In Vino Veritas». Lo extraño del título tiene su explicación: Cierta día se reúnen alrededor de una mesa cinco amigos: Víctor el Eremita, Constantino Constantius, Juan el Seductor y otros dos, de los cuales no recuerda el autor el nombre; dice que no tenían «propium»; a uno lo llamaban «el jovencito», al otro, «el comerciante en modas», y a propuesta de Constantino Constantius, terminado que fuese el banquete, cada uno expondría sus ideas en materia de amor, no discutiendo, sino en forma de discurso. La condición era una: el orador debía confesar, al dar comienzo a su exposición, su estado de excitación, producido por el vino. Tomaba esa medida Constantino Constantius porque sólo en ese estado se dicen cosas que normalmente no se dirían.

Y uno tras otro, sin comentarios, tenemos los cinco discursos, en donde cada comensal hace gala de una espiritualidad admirable, en un sucederse torrentoso de imágenes y metáforas que subyugan al lector. Aparentemente todos opinan en discordia, y todos poseen igual fuerza convincente; pero oculto, a los cabos el autor, que no es Juan el Seductor, aunque haga decir a éste lo que él mismo dice en el Diario, no es Víctor el Eremita, no es ninguno de los otros tres. Está en todos y es nadie: «Yo soy el puro sér, y por esto, casi menos que na-

da. Yo soy el puro sér, que asiste a todo, pero que no soy visible, porque estoy siempre neutralizado. Soy como la línea sobre la cual está el problema aritmético, y debajo de la cual el resultado. ¿Quién se ocupa de la línea?»

Es «el jovencito» cuando hace decir a éste que teme al amor porque en sus cavilaciones no ha llegado aún a explicarse lo que es el objeto del amor, lo amable, palabra sin sentido, o mejor de sentido cómico, si observamos serenamente los hechos, el lenguaje, las actitudes, los amantes mismos. Es Víctor el Eremita cuando pone en boca suya las siguientes palabras: «Que Platón dé gracias a los Dioses por haber sido contemporáneo de Sócrates: lo envidio; que dé gracias por haber nacido griego: lo envidio; pero cuando da gracias por haber nacido hombre y no mujer, hago coro con toda el alma». Lo mismo dice Kierkegaard en «Lo Erótico en la Música».

Fué siempre preocupación de nuestro filósofo ocultar al lector su personalidad, publicando la mayor parte de sus obras con pseudónimos. Usaba de éstos aún para con los editores. En su «Diario» Víctor el Eremita da a la publicidad el manuscrito de Juan el Seductor. Hay una aparente discontinuidad en sus escritos; en el fondo, un entrelazamiento armónico da consistencia de sistema a sus pensamientos.

El período estético, pues, se caracteriza por la brevedad y variedad del instante de placer, que comienza y termina casi al mismo tiempo, o como dice en su «Diapsalmata»: «Hay insectos que mueren en el momento de la fecundación; lo mismo ocurre con todos los goees: el instante del más alto y exuberante goce de la vida, está acompañado de la muerte».

Pasemos ahora al período ético, o usando una palabra favorita de Kierkegaard «saltemos» al período ético, porque no hay entre los tres períodos pasajes graduales que obedezcan a una evolución, sino un abismo. En el primero, la variedad del goce estético daba al período un carácter de inestabilidad; es propio del segundo la repetición. En el período ético el amor se inmoviliza en el matrimonio.

«La acción tiene valor sólo por su intención»: He aquí la médula de este período, esencialmente individual, porque la idea está concebida por el individuo y será buena o mala, si la intención fué buena o mala. Que los resultados sean tales como se forjaron, lo mismo da; la acción no se valúa por ellos.

Llegamos al período religioso, el más importante para Kierkegaard; el problema de la religión ocupó su mente más que cualquier otro, y con mayor imperiosidad cada vez; tanto, que los escritos de la

última parte de su vida son puramente sobre religión.

Si la verdad es subjetiva — dice — si la ciencia positiva sólo aumenta el engaño en que vivimos respecto de la realidad del mundo exterior, al cual únicamente podemos conocer como probabilidad, si lo subjetivo es patrimonio del individuo, y siendo Dios algo absoluto, diferente por lo tanto a nosotros, no puede ser conocido. Pero si no podemos llegar a él especulativamente, llegamos en cambio por un acto de voluntad: la fe.

¿Por qué creemos en el Cristianismo? Porque ha hecho finito a lo infinito, mortal a lo inmortal; ha hecho hombre a Dios. Es el mayor acto de voluntad, y para ser verdadero cristiano, hay que alejarse del mundo. Así lo hizo Kierkegaard. Dos veces rompió lanzas con la sociedad, y fueron las dos polémicas más grandes de Dinamarca, las que sostuvo contra la iglesia oficial de su país.

En ocasión de la muerte del obispo Mynster, el sucesor, en un sermón, elevó al difunto a la categoría de Apóstol. Kierkegaard creyó llegado el momento de explicar lo que entendía por cristianismo, al lado de ese otro cristianismo de oropel, «Cristianismo de Estado», «cristianismo del domingo», innoble comedia de los pastores sin parroquia y de pastores que querían conservar la parroquia; negocio, al fin. El único cristiano fué Cristo; había que creer en él, no tratar de conocerlo. An-

tes de esta polémica había sostenido otra en 1845 contra un diario satírico, «El Corsario», que lo había hecho objeto de sus burlas. Sufrió Kierkegaard amargamente los ataques, contestando apasionado, sincero. Es verdad que era de poca monta el contendiente, y de aviesas intenciones, pero es menester agradecerle el haber estimulado la producción del filósofo.

Kierkegaard pasó su vida «mirando al mundo desde un escondrijo que existe en la enreujada de ocho caminos», riéndose tristemente de sus contemporáneos, para quienes «el objeto de la vida era llegar a consejero; el deseo potente de amar era encontrar una mujer rica; la beatitud de la amistad consistía en ayudarse mutuamente en los embarazos económicos; que la sabiduría no era sino lo que los más creían que era; que el entusiasmo consistía en hacer un discurso; que el coraje residía en atreverse a pagar una multa de diez pesos; que la cordialidad se manifestaba diciendo: «buen provecho» después de una comida; que devoción quería decir hacer la comunión una vez por año. «Vi esto, agrega, y reí.»

Transcribimos gustosos la página que sigue de «Diapsalmata», vigorosa y sincera como su moral: «Que otros se quejen acusando a nuestros tiempos de ser malos; yo me quejo de que son mezquinos porque carecen de pasiones. Los pensamientos de los hombres son sutiles y frágiles como enca-

jes; míseros como las mujeres que los hacen. Los pensamientos de sus mentes son demasiado mezquinos para ser pecaminosos. En un gusano se podría quizás considerar como un pecado el tener tales pensamientos, no en un hombre, creado a imagen de Dios. Sus deseos son lentos y medidos, somnolientas sus pasiones. Cumplen con sus deberes estas almas de tenderos, pero se permiten, como los judíos, raspar un poco las monedas, creyendo que aunque el Señor sea exacto en su contabilidad, se puede siempre engañarlo un poco. ¡Puah! Y es por esto que mi alma vuélvese siempre al Antiguo Testamento y a Shakespeare. Allí se siente que son hombres los que hablan; allí se odia, allí se ama, se mata al enemigo, se maldice su estirpe por todas las generaciones, allí se peca.»

«Mi pensamiento es una pasión» dice. Una pasión que lo consumía, que lo torturaba sin descanso, en la torre solitaria de su intelecto. Siempre en lucha consigo mismo, lamentando (al revés de lo que los hombres desean) de que en la vida no ocurra como en las novelas, donde es menester luchar contra kobolds y enanos, con gigantes y dragones, para libertar a princesas encantadas. «¿Qué son todos los enemigos de este género al lado de los fantasmas pálidos, exangües, de muerte dura, con los cuales combato y a los cuales yo mismo doy vida y existencia?»

Ese entrechocarse de ideas y pasiones, esa elaboración rápida de las más extrañas argumentaciones, esa dialéctica que con las más peregrinas formas del humano lenguaje construye metáforas y metáforas, es lo que nos arrastra, nos encadena a su pensamiento, aún cuando los nuestros sean distintos. Abandonamos su lectura y la vida u otras lecturas nos parecen pesadas. Tanta es la agilidad de la prosa de Kierkegaard, cerebral exquisito cuando quiere ocultar sus sentimientos, apasionadamente místico cuando nos confiesa sus dudas espirituales, sugestivo siempre.

CARLOS BOGLIOLO.

NOTA.—En prensa ya el artículo precedente, llegó a nosotros la primera versión castellana de Kierkegaard, publicada por la Editorial América que dirige R. Blanco Fombona. El traductor, Alvaro Armando Vasseur, reúne con el título de «Prosa de Sören Kierkegaard» el libro de que hablamos, «In Vino Veritas» (no sabemos por qué lo titula «Los discursos del banquete»), «Diapsalmata», «El más Infeliz» y «Estética del matrimonio» (veinte páginas de frases sueltas, extraídas al azar de la «Advertencia» que precede al «In Vino Veritas» de la traducción italiana). Constituyen la mitad del volumen dos escritos sobre Kierkegaard: Un discurso pronunciado por H. Höffding en la Universidad de Copenhague, el 5 de Mayo de 1913, en ocasión del centenario del nacimiento del filósofo; y un estudio de H. Delacroix. Ambos son interesantes; el de este último especialmente, es una detenida exposición crítica de las ideas religiosas de Kierkegaard.

El señor Vasseur dice a modo de introito: «Ofrezco al lector algunas páginas que escribiera ha poco más de media centuria, en una existencia anterior. Entonces vivía en Dinamarca y me llamaban Sören Kierkegaard». Bien. Esto quiere decir que el señor Vasseur cree en el eterno retorno de Nietzsche, o de Kierkegaard, o de Walt Whitman, como quería en el prólogo de su traducción castellana de los «Poemas» del gran poeta americano.

Cree también con el filósofo danés en la poca utilidad de la memoria, y en la mucha del recuerdo. Tanto cree, que de media centuria a esta parte ha olvidado la mitad de lo que decía en Copenhague cuando era alma y cuerpo de Sören Kierkegaard. De continuar despreciando la memoria en esa forma en dos o tres existencias futuras los libros irán desapareciendo, y la teoría del eterno retorno quedará transformada en un «retorno... a la nada».

Lo que dijimos más arriba, lo repetimos: Deseamos ver traducidos al castellano los escritos de Sören Kierkegaard; y agregamos: honestamente traducidos.

C. B.

---

## EN LA CATEDRAL DE CHARTRES

---

C'est vers le Moyen Age énorme et délicat,  
Qu'il faudrait que mon coeur en panne naviguât,

*Verlaine*

En una tarde de otoño desuavisísimotinte dorado, llegué a Chartres, la vieja ciudad de evocaciones puras.

Casas bajas de techumbre carcomida por el tiempo y por la lluvia, callejuelas estrechas y empinadas, aire plácido el de los pocos moradores, asomados a sus puertas, o paseantes por la Plaza de la Poissonerie, sin detener por cierto la mirada—indiferencia de lo muy propio—ante una hermosa construcción en madera del siglo xv, que allí se eleva; el Eure tranquilo refleja, en su angosto cauce, puentes, tocas, aleros y crepúsculos y la catedral maravillosa en fin... protege, con sombra gigantesca, a la ciudad que creció y amó bajo su planta.

Acaso en Nuestra Señora de París llegue a entibiarse el sentimiento estético, no tan sólo por la ciudad circundante, colmena vibradora,

sino por los innúmeros turistas que profanan, con sus voces, el silencio de las naves centenarias y manchan de tonos de odiosa policromía el grisáceo tinte de la piedra.

En Chartres, podemos regalarnos, que la realidad es propicia, con hermosas evocaciones, como las que en oro y azul pintaron los miniaturistas de la Edad Media, en el libro de horas de Ana de Bretaña o en el «psautier» del Rey Santo.

¿Porqué no imaginar que el cruzado Rey, con su madre Blanca de Castilla, hace un instante abandonara la basílica... y que aún resuena a lo lejos estrépito de clarines y corceles? Con la visión de cosas pretéritas, quizá la única poesía que se halla en nuestro tiempo pura, entremos por la Puerta Real: siete reyes, siete profetas o santos y cinco vírgenes o reinas, en sus nichos, recogen como hace siglos, la mirada serena, sobre el visitante del santuario.

¡Qué honda sensación de paz y de silencio se experimenta bajo la bóveda gótica, ligera como un vuelo de ave o de plegaria y majestuosa por la vida y sed que le presta el cristianismo!

En un rincón, gloria de cirio y de sahumerio, paisanas, con atavío regional de tocas blan-

cas, adoran a la virgen Negra de la Columna; seminaristas, calladamente, discurren por el deambulatorio absidial y admiran las esculturas circundantes al coro, unas del siglo XII, otras del XV, comentadoras de bíblicas escenas.

Si alzáis los ojos de las capillas húmedas de llanto y de plegaria a las vidrieras de colores, las más hermosas que produjo Francia, sorprenderéis el sueño de la tierra por la Jerusalen celeste abierta en las alturas. Distinguiréis los bautistas, vírgenes y serafines del siglo XII, por el colorido del cielo y de su manto: azul triunfante, verde de mar y de esmeralda y rojo vivo como sangre; y en la ruta de polvo violáceo, seguida por los Reyes Magos, la vidriera de los primitivos del siglo XIII.

La rosa del crucero, bajo la caricia crepuscular, enciende quiméricos pétalos en dorado y purpúreo fuego, e irradia fulgores infinitos sobre el arquitecno de la arcada y el arabesco del capitel, derrumbándose por el haz de la columna, en pliegues de maravillosa cachemira, hasta el rincón más sombrío del santuario. Mística rosa que recogió un día las miradas de San Luis y Felipe Augusto, se ilumina eternamente en auroras y crepúsculos y cuando el cielo oscurece—apaga, mensajera, sus destellos.

¡Cuánta hermosura adquiere el soneto de  
Heredia a la luz natural de su «Vitrail»!

Cette verrière a vu dames et hauts barons  
Etincelants d'azur, d'or, de flamme et de nacre,  
Incliner, sous la dextre auguste qui consacre,  
L'orgueil de leurs cimiers et de leurs chaperons;

.....  
.....

Ils gisent là sans voix, sans geste et sans ouïe,  
Et de leurs yeux de pierre ils regardent sans  
voir

La rose du vitrail toujours épanouie.

VICTOR BETANCOURT.

=====

## INCIPIT VITA NOVA<sup>(1)</sup>

---

Podemos ya con criterio histórico arrojar una mirada retrospectiva sobre el siglo XIX y apreciar su fecunda obra. Le vemos como un titán batallador emanciparse de los ensueños románticos de su edad juvenil, desentenderse del Olimpo y sus dioses innocuos y consagrar todos su esfuerzo a labrar la morada donde el hombre ha de vivir dichoso, rico, libre de temores supersticiosos y colmados todos sus deseos.

La naturaleza se le somete en dócil servidumbre; señora la tierra, el agua y el aire; el espacio y el tiempo se encogen ante el vencedor y sin embargo por último se diseña en su fisonomía el gesto amargo de la decepción, aunque su orgullo le impida confesarla.

---

(1) Como un homenaje a la revista «Atenea», cuyo primer número acaba de aparecer en La Plata, transcribimos el presente artículo. No hemos de ocultar nuestra satisfacción por el espíritu que trasluce y gustosos aprovechamos de este motivo para enviar nuestro saludo cordial a la Sociedad de Ex-alumnos, que edita la nueva revista.—La Redacción.

Qué falta? Dónde ha fallado el esfuerzo titánico!

Vuelve acaso por sus fueros con extraña nostalgia el desdeñado espíritu? No bastan el saber y el poder, el cúmulo de riquezas para acallar los obsesionantes anhelos de justicia, belleza y paz?

Veamos lo ocurrido. El intenso desarrollo científico y técnico del siglo elimina las especulaciones abstractas para fijar la atención sobre los problemas concretos y el aparente éxito engendra las ideas generales adecuadas al caso. No existe nada fuera del mundo sensible y este se reduce al proceso evolutivo de una esencia desconocida, quizás incognoscible, pero en todo caso indiferente. No nos interesa sino conocer el mecanismo de este proceso para aprovecharlo. Y al hacerlo obedecemos a nuestra vez la ley orgánica de nuestra existencia, pues por fuerza hemos de preferir el placer al dolor. No hay acaso, ni libertad, ni determinación espontánea.

Mitiga con frecuencia el rigorismo lógico de esta doctrina el resabio de añejas creencias o de persistentes prejuicios, atavismos de remoto abolengo o reminiscencia arraigadas de la edad pueril. Pero las ideas directrices en realidad informan la vida práctica y se reflejan en el

arte, en la literatura y con mayor precisión se sistematizan en la filosofía contemporánea. En efecto, el positivismo reñido con toda metafísica, aspira a darnos la síntesis final de las nociones científicas, a su juicio única filosofía posible.

Podemos hoy darnos cuenta del ciclo recorrido y señalar sus tres etapas.

El primer período es naturalista, fundado exclusivamente en la exploración del mundo objetivo. Nace la teoría del medio.

En el segundo la psicología experimental tiende a ejercer un predominio absorbente y nos promete la clave de lo subjetivo.

Por fin, ya en los años finiseculares sobreviene el proceso de la descomposición crítica y escéptica del dogmatismo positivista.

Es fácil corroborar esta marcha con el sorprendente paralelismo de las corrientes literarias. Desalojadas en general las tendencias líricas, a la novela naturalista sigue la psicológica y a ésta las producciones paradojales de espíritus extraños o desorbitados. El drama experimenta mutaciones análogas.

Así evoluciona y por último se disuelve este gran movimiento. El Pragmatismo con su hijo espúreo, el Hominismo es el postrer retoño. Poco vigoroso.

No es empero el Positivismo una orientación simple hasta el punto de poder representar su evolución por una sólo línea. Disidencias insalvables se abrigan en su seno no obstante la base común—que es la concepción mecanicista del universo—y el supuesto rigor científico de sus conclusiones.

Gobiernan el mundo las ideas, exclama Comte. Obedecemos a nuestros sentimientos, dice Spencer. Ideas y sentimientos son tan sólo la careta de nuestros intereses, afirma Marx. Y Nietzsche por fin: Es mi voluntad la que arbitrariamente fija los valores de la existencia. Graves conflictos, de graves consecuencias en su desarrollo dialéctico.

Y otra lucha intestina separa al individualismo de tipo manchesteriano del colectivismo, de matices más ó menos rojos, para el cual aquél no es sino la filosofía del egoísmo burgués. Vinculado, a pesar de sus rasgos propios, a la escuela utilitaria inglesa y a la Enciclopedia, el Positivismo ha sido en efecto una manifestación del movimiento liberal moderno en beneficio del tercer estado. Que el proletariado haya intentado fundar sus aspiraciones en los mismos principios es en el fondo una contradicción, impuesta sin embargo por

el momento histórico en el cual el socialismo deja de ser una utopía romántica para realizarse en los hechos con éxito creciente. También debió hacerse positivo y aún extremó su su posición en la teoría del materialismo histórico.

En presencia de tantas y tan divergentes tendencias no debemos extrañar si el Positivismo acaba por disolverse agotado en un escepticismo anárquico.

Sin embargo, todavía no es este el motivo principal de su decaimiento. Para ello era preciso conmover el principio fundamental mismo, el concepto mecanicista, que al suprimir la libertad suprimía también la condición *sine qua non* de toda ética. Las tentativas positivistas para suplir esta deficiencia por una teoría de las costumbres o de los instintos sociales no podían satisfacer a la larga, porque la identificación de lo moral y de lo útil justificaba al fin todos los egoísmos y constituía al sujeto en testigo ocioso de sus propios actos. Los fundadores del positivismo abundaron en esfuerzos dialécticos para salvar la ética, pero en la evolución lógica de la doctrina llegamos al punto en que se proclama abiertamente la amoralidad hasta con cierto alarde y orgullo. An-

te la evidente imposibilidad de fundar una ética, se acaba por declararla superflua!

Es un espectáculo raro ver a estas generaciones resueltas a conquistar en lucha sin tregua todas las libertades, la libertad política, económica, intelectual, negar así mismo la libertad intrínseca del hombre. Al propio tiempo persiguen un ideal humano y abrigan la esperanza de realizarlo sin un principio normativo de la conducta. Pero no se puede con la escuela positiva italiana negar aún la responsabilidad del delincuente y luego exigir como un deber la adaptación a determinados fines sociales, hasta convertirnos como la abeja en miembros automáticos de la colmena.

Todo ideal importa señalar una finalidad, una meta hacia la cual debemos encaminarnos. Eso implica la posibilidad de hacerlo. En realidad el positivista consecuente no puede tener ideales, pues obedece por fuerza a la ley ineludible de la evolución cósmica. Puede la gota de agua modificar el curso del río y fijar de antemano donde debe desembocar?

Si estas consideraciones sugieren el deseo de buscar una nueva solución al eterno problema, también contribuyen a ello reflexiones de otro orden: El resultado de este pasmoso progreso científico y técnico es al fin de cuen-

tas un desastre. Acaso con el aumento de su saber y de su poder la humanidad ha mejorado? Ha dejado de explotar el hombre a su semejante, hay en el mundo más justicia y más caridad, ha dejado de empaparse el planeta en nuevos torrentes de sangre? Valía la pena emplear largos años de cálculos teóricos y de ensayos heroicos para construir el aeroplano y destinarlo luego al asesinato con la misma brutalidad ancestral?

Por cierto no estamos dispuestos a renunciar a ninguna de las conquistas realizadas; por el contrario esperamos acrecentarlas e intensificarlas merced al instrumento incomparable del método científico. Pero la ciencia no basta. Es menester subordinarla a un principio superior, a un principio ético.

He ahí los varios motivos del resurgimiento de una nueva filosofía, ya no de carácter científico sino de orientación ética. La gran labor realizada no por eso se pierde. Ella ha cumplido su misión histórica, nos ha dado la conciencia de nuestro poder, nos ha dado los instrumentos de la acción y ahora se incorpora a las nuevas corrientes como un elemento imprescindible. El cambio de rumbo sin embargo se impone, un nuevo ritmo pasa por el alma humana y la estremece.

Es que una ética supone un cambio fundamental de las concepciones filosóficas. No se concibe una ética sin obligación, sin responsabilidad, sin sanción y sobre todo sin libertad. La nueva filosofía ha de libertarnos de la pesadilla del automatismo mecánico y ha de devolvernos la dignidad de nuestra personalidad consciente, libre y dueña de su destino. No somos la gota de agua obediente a la ley del declive, sino la energía, la voluntad soberana que rige al torrente. Si queremos un mundo mejor—lo crearemos.

La sistematización, no fácil, de este pensamiento, es la tarea del naciente siglo. Ruskin y Tolstoy han sido los precursores; Croce, Cohen y Bergson son los obreros de la hora presente. No han de darnos una regresión sino una progresión. Y a la par de ellos son los poetas. De nuevo ha renacido la poesía lírica pero con una intuición más honda del alma humana, con mayor sugestión emotiva, en formas más exquisitas. Qué trayecto no media de Zola a Maeterlinck! Y en las ciencias sociales ha terminado el dominio exclusivo del factor económico y vuelve a apreciarse el valor de los factores morales. El mismo socialismo ya más que el socorrido teorema de Marx

invoca la solidaridad es decir, un sentimiento ético.

Cuando la serenidad de la paz retorne a los espíritus, quizás florezca la mente genial, cuya palabra ha de apaciguar también las angustias de la humanidad atribulada.

Entre tanto nuestra misión no es adaptarnos al medio físico y social como lo quiere la fórmula spenceriana, sino a la inversa, adaptar el ambiente a nuestros anhelos de justicia y de belleza. No esclavos, señores somos de la naturaleza.

ALEJANDRO KORN.

---

---

*La filosofía del hombre que trabaja y  
que juega, de Eugenio D'Ors.*

*Estudio de Manuel G. Morente* (1)

(CONCLUSIÓN)

Ese radical antagonismo de ambos mundos es, pues, precisamente, lo que hace posible una consideración armónica superior. No sería lícito interpretar el dualismo de Eugenio d'Ors como una permanencia en la concepción estática de la matefísica cartesiana. Muy al contrario, supera esa concepción estática, subordinando uno a otro de esos dos mundos y precisamente la naturaleza a la libertad. A la concepción del mundo como una constante, fuerza o energía, que permanece igual a sí misma a través de sus transformaciones múltiples, hay que sustituir otra concepción en donde no pueda prescindirse del concepto histórico: el tiempo. Las transformaciones de un orden a otro orden de energía no son, en realidad, indiferentes y compensables, sino que significan una pérdida. Introdúcese en la física, con una posición preeminente,

(1) De la «Antología Filosófica» de Eugenio D'Ors, colecciónada por R. Rucabardo y J. Farrán.—Edit. Antonio López, Barcelona.

los juicios de valor, ya introducidos evidentemente en la biología por las teorías de la evolución. La subordinación de la naturaleza a la libertad, rectifica lo que pudiera haber de muerto y de inactual en ese dualismo de Eugenio d'Ors. Un supremo interés de valoración jerarquiza los principios de esta interesante concepción que, situada a igual distancia del monismo clásico — idealista o no — y del pluralismo anárquico de algunos modernos, quiere expresar un sentido armónico del mundo y de la vida.

Séame permitido, antes de terminar, indicar algunas observaciones que me ha sugerido el estudio de esta filosofía de la armonía — armonía viviente, en perpetuo movimiento y no estática ni pasada. Ella es una elevación, por encima de algunos temas de la filosofía contemporánea, en busca de la clave superior que los comprende. Al recorrerla he sentido algunas veces la emoción intelectual de la discrepancia, emoción fructífera para el que discrepa como para aquel de quien discrepa, emoción socrática. Aquí ahora, en brevísima anotación y sin desarrollo, enumero esos temas de futuras y venturosas discusiones.

La concepción central, la del dualismo entre fatalidad y libertad, implica una noción, la de la substancia, que hubiera sido útil someter a una crítica previa. ¿Hemos de entender la substancia como algo distinto de la suma de los atributos o

predicados y como, por decirlo así, el sostén (*sub-stare*) de todos ellos? Este concepto individual, realista, parece ser el que introduce, en su análisis de la libertad, la Filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega. El Renacimiento atribuyó a esa noción realista de la substancia, otra noción idealista según la cual ésta no se desenvuelve enteramente en sus diversas manifestaciones y no es más que el conjunto de todos los posibles predicados. De atenernos a esta última concepción no se podría aceptar residuo alguno de libertad, después de haber despojado la personalidad activa, la potencia, de todos sus atributos. En realidad nunca llegaremos al contacto *inmediato* con ese abstracto irreductible de nuestro yo, si procedemos por análisis, por relaciones, por *mediaciones*. Para conseguir ese contacto inmediato, tendríamos que echar mano de algo también inmediato y, de un modo o de otro, intuitivo.

De ese concepto substancialista de la personalidad, proviene también el biologismo de esta doctrina del *Lenz*. Mas frente a ese biologismo puede afirmarse que la lógica — pese a Wundt — no es una ciencia normativa. No nos dice cómo *debemos* pensar, sino qué pensamientos son — en su contenido — defectivos, es decir, expresivos de un ser y qué otros pensamientos son — en su contenido — falsos, es decir expresivos de algo que no es. Y adviértase como, en este último sentido de la lógica

—doctrina de la defetividad — no habría ni un resquicio siquiera por donde el pragmatismo pudiese penetrar.

En el fondo de todas estas dificultades hay una causa que las produce: el apego que la Filosofía del Hombre que Trabaja y que Juega manifiesta aún hacia los temas pragmatistas. Quiere evidentemente superarlos, mas no se decide enteramente a abandonarlos. Y sin embargo, es ésta una cuestión de ser o no ser para la filosofía. El valor de la ciencia debe permanecer intacto y el postulado del idealismo es — a mi juicio — perenne. Lo que no es perenne es la forma que el idealismo ha tomado hasta hoy. Contra esa forma podemos hacer todos la buena y santa guerra. El positivismo está exhausto y declinante. Mas lo que va a venir a sustituirlo no será, sin duda, una filosofía de la indeterminación; será una filosofía con otro género de determinaciones. ¿Cuál? A fijarlo se endereza la tarea de las actuales generaciones filosóficas.

¿Tomará a mal el lector que le haya detenido tanto tiempo en el umbral de este libro, tan empapado de amor al espíritu, tan lleno de esa ondulate y sutil emoción mediterránea que, en las islas y en las costas helénicas, sintieron los hombres más nobles y más bellos que la humanidad ha conocido? Espero que me habrá perdonado, considerando que en estas cuestiones de filosofía no hay más que

una manera de honrar plenamente y es discutiendo, dialogando. En una noche madrileña, no hace aún un mes, íbamos Xenius y yo por una avenida obscura. Yo hablaba de injusticia, de incomprensión... El decía suaves palabras de la amistad y del diálogo.

MANUEL G. MORENTE.

---

## JUAN AGUSTIN GARCIA

---

De la estéril «generación del 80» — estéril a pesar de pertenecer a ella don Ernesto Quesada — el doctor Juan Agustín García es el único estilista. Sus libros quedarán; no sabemos precisamente si en el estante de la novela o en el de la historia — pero quedarán. Compararlos con aquellos comunes que se publican sobre iguales temas, es confundir un arabesco iluminado con una simple línea gris.

Su enseñanza, además del mérito que asume por comparación con la de algún otro profesor, tiene valores propios, y las frecuentes clases perdidas, no todas por ausencia de los alumnos, son lamentadas sinceramente.

No escribirá la historia argentina. Pero tiene las condiciones — ya que no el tiempo, diremos — para hacerlo. Sería una historia argentina amable y suave, indulgente con los próceres y las fechas, llena de cosas muy interesantes, admirablemente escrita — pero no la escribirá.

El autor de la «Ciudad Indiana» — libro que marcara una tangente de oro en el círculo vicioso de nuestros métodos de investigación — permanece fiel, año tras año, al Positivismo y a idéntico programa de enseñanza. Lamentamos tanta fidelidad y en filosofía desearíamos que abandonara su época colonial. Pero nos complacemos en manifestar a este profesor, cuya presencia honra las Facultades, nuestra admiración, nuestro aprecio y nuestro respeto.

ADOLFO KORN VILLAFANE.





## Bibliografía

---

«EL LIBRO DE LOS PAISAJES», de Leopoldo Lugones. — Cuantos han seguido entre nosotros el movimiento literario de los últimos veinte años, recordarán los comienzos de Lugones, que casi adolescente vino a la capital de los ensueños provincianos, donde poco después, en súbita expansión de savia virgen, imponía su talento por la revista, el diario y el libro.

Imitando poco o mucho a tal o cual autor francés, escribió «*Las Montañas del Oro*» y «*La Guerra Gaucha*». Más tarde, siguiendo los consejos que Groussac le diera desde «*La Biblioteca*» (1) trató de abondar los estudios fundamentales apenas esbozados, convenciéndose «de que la única disciplina fecunda consiste, no en remedar a los grandes, sino en imitar su heroica labor y su indomable energía». A ese precio consiguió «ser alguien», libertarse de la imitación de Hugo y de Verlaine, «escribir a lo Lugones», magüer no haya alcanzado, como pronosticaba el crítico, ni creemos alcance jamás, agregamos por nuestra cuenta, «la sencillez que no excluye el color ni la fuerza».

Es el señor Lugones un *dilettante*, un extraordinario *dilettante*. Su portentosa facultad de asimilación, la constancia en el estudio, el maravilloso don de la imagen, le han permitido poner al servicio de una temporaria inquietud

---

(1) La nota biográfica a que aludimos, apareció en la entrega correspondiente al mes de Septiembre de 1887, vale decir, el mismo mes en que desaparecía el periódico libertario «*La Montaña*», que Lugones dirigía con Ingenieros, «quid illis temporibus, appellatur Ingenieros». «Nada es, todo deviene».

espiritual materiales para muchos volúmenes de índole completamente diversa.

Su obra, carente de unidad ideológica, podría ser la de varios pensadores que coincidieran en dicción y estilo. Con erudición completa, pero reciente, del tema tratado, invade los dominios de la historia, de la paleontología, de las matemáticas superiores, de la didáctica, de la arquitectura, y el porvenir nos reserva, sin duda, un tratado suyo de eterognóstica... Pero no prosigamos. Nada más distante de nuestra intención y pertinencia, que hacer un estudio crítico de las obras de este escritor... ya que *non plus grande amore*, mayor espacio que el de una simple nota bibliográfica habríamos menester. Lástima que en esta publicación a nuestro entender ello no sea posible. Nacida como ciertas revistas europeas, especialmente españolas, de honda inquietud, tiene como ellas «muchas cosas de que hablar», y esas cosas más se refieren a crear actitudes en el porvenir, que a juzgar el pasado, pues como dice Unamuno: «el pasado no puede ser más que como fué, ni cabe que lo presente sea más que como es; el *puede ser* es siempre futuro».

Y ahora, hablemos un poco del nuevo libro con que el talento poliédrico de Lugones inaugura el año.

Obras de orfebre minucioso que cuida el detalle, de artífice paciente que estiliza en encaje arabesco sutil, algunas de sus poesías; luz plena, contraste de color puro, blancura de ampo, lobreguez de abismo, otras; tersidad de espejo, nitidez de contorno, azul de cielo griego, muchos de sus paisajes. Afean algunas estrofas, y no como de relance, la imagen extraña, el prosaísmo insólito, el repentino cesar de un ritmo comenzado.

El metro corto de rima perfecta encadena la atención y no permite apreciar el pensamiento ni gustar la metáfora; no es quizás el más indicado para cristalizar en belleza duradera un paisaje que pasa. Préstase en cambio con re-

lativá facilidad a describir las melancolías del asno «que rebuzna su morriña», y las veleidades de «Viviana, viana, viana» y de «Martina, tina, tina»; pero ello, con no referirse a los paisajes, es de lo menos poético.

El crítico literario de *La Nación* — formidable caja de resonancia ésta a la que Lugones debe la mitad por lo menos de sus prestigios — ha comparado «El repique matinal» de nuestro autor con las composiciones pastoriles de Teócrita. Alabanza desmedida del compañero, que al propio Lugones resultará absurda. La complicada producción moderna, sujeta a estéticas tanto más artificiosas cuanto más sutiles, no igualará nunca en concepto armonioso, en pristina gracia, en decir ingenuo, al poeta griego, para quien la palabra «cónona» significaba lo que en boca de Polífeleto, el escultor argivo: perfección.

Démosnos prisa en advertirlo: no concebimos la poesía a la manera lugoniana. No creemos que ella implique relego de sentimiento, prescindencia casi completa de todo otro sentido que el visual, esfuerzo de reproducción fotográfica, objetivismo, para decirlo en una palabra. No; todo lo contrario. Y por anticipado que huelga la objeción de que es éste «El Libro de los Paisajes», pues todas las percepciones se tiñen de sentimiento de pasar por el prisma individual, y bien sabemos que Mallarmé llega hasta negar, en cierto modo, la existencia de la poesía épica.

Epilogando: Van faltando cada vez más a Lugones las cualidades del verdadero poeta, el cual *sentiría* la fracción de realidad material o ideal que Lugones *comprende* bella. Tiene aquél de los seres y de las cosas una visión sinerética, éste, una sintética, que implica siempre cuidadoso análisis. Al pretender transmitirnos sus impresiones, ambos repiten el proceso ontogénico de personal captación de la belleza.

La estrofa en que lo realizan es prueba psicológica de la receptiva modalidad estética de su autor.

Lamentemos que Lugones no esté ya en edad de trocar algo de su talentoso «ver», por un poco de «dolorido sentir».

JULIO L. HANÓN

Gris, de don Pedro Miguel Obligado.—

Desde diciembre ppdo., cuentan las letras nacionales con un nuevo libro de versos: «Gris». Su joven autor, don Pedro M. Obligado, es un espíritu culto y distinguidísimo, en cuya obra admiramos muchos buenos versos, pletóricos de hondo sentimiento y algunos hasta de originalidad, pero como casi todos los escritores de nuestro tiempo, víctima de aquella «vaga mortal melancolía» contra la cual levantara su indignación ateniense el ilustre cantor de Horacio.

La vida se presenta «gris» para Obligado, según parece, y lógico es que la cante como la siente, pero nadie que haya leído el libro negará que muchas veces el poeta se esfuerza por ver de ese color las cosas que le inspiran; que hay algo en sus páginas que no es dolor sincero, sin que por esto pensemos en una convencional tristeza — la tristeza elegante que hace noble el rostro de lord Byron y arranca lágrimas a las lectoras de Musset — sino que reprochamos en el libro esa desgraciada influencia que aún ejercen, a través de muchos lustros, las melenas de la época de Hernán. Esa vaga laxitud espiritual que no tiene siquiera el encanto filosófico del romanticismo, y que no debería existir en grado tan alto, en un país como el nuestro, lleno de luz y de vastos horizontes.

Es «antigua ya la monomanía cromática de los poetas, «blanca» en el Chénier de los primeros años y en el Duque Job, «azul» en Darío y ahora «gris» en Obligado...

Sinfonías, poemas, ramilletes, madrigales, etc., se han escrito con matices, y la verdad es que sus autores estarían bien muertos a no ser por sus otras muchas joyas de mejor engarce y más noble metal. Pero el «gris» de Obligado, bajo un cielo como el nuestro, en él que tiene ilustre tradición de poetas serenísimos, es francamente imperdonable, ya que siendo artista, debió caer en cuenta que ningún color más desgraciado para el gran arte que el «gris», «melancolía de lo negro».....

Hay en el libro páginas admirables, de alto vuelo lírico y sello personal indiscutible, pero así y todo, está lejos Obligado de ser el poeta que buscamos en nuestro jardín argentino, que reunirá, cuando llegue, en feliz armonía, el talento del autor de «Gris» con el culto por la forma, el respeto por esa «sagrada antigualla», que hizo la gloria de todos los que fueron grandes poetas.

No se imagina el señor Obligado cuánto le afean sus poesías los desecidos formales, la sintaxis a ratos atormentada, ese desprecio por las leyes del verso de que hace gala en algunas estrofas.

No se imagina cuánto por todo ello desmerecen «Los Baneos», «El perfume del Junquillo», «A un muerto desecado», etc., verdaderos granates que brillaran con todos sus cristales si el minero afortunado que los desentrañó les hubiera cincelado las facetas.

Pero don Pedro M. Obligado es poeta y estamos seguros de que reaccionará en el sentido que dejamos indicado. Cuando el tiempo le haya gastado el manto gris que vistió para entrar en el templo, dejará en el camino estas injustas preocupaciones estéticas y trabajará sus versos con el buril que indicaba en manos de Leconte, la ruta de la divina Paros... Ha de reaccionar, porque es joven y tiene talento, y ojalá sea pronto para que en breve plazo saludemos a un poeta de elevado temple espiritual y grande corazón.

B. VENTURA PESSOLANO.

«EL TRIUNFO DE LAS ROSAS», de Angel de Estrada. — Así como se ha dicho que en «*Nuestra Señora de París*», la celeberrima novela de Hugo, no son protagonistas principales ni la cándida Esmeralda, ni el antitético Quasimodo, ni el trágico Claudio Frollo, porque estos ceden su personalidad, sombría o luminosa, a la Catedral «enorme y delicada», — flor de la Edad Media que abre quiméricos pétalos de piedra, henchidos de incienso y de plegaria, a sus adoradores infinitos, — lo mismo podría decirse del «*Triunfo de las Rosas*», de Angel de Estrada, cuya heroína no es Annorella Cesari — menos la encendida Mónica —, sino la ciudad cesárea y cristiana, la «*Saturnia tellus*» — cual resplandece en el exámetro Virgiliano —, la tierra de Jacob y de San Pedro: clarísima Roma que impera como dueña de los corazones que probaron su gracia y de los ojos que recibieron la caricia luminosa de su hechizo.

Estrada siente y hace sentir el encanto subyugante de Roma. Siente las tardes áureas recogidas en el monte Mario, sobre sus «capreses, sus senderos, sus villas y sus fuentes»; las tardes áureas que ilustran la página gris de la memoria, como esas miniaturas de sutil y purpúreo arabesco, que en los libros de horas medioevales, dan realce y esplendor a la uniforme monotonía del infolio; esas tardes cuando el sol se hunde conuntuosas nubes, detrás del «campanile» de una villa, o del sombrío ciprés que se recorta, en el bermejo fondo, como decoración de una tabla bizantina. Horacio, a ese mismo sol que corona las siete colinas, ofrendaba, hace veinte siglos, sáficos adónicos de su Canto secular:

... possis nihil urbe Roma  
Visere majus!

Estrada siente y hace sentir el encanto subyugante de Roma. Siente la mágica sinfonía de la romana fuente: el agua que se desprende con saltante gorjeo por doquiera: en la paz del claustro estalla vívida y presta su ríca pródiga al reconcentrado ensueño; en la piedra ilustre brota y salpica, al derramarse iridiscente, la tierra circundante, donde puede medrar, por tal gracia, el romántico tallo de una flor, junto al mármol conmemorativo, cuyo secular epígrafe desvela al sabio teutón. Y la canción de la fuente durante la alta noche, en la tenebrosa calleja de la urbe, o en la vía dilatada, es la que llena perennemente los espíritus de escondidas armonías y ofrece, en la ciudad eterna, la sensación de lo fugaz y pasajero...

Estrada siente el encanto de Roma: la ciudad del amor y de la muerte, que ríe en la fronda de sus colinas y en el oro de sus auroras y sueña, en el santuario recogido, ante la trágica visión del Gólgota.

La lectura de *«El Triunfo de las Escas»*, me ha hecho revivir días pretéritos, y la tarde inolvidable cuando contemplé por vez primera, desde lo alto del Janículo, a la ciudad sagrada: allá en la campiña verdeante esparcidos acueductos y derruidos arcos, luego el anillado muro con sus puertas ilustres, los pinos ingentes del Palatino y la esbelta columna del Foro, la cercana fronda del Pincio y la oscura masa del Sant' Angelo con su Arcángel perdido entre el oro crepuscular, y más cerca aún, la cúpula soberana del Buon-retti, de mármol encendido, cual si fuera alabastro, por la magia del poniente y por la oración que palpita en su interior, protectriz y eterna, para tender el vuelo sobre la ciudad de las colinas de verdes pámpanos: propicios a Baco y a las bacantes rubias. Los exámetros bárbaros de Carducci — el gran poeta sólo sintió la mitad del alma de Roma: su potencia pagana y exultante —, férvidamente se repiten:

mentr'io dal Gianicolo ammiro l'imagin de l'urbe,  
nave immensa lanciata ver' l'impero del mondo.

Lord Kington y Annorella Cesari tejen su sueño de amor en la tierra del arte y en el jardín de las rosas. Y si las rosas se marchitan, como las del soneto de Ronsard, queda su perfume perenne en los espíritus, donde mora la virgen ilusión, más allá del tiempo y del espacio...

La pluma de Estrada, áurea como la de Gautier y sabia como la de Merimée, nos conduce a la ciudad eterna y nos ofrece en ella, nobles corazones, acendrados por el amor de alas de arcángel y de mariposa.

JORGE M. RONDE.

---

---

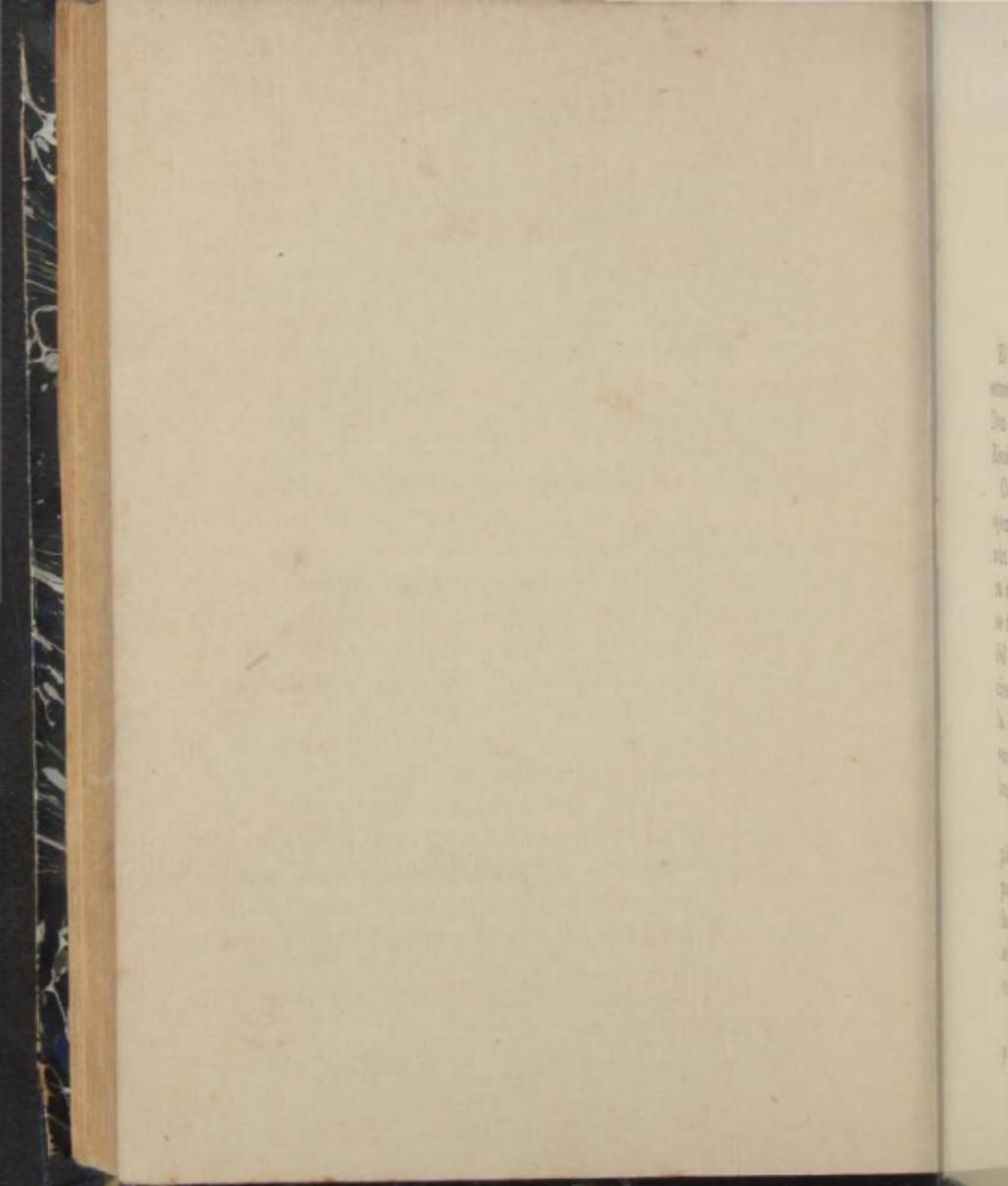
de l'usage de l'écrit  
après le mot.

est plus ou moins  
de son T et de  
de l'usage de  
de l'usage de l'écrit  
après le mot.

de l'usage de l'écrit  
après le mot.

de l'usage de l'écrit  
après le mot.

NOTAS



## Notas

### EL POETA MARTÍN CORONADO

El sábado de gloria, Don Martín Coronado, estrenó en el teatro Politeama, «La Chacra de Don Lorenzo», continuación de «La Piedra del Escándalo».

Conforta nuestro espíritu de argentinos el ejemplo de este noble poeta, que a los 70 años, aún tiene como en sus mejores días, la ternura a flor de labio para aquella gente humilde que se fué con su sencillez y sus amores, camino del olvido. Nos conforta en nuestro credo nacionalista este poeta de corazón, gran señor de la raza, que desde el retiro de su huerto sigue enviándonos flores, dignas compañeras de su ingenua «Siempreviva».

El Colegio Novecentista envía su saludo auspicioso al viejo poeta de la estirpe que como pocos supo llevar al «tinglado de la antigua farsa» sus más generosos caracteres, y al corazón argentino la honda emoción de su propia vida.

Que los Manes de la Patria nos le guarden y conserven.

## UNA CARTA DE LEOPOLDO LUGONES

Leopoldo Lugones, el ilustre polígrafo, ha dirigido a don Teófilo de Sais, del Colegio Novecentista y autor de «La otra Arcadia», la siguiente carta:

Buenos Aires, Marzo 7 de 1918.

Señor don Teófilo de Sais.

Mi querido señor del pseudónimo:

Yo no soy de los grandes hombres, ni disfruto el don de autoridad, enemigo conocido del «principio» que la sustancia; pero me tengo por buen lector de las cosas que merecen lectura, y así lo pruebo con haberme ya leído su libro *La Otra Arcadia* que ayer tarde recibí. Excelente libro, por cierto, y de género desusado aquí, lo cual constituye un grande encanto de novedad: me refiero a su filosofía, hija de la cordura, según el concepto ciceroniano que, a fe mía, era también de poeta.

Poner filosofía en verso es cosa muy difícil; y creo que en lengua castellana, sólo lo haya logrado de veras Jorge Manrique. Lo es porque el mismo género exige que la poesía resulte en él lo que el aroma residual en las cenizas del pebetero. Mas, también, qué delicadeza de impresión cuando se consigue darla: una cosa casi divina en su inmaterialidad, porque es más leve que el humo y más impalpable que la sombra.

Es ésta la poesía sabia por excelencia, lo que significa impopular en el presente y clásica en el porvenir. *Pauca paucis*, según la fórmula. Pero, ya he visto que usted sabe lo que es la plebe, en sus *Fiestas Patrióticas* que me llevan a hablarle directamente del libro.

Para un espíritu tan culto y agudo como el suyo se manifiesta, decirle lo que a uno le ha gustado es definirle

por qué le gustó. Así el *San Pablo en Atenas*, las mencionadas *Ficatas*, *El Sol*, la VI, VII, X, XI, XIII y XIV de sus *Íntimas*, la XIV y XV de sus *Momentos*. Hay también, excúseme usted la descortesía, algunas composiciones que no me gustan y de las cuales, por lo mismo, no hablaré, pues un libro cuenta por lo bueno que tiene, no por lo imperfecto.

Reciba usted, pues, mi más sincera congratulación y mis expresiones de gratitud por el libro tan honrosamente dedicado, junto con los votos que hace por su prosperidad de autor su amigo y colega.

L. LUGONES.

#### INFORME CON MOTIVO DE LA RENOVACION DE AUTORIDADES

Gracias al apoyo decidido y a los consejos prudentes de los caballeros que forman este Colegio, no se cumplieron en el breve período que el infrascripto ha tenido la honra de dirigir sus destinos, los insinuantes augurios propalados sobre su próximo fin y en ningún momento se acercó siquiera la hora — con fruición pronosticada — de exclamar glorioso y trágico: ¡el Novecentismo soy yo sólo! En verdad que si alguno se alejó, nada ha llevado, como que nada trajo.

Por el contrario muchos se acercaron a nosotros. No todos se quedaron: venían impacientes sin saber que luchamos para treinta años después.

Corta en tiempo y en luces ha sido la actuación del que suscribe. Microscópico su escenario. Asimismo ha tenido tiempo de conocer la profunda tristeza que hay en todo poder. Con dignidad — aunque indigno — defendió con palabras de seda sus convicciones de hierro. Cediendo

todos los días — no transigió jamás. Para no malograr la empresa iniciada se hicieron indispensables grandes desconsideraciones: postergar intereses legítimos, desconocer derechos adquiridos, y del sacrificio exigir nuevo sacrificio.

El que suscribe se ratifica de todos sus actos. Y si tuviera que recorrer otra vez la misma ruta, no vacilaría ni un instante en inmolar nuevamente a la causa del Novecentismo, todos los intereses humanos, y lo haría, como lo ha hecho, con la conciencia tranquila, impasible, sin odio y sin piedad.

ADOLFO KORN VILLAFANE.

Buenos Aires, Febrero 1918.



